

RAVEN



Akara Wind

RAVEN

Akara Wind

PRÓLOGO

Su madre exhaló su último aliento cuando él todavía estaba en su vientre. Su sino era correr la misma suerte. Pero se negó a aceptarlo. El cuerpo de la mujer todavía estaba templado, húmedo por el sudor que empapaba su piel tras los esfuerzos infructuosos por alumbrar a su primogénito, con la tez pálida, sobre un charco de su propia sangre. La vieja comadrona que atendía el parto en aquella fría noche de invierno se empeñó en intentar extraer al nonato del útero de la mujer. Entre sus piernas se asomaba un cuerpo abotargado, cianótico y flácido. La partera cogió al bebé con las manos manchadas de la sangre de su madre y golpeó con brusquedad su espalda hasta que el pequeño respondió hinchando sus pulmones de aire con un sonoro llanto que rompió el silencio de la estancia. Su piel fue tornándose sonrosada poco a poco conforme la vida fluía por su interior. Afuera, a lo lejos, más allá de las vastas praderas nevadas, un lobo aulló a la luna llena, dando la bienvenida al recién nacido.

—Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad —murmuró la anciana para sí misma.

Su padre era uno de los principales generales del clan y como tal no podía permitirse llorar a su mujer fallecida, pese a que su pérdida le desgarraba el alma. Había amado con locura a aquella mujer que durante los últimos años había colmado su vida de felicidad, tan fuerte, tan segura de sí misma. Pero derramar una lágrima le restaría respeto entre sus soldados. El dolor y la tristeza eran vistos como un signo de debilidad, de vulnerabilidad. Un líder no lloraba, no sufría. Un líder se sobreponía a cualquier golpe, a cualquier herida para continuar la lucha, para conseguir la victoria. Tenía que dar ejemplo y celebrar el nacimiento de su pequeño guerrero. Tragó saliva para deshacer el nudo que atenazaba su garganta y alzó el puño en alto, lanzando su grito de guerra, secundado por sus secuaces.

—Señor, tenéis que ponerle nombre —le dijo la vieja, mientras le entregaba el cuerpo de su hijo envuelto en una tupida manta.

—¡Einar! ¡El niño se llamará Einar y será un líder guerrero como su padre! —la voz grave del hombre resonó por toda la habitación.

Izó al bebé por encima de su cabeza, ofreciéndolo a los dioses y mostrándolo a los presentes, que prorrumpieron en vítores aclamando a su comandante y a su pequeño vástago. El niño, con sus ojos aún de color indefinido abiertos, observaba las luces y sombras que proyectaba el fuego de la chimenea. Resultaba prácticamente inverosímil que tan solo unos instantes antes hubiera estado abrazando la muerte.

Se llevaron el cuerpo de la fallecida para preparar la pira funeraria. Justo antes del amanecer, el pueblo se reunió junto al embarcadero. El cuerpo de su madre estaba envuelto en unas sábanas de color marfil, sobre un altar de madera en una pequeña barca. Su padre le descubrió el rostro. Ella parecía serena, tan bella como siempre. El comandante grabó esa última imagen suya en la retina y depositó un casto beso en sus labios para despedirse de ella en un susurro:

—Adiós. Cuidaré de nuestro hijo, haré que estés orgullosa de nosotros.

Cogió una antorcha y prendió fuego a los sarmientos secos de la base, al mismo tiempo que empujaba la embarcación. El río reclamó el alma de la joven, mientras las llamas se extendían rápidamente consumiendo el cuerpo de la mujer como un animal hambriento. El llanto del bebé en brazos de la nodriza y el crepitar de la madera ardiendo fueron los únicos sonidos de aquel amanecer. Todos los habitantes se retiraron a sus casas cuando los primeros rayos de sol refulgían sobre las primeras nieves del invierno.

Einar no tuvo una infancia corriente. Sus juegos no eran los habituales en un niño de tan corta edad. El campo de entrenamiento se convirtió en su zona de recreo. No en vano, aprendió a blandir una espada de madera antes incluso que a hablar. Sus ojos color verde jade, como los de su madre, curiosos, no perdían detalle de cada movimiento, de cada golpe, memorizando cada posición de ataque y de defensa que luego él imitaba a la perfección, luchando contra sus monstruos imaginarios. Al caer la noche, sin embargo, se trasladaba a la sala principal donde su padre y los hombres a su cargo se reunían para planificar la siguiente batalla. Einar, en el suelo, aparentemente distraído de la conversación de los adultos, recreaba el combate con sus figuritas de madera talladas por el comandante, que pasaba parte de las noches en vela, añorando a su esposa y fabricando aquellas obras de arte en miniatura, mientras su pequeño roncaba en un pequeño camastro a su lado, durmiendo plácidamente tras una dura jornada de batalla fantaseada.

CAPÍTULO I

El comandante Aren regresó al poblado flanqueado por sus hombres tras una ardua batalla de varios meses de duración. Sus filas habían mermado ligeramente, pero aún así, habían resultado victoriosos. La comitiva marchaba en formación, primero, los hombres a caballo, escudados por hombres a pie. Todos parecían cansados, pero se erguían con aires de nobleza mientras caminaban de regreso a casa. Gran parte del poblado salió a las calles para otorgarles un recibimiento digno de héroes. Aren ojeó en derredor, buscando entre la multitud a Einar, pero no había rastro de su hijo.

El maestro de combate, encargado de formar a los futuros guerreros del clan, se había quedado al mando durante su ausencia. Se acercó a su capitán para darle la bienvenida. Le ayudó a apearse del caballo, un robusto ejemplar de color blanco. Aren entregó las riendas de su animal al mozo de cuadra y se dirigió hacia el interior de un edificio, seguido por el instructor.

—¿Einar? —preguntó, intentando hacerse oír a través del clamor de la multitud.

—Es un muchacho muy disciplinado, señor. Nunca se pierde un entrenamiento.

—Quiero ver a mi hijo.

—¿No preferiríais descansar antes?

—No. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

Ambos hombres se dirigieron caminando hasta el campo de instrucción. Sobre la tierra, convertida en barro por las lluvias de las últimas semanas, se batían en duelo el joven Einar y un hombre bastante más corpulento que su hijo, que le sacaba una cabeza de altura.

—Señor, Einar tiene un don. Todavía tiene que desarrollar más sus músculos, pero es fuerte, ágil y sobre todo, muy inteligente.

Su padre le dedicó una mirada llena de orgullo, observando sus movimientos en perfecta sincronía. Con su torso desnudo bañado en sudor y sus largos cabellos de color azabache recogidos a su espalda con una cinta de cuero, danzaba blandiendo dos espadas cortas de acero mellado como si fueran las extensiones de sus propios brazos, jugando a agotar a su pareja de baile.

—Señor, su hijo está preparado —volvió a comentar el instructor.

—Pero solo es un chiquillo. No tiene ni catorce años...

—No, obsérvelo bien. Ya no es un chiquillo, es un guerrero.

Como haciéndose eco de sus palabras, Einar cruzó sus dos espadas sobre la cabeza para frenar el envite del mandoble de su contrincante, al mismo tiempo que daba un giro, apartándose de la trayectoria del ataque, haciendo que su adversario se desestabilizara al no encontrar resistencia y cayera al suelo. Su rival, sin tiempo de reaccionar e intentar levantarse, se vio con una espada sobre su columna vertebral y otra amenazando su garganta.

Einar lanzó las armas a un lado y tendió la mano para ayudar a su oponente a ponerse en pie. Le dio un abrazo, entre risas y alzó la vista hacia el lugar desde el que su padre y su instructor los observaban. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a modo de saludo a su progenitor.

Hasta aquella noche, durante la cena en honor a los guerreros, no se produjo el reencuentro padre e hijo. Einar tomó asiento en el lugar reservado para él, justo a la izquierda de su padre, en la zona central de la mesa principal, desde la que se obtenía una visión completa del salón. A la derecha de su padre se situaba su hombre de confianza, y en los laterales, las otras dos familias más influyentes del clan. El resto del poblado se sentaba en varias mesas dispuestas por toda la estancia.

Einar lanzó una mirada furtiva a Alyssa, su prometida. Hija de una familia prestigiosa, sus padres habían concertado su matrimonio al poco tiempo de nacer. Todavía faltaban aún casi cuatro años para llevar a cabo su unión, la cual dotaría al clan de una mayor estabilidad. Por suerte, la joven pelirroja era su mejor amiga. Ella sonrió, con sus mejillas tornándose sonrosadas bajo el escrutinio de su amigo, desviando su vista hacia el plato de guiso que tenía frente a ella.

El joven guardó silencio, tal y como indicaba el protocolo, mientras les servían la comida hasta que su padre se dirigió a él.

—Einar —saludó su padre, con voz solemne.

—Padre...

—He visto que has mejorado mucho en la lucha.

—Gracias, padre, me alegra que te hayas dado cuenta. He entrenado duro para ello.

Su padre parecía mayor. No había alcanzado aún los cuarenta años, pero la responsabilidad que recaía sobre sus hombros le había hecho envejecer prematuramente. Seguía siendo fuerte, temido por sus enemigos, respetado por sus aliados, pero en las distancias cortas, su mirada cansada de ojos castaños, más parecida a la de un anciano, le delataba. Einar sospechaba que la ausencia de su madre también había contribuido a ello.

—El entrenador cree que ya estás preparado.

—Yo también lo creo, padre. ¿Y tú? —la determinación que mostraban sus ojos verde jade trajo a la memoria de Einar la seguridad de la que siempre hacía gala su esposa fallecida. No pudo evitar sonreír ante el recuerdo. Era tan parecido a su madre... No era la mirada de un chiquillo de catorce años, era la mirada valiente de un guerrero.

—También lo creo hijo, mañana por la mañana escogeremos tu arma en la herrería. Pero ahora, disfrutemos de la velada.

Los labios de Einar se arquearon en una sonrisa de satisfacción y regresó la atención a su plato de comida, del que apenas había probado bocado todavía.

Antes incluso de que amaneciera, Einar abandonó el cálido refugio de sus mantas y preparó un copioso desayuno para él y para su padre. Estaba impaciente por elegir su arma. Hasta ahora siempre había luchado con espadas de madera o de acero mellado, para que las heridas infligidas en el entrenamiento no resultaran mortales. Estaba ansioso por tener un arma de verdad. Devoró su plato mientras su padre daba cuenta del desayuno de una manera más calmada, demorándose más de lo deseado por Einar.

Una vez que el comandante hubo saciado su apetito, padre e hijo se dirigieron caminando hacia la armería. El hombre al cargo los saludó, inclinando su cuerpo en una reverencia, como muestra de respeto.

—Señor, es un gran honor poder servirlos. Joven Einar, elegid el arma que os guste, forjaré en ella el escudo de vuestra familia, para que podáis defender con honor nuestro pueblo.

Einar paseó por la estancia, ojeando el material del herrero. Sostuvo varias piezas en sus manos, sopesándolas, estudiando su punto de equilibrio, cortando el aire con su filo, pero ya lo tenía claro desde un principio.

—Quiero dos espadas.

—¿Dos espadas? ¿No prefieres una espada y escudo? —preguntó su padre.

—No, el escudo es demasiado pesado para mí, entorpecería mis movimientos.

—Pero hijo, necesitas defenderte —insistió Aren.

—Soy perfectamente capaz de defenderme sólo con dos espadas, ya lo has visto, padre. Todavía no soy muy fuerte, mi principal ventaja en el combate es la agilidad, portando un escudo, la perdería.

—Está bien, Einar, tienes razón. Que sean dos espadas entonces.

—Muy buena elección. Afilaré su hoja y personalizaré la empuñadura. Estarán listas para vuestra próxima batalla.

CAPÍTULO II

—Hijo, mañana es tu gran día.

Einar tenía la mirada clavada al frente, con un semblante solemne, mientras su padre realizaba el ritual ancestral transmitido de padres a hijos a lo largo de generaciones. Afiló la navaja y deslizó la hoja con cuidado por los laterales de la cabeza de su hijo, rasurándole el pelo. Sus cabellos color azabache fueron cayendo sobre el suelo de la habitación. Dejó una franja central que dividió en tres finas trenzas que anudó con unas anillas de metal.

Su aspecto era calmado pese a que al día siguiente partía junto a su padre y a los demás guerreros del clan a su primera batalla. Aquel acontecimiento determinaría su valía como guerrero. Quizá para muchos aún era demasiado joven, contaba con poco más de 14 años, pero se había entrenado desde niño para ese momento. Estaba preparado.

—Ya estás listo. Procura descansar. Mañana nos espera un largo viaje. Partiremos al alba.

—Sí, padre. Seguiré tus consejos, pero antes me gustaría salir a respirar un poco de aire fresco.

Su padre pensó que, pese a su calma aparente, su hijo estaba nervioso por la nueva etapa que estaba a punto de afrontar y necesitaba unos minutos a solas para relajarse. En realidad, Einar quería despedirse de Alyssa. Cogió un forro de piel de oso pardo que colgaba de un saliente de la pared y se lo echó por encima de los hombros mientras abandonaba la cabaña.

Se dirigió hacia el bosque, a su lugar secreto. Alyssa ya le estaba esperando. Se escondía tras un árbol, intentando, como otras veces, sorprenderle. Nunca lo conseguía. Una parte de su entrenamiento consistía en estar atento a su alrededor, para detectar las posibles amenazas o emboscadas.

—Alyssa, ya puedes salir. El viento agita tu vestido y se ve tras ese árbol.

La joven pelirroja abandonó su escondite, con un exagerado gruñido de frustración. Llevaba su pelo suelto, cayendo sobre ambos hombros hasta media espalda, con su cuerpo envuelto en una cálida capa de tela gris. Se acercó a su amigo y le observó de los pies a la cabeza. Guió su mano hacia su cabeza para acariciar su pelo recién rapado, entreteniéndose con sus trenzas, haciendo que las anillas tintinearan al chocar entre sí.

—Estás guapo, pareces un guerrero de verdad.

—No lo parezco, lo soy —dijo con tono serio.

Ella río, arrancándole una sonrisa.

—¿No tienes miedo?

—No. He nacido para ésto.

—¿No temes resultar herido o... muerto?

—Si los dioses me deparan ese destino, lo aceptaré. Aunque pienso ponérselo difícil.

—No quiero que te pase nada.

Ella bajó la mirada, para ocultar la expresión de tristeza de sus ojos azules. Él posó la mano sobre su mandíbula, instándole a que alzara el rostro para mirarle. Permanecieron durante unos

instantes perdidos en la mirada del otro, hasta que Einar, lentamente, cerró sus ojos mientras iba reduciendo a cero la distancia que los mantenía separados. Entreabrió los labios y dejó que se posaran, suavemente, sobre los de Alyssa. Ella contuvo la respiración durante unos segundos, mientras sus mejillas se sonrosaban, a juego con sus cabellos color cobrizo. Era la primera vez que le besaba.

Las manos de él se deslizaron por dentro de la capa de Alyssa para buscar su cintura. Ella soltó el broche que la mantenía atada a su cuello y dejó que la prenda se escurriera hasta el suelo. Debajo llevaba un vestido de lana color beige anudado en la base del cuello, con un sobrevestido sin mangas de color granate. Einar estiró de un extremo del cordel, haciendo que el vestido resbalara por sus hombros, dejando un pecho al descubierto. Él contempló su desnudez, le miró de una forma totalmente diferente a como le había mirado hasta ahora. Ya no era una niña. Le acarició, de manera inexperta, rozando la piel de la areola con sus dedos ásperos por tantas horas de entrenamiento portando su arma, consiguiendo que su pezón se endureciera ante el contacto, arrancándole un gemido. Sin dejar de mirarse, Alyssa le quitó el forro de piel que llevaba sobre los hombros y tiró hacia arriba de la camisa de Einar, hasta que le despojó de ella. Su cuerpo aún distaba mucho del de los avezados guerreros, pero sus músculos ya empezaban a esculpirse. Masajeó su torso, con manos temblorosas, como si estuviera haciendo algo prohibido. Era la primera vez que se tocaban de aquella forma. Era la primera vez que sus sentimientos rebasaban la amistad.

Einar volvió a buscar su boca, con ansiedad, dejando que su lengua la explorara con avidez, necesitado de mayor contacto con su cuerpo. Ella compartía esa misma sensación. Él la atrajo hacia sí, rodeando su cintura con las manos. Alyssa cogió una de las manos de Einar y la guió bajo su falda. Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella cuando las yemas de sus dedos rozaron la cara interna de su muslo, ascendiendo hasta los rizos de su entrepierna. Se aventuraron hacia su interior, impregnándose con sus fluidos, mientras ella se estremecía ante aquella caricia tan íntima, sintiendo que le fallaban las piernas.

Él la sujetó, evitando que cayera y le ayudó a tumbarse sobre su propia capa, quedando de rodillas ante ella. Alzó su vestido hasta que quedó por encima de su cintura y separó sus piernas. Ella no opuso resistencia e incluso le facilitó la maniobra. Alyssa se sintió azorada ante el intenso escrutinio de su amigo, que, lentamente se echó sobre ella. Sentía sobre su sexo desnudo la presión del miembro inhiesto de Einar. Él se separó ligeramente de ella para soltarse el pantalón y liberar su erección. Se volvió a acostar sobre ella y empujó, con cierta brusquedad, hasta que su polla accedió a su interior. Ella dejó escapar un grito de dolor. Él se retiró, apurado, no sabiendo qué hacer a continuación.

—Más despacio, Einar —susurró ella, con una sonrisa que derritió su corazón.

Lo intentó de nuevo, esta vez, rozando con el extremo de su verga los labios de su sexo, inflamados por la excitación, dejando que se bañara con su humedad, y se deslizó levemente hacia su interior.

—¿Te duele? —preguntó, todavía algo preocupado.

Ella volvió a sonreír mientras negaba con la cabeza y le rodeaba la cadera con sus piernas, instándole a que se hundiera un poco más en ella. Él accedió con gusto a su petición con un envite suave y profundo, arrebatándole un gemido de placer, que llegó a sus oídos en forma de una música sensual. Algo más confiado, más seguro de sí mismo, retrocedió unos centímetros, para volver con una nueva embestida que arrancó la misma respuesta en ella. La respiración de Alyssa se transformó en un jadeo, conforme él iba incrementando la velocidad de sus acometidas, con su

polla rodeada por las paredes de su cavidad, aumentando la fricción con cada movimiento, hasta que los músculos internos de ella se contrajeron a su alrededor cuando le llevó hasta el orgasmo, provocando que él también estallara en su interior.

Einar salió de ella, lentamente, apenado por tener que abandonar su cálido refugio. Ella comenzó a temblar incontroladamente.

—Aly, ¿estás bien? —le interrogó, con voz seria, pero dulce.

—Mejor que nunca.

Él le sonrió y la envolvió entre sus brazos, manteniendo su calor gracias a la capa de ella y al forro de pelaje de oso de él, permitiendo que sus cuerpos entrelazados se fueran relajando, con su respiración haciéndose cada vez más pausada hasta que se quedaron dormidos.

—He de irme, el amanecer está cerca —dijo Einar, desperezándose tras unas pocas horas de sueño, levantándose de su lado y recolocando su ropa.

—Ten cuidado Einar.

—No te preocupes, volveré. Te lo prometo —se despidió de ella besando su frente y caminó apresuradamente de vuelta a su hogar.

Entró sigilosamente en la cabaña, pero su padre ya estaba levantado. No pronunció palabra alguna, pero dedicó a su hijo una sonrisa de complicidad mientras, con un gesto, le ordenaba que se sentara a su lado, para tomar un copioso desayuno. Necesitaban coger fuerzas para la misión que les esperaba.

CAPÍTULO III

Cuando llegaron portando sus armas, el resto de la comitiva ya estaba preparada. El mozo de cuadra acercó sus caballos. Aren subió a lomos de su ejemplar blanco, mientras que para su hijo tenían reservado un joven semental de color negro azabache como los cabellos de su jinete.

El comandante abrió la marcha con Einar cabalgando algo más retrasado, seguidos por el resto de sus hombres que iban dejando atrás las calles de la ciudad. Pese a que era muy temprano, las familias de los valientes guerreros salieron a despedirlos, quizá por última vez, con lágrimas contenidas, sabiendo que algunos de ellos jamás regresarían a casa. Por delante les esperaba un largo camino, una ruta de varias semanas hacia el sur hasta llegar al asentamiento de un clan aliado que necesitaba refuerzos para proteger sus dominios del ejército invasor.

Fueron recibidos por los miembros del clan amigo como un soplo de aire fresco. Llevaban varios meses estancados en una lucha que no avanzaba y las fuerzas y los ánimos empezaban a flaquear. Habían tenido que ceder una de sus fortalezas que ahora servía como base al enemigo y se habían tenido que replegar. No podían retroceder más o estaría todo perdido.

Aren, el jefe del otro clan y unos cuantos asesores más dedicaron las siguientes semanas para planificar la batalla. Ya casi estaba todo listo. Con las primeras luces del alba lanzarían el ataque, sólo quedaba ultimar los detalles. De nuevo los líderes de ambos clanes y sus hombres de confianza se reunieron. Nada podía fallar. Einar quiso estar presente, tenía información que podría resultar útil para alcanzar la victoria, conseguida tras unas cuantas escapadas nocturnas para observar al enemigo y el terreno circundante. Nadie quiso escucharle, ni siquiera su padre.

—Esto no es un juego, muchacho, deja que seamos los hombres de verdad quienes tomemos las decisiones importantes. Tu sólo preocúpate de salvarte el culo, aquí nadie te va a cubrir las espaldas, aunque seas el hijo de Aren —le dijo uno de los generales al mando, cerrándole el paso a la tienda en la que se gestaba la estrategia de combate.

El día había llegado. Sabía que ese era su lugar, sabía que aquel era su momento, pero aún así, no podía evitar sentir el estómago revuelto. Había vomitado el desayuno a escondidas, no quería que pensarán que era débil. Cabalgó a la zaga de su padre, adentrándose en el campo de batalla.

La primera ráfaga de flechas lanzada por el enemigo se estrelló contra los escudos de madera. Fue seguido por otra andanada de flechas. Un grito de dolor rompió el silencio contenido cuando uno de ellos cayó al suelo con la punta de metal de una flecha clavada en su pierna.

El bramido atronador del cuerno de batalla se extendió por las filas de los guerreros. Aquel sonido fue como una inyección de adrenalina. Se olvidó del nudo en el estómago. Era la hora. Einar espolé a su caballo que se lanzó al galope en pos de su padre y el resto de los hombres. El ruido de los cascos de los caballos enseguida se entremezcló con el sonido del metal chocando contra metal, metal golpeando madera y los gritos de dolor cuando alguien caía herido.

Einar no estaba acostumbrado a luchar a caballo, se sentía torpe, así que detuvo a su montura en seco, se apeó del animal, golpeó la grupa de su semental para que regresara al campamento y

comenzó su danza a dos espadas. Sus rápidos movimientos le conferían cierta ventaja contra sus oponentes, más fuertes, más corpulentos, pero también más torpes. Una estocada mortal dirigida a su garganta se convirtió en un simple arañazo en su brazo derecho gracias a un giro veloz, que convirtió a la víctima en verdugo. Einar esquivó el golpe y se colocó a la espalda del agresor atravesándole con una de sus armas. La extrajo justo a tiempo para usarla de escudo contra su siguiente enemigo. El impulso de la acometida le hizo caer de espaldas, pero detuvo con una espada el arma de su contrincante, manteniéndola alejada de su rostro mientras que la otra rajaba el vientre de su atacante, que cayó sobre él. Se deshizo de su cuerpo con una patada y se puso rápidamente en pie.

Junto a él, uno de los generales de su padre se defendía a duras penas desde el suelo del ataque de un enemigo. Einar pilló desprevenido a su rival y le rebanó el cuello. Tendió la mano a su aliado para ayudarlo a ponerse en pie, pero le dedicó una mirada fría de sus ojos verdes. Era el mismo hombre que había menospreciado su juventud.

—No necesito que nadie me cubra las espaldas, pero quizá un viejo como tú, sí.

—¡¡Aren!! —gritó el hombre al que acababa de salvar la vida, intentando advertir a su capitán.

El comandante luchaba a unos veinte metros de donde ellos se encontraban. Einar se giró justo en el momento en que una espada acertaba en el cuerpo de su padre. Se abrió paso entre la gente que le separaba de él, deshaciéndose de aquellos que se interponían en su camino. No llegó a tiempo. Su padre yacía sobre el barro, intentando contener con sus manos temblorosas la sangre que brotaba de su pecho, viéndose al borde de la muerte. Se le iluminaron los ojos cuando reconoció a su hijo.

—Hijo, estoy orgulloso de ti, llegarás lejos. Ahora es tiempo de que me reúna con tu madre...
—aquellas fueron sus últimas palabras.

Einar dejó caer sus armas al suelo, para abrazar a su padre hasta que exhaló su último suspiro. El tiempo a su alrededor parecía detenerse, el fragor de la batalla enmudeció. Sólo importaba el cuerpo sin vida que sostenía entre sus brazos. Pero el enemigo no iba a concederle ese momento de tregua. Un hombre, creyéndole desprevenido se lanzó hacia él, dispuesto a que el joven corriera la misma suerte que su padre. Einar sin tiempo para recuperar sus espadas, se puso en pie, con la vista algo nublada por las lágrimas y en un intento desesperado de eludir la muerte, cogió el espadón de combate de Aren que tenía a su lado. Demasiado pesado para él, compensó su escasa fuerza con la rabia y el dolor que sentía en su interior y lo alzó ante su enemigo. Al mismo tiempo que ensartaba a su oponente, un grito de guerra emergía de lo más profundo de sus entrañas. Tanto los aliados como los rivales más cercanos se giraron en su dirección para mirar a ese muchacho imberbe, bañado en la sangre de sus enemigos, con el rostro manchado de barro surcado por las lágrimas de su aflicción, que clamaba venganza reclamando su lugar. En la lejanía, una bandada de cuervos abandonó entre graznidos el refugio que les ofrecía el bosque y atravesó un cielo teñido de rojo.

Al caer la noche, las tropas se fueron retirando. Otra jornada más, más hombres caídos, pero seguían sin recuperar terreno. Los hombres se reunieron para tratar a los heridos y rendir homenaje a los muertos. Einar prefirió buscar la soledad, se sentó junto a una hoguera, algo alejada del resto de los hombres para perderse en sus pensamientos.

Tras aquella batalla, se sucedieron otras, con el mismo resultado, incluso se vieron forzados a ceder algo más de terreno. Tenía que tomar cartas en el asunto o estaban perdidos. Einar se dirigió con paso firme hasta el lugar en el que debatían cuales debían ser sus próximos pasos.

—Necesito treinta hombres —rugió, irrumpiendo en el interior de la tienda.

—Muchacho, no seas insolente. Habéis demostrado valía en el campo de batalla pero...

—¡No! ¡Hemos perdido muchos hombres, hemos perdido a nuestro jefe por vuestra soberbia! ¿Y qué hemos obtenido a cambio? Seguimos sin avanzar, con nuestras filas mermando. No aguantaremos mucho más tiempo así...

—Quizá debiéramos escuchar a Einar... —quien habló le debía la vida al joven guerrero, darle la oportunidad de exponer sus ideas era lo menos que podía hacer por él.

—Está bien, habla —aceptó el jefe del clan aliado.

—Atacaremos por el desfiladero...

—¡Ja! Estás loco muchacho, el terreno es muy abrupto... —le interrumpió uno de los generales, ganándose una mirada reprobatoria de Einar que, no obstante, continuó hablando.

—Por eso no se esperarán que atacemos por ahí. Mientras el grueso seguís por el frente, mi destacamento caerá sobre el flanco, obligando al enemigo a replegarse. Con suerte, acabaremos con ellos, y en el peor de los casos, les haremos retroceder hasta que se refugien. Después sólo será cuestión de tiempo. Sitiaremos la fortaleza, vigilarémos día y noche, semanas, meses, hasta que se queden sin víveres. Después sólo tendrán dos opciones, abandonarla, enfrentarse a nosotros y morir o rendirse.

—Te cederé a diez de mis guerreros. Buscaré a los más ágiles, les será más fácil desenvolverse por los terrenos del desfiladero.

—Tienes un don muchacho. Estás destinado a ser más grande incluso que tu difunto padre —murmuró uno de los generales. Einar le miró, con sus ojos verde jade llenos de orgullo.

Einar consiguió la comitiva que necesitaba para llevar a cabo su propósito. Abandonaron el asentamiento cuando los primeros rayos de luz se insinuaban en el horizonte. Siguió al joven por un camino escarpado que discurría entre las rocas, ascendiendo por una empinada pendiente. El hombre que iba inmediatamente detrás de él, resbaló a punto de precipitarse al vacío. Einar reaccionó rápido y le agarró por el brazo rasgándose el suyo con un saliente de roca. La sangre comenzó a deslizarse por su antebrazo hasta la mano. Otros compañeros le ayudaron a alzarlo, antes de que su mano húmeda y ensangrentada perdiera su presa. Se golpearon los huesos, se arañaron los brazos y las rodillas pero no hubo más incidentes y al final lograron alcanzar su objetivo, tras emplear varias horas en recorrer los escasos dos kilómetros que los separaban de él.

Para cuando llegaron, el resto de sus hombres ya habían lanzado la ofensiva frontal. Tal y como Einar había predicho, el enemigo no se esperaba que cayeran sobre ellos por aquel flanco, estaban centrados en contener el ataque que llegaba por el frente. Aprovechando el factor sorpresa, Einar y sus hombres se fueron abriendo camino sin dificultad por un lateral, bailando con sus espadas al son de la muerte, dejando a su paso un reguero de cadáveres apiñados. Azuzaron a sus rivales que fueron retrocediendo unos metros, cediendo terreno, hasta verse acorralados por el grupo que avanzaba en la otra dirección sin otra alternativa que no fuera regresar a la fortaleza.

Establecieron varios asentamientos a lo largo de las murallas. Iluminados con el fuego de unas hogueras, montaron guardia. No iban a permitir que nadie abandonara sus puertas a no ser que fuera para rendirles la fortificación. Einar se ofreció voluntario, junto con otros hombres, para el primer turno, mientras el grueso de las tropas se retiraba a descansar. La batalla que comenzaba ahora iba a ser larga y no iba a depender de las habilidades en el manejo de armas. Era una lucha

de resistencia física y psicológica.

Aquella misma noche dos hombres se aventuraron a salir a hurtadillas de la fortaleza, para evaluar la situación y ver contra qué se enfrentaban. Einar vio dibujadas sus sombras contra la pared del muro y se alejó unos metros de la luz que emitía su fuego, quedando sumido en la oscuridad. Sigilosamente, con movimientos más propios de un depredador al acecho que de un hombre, fue rodeándolos y saltó sobre sus espaldas. Cruzando las dos espadas, sesgó ambas vidas con un certero golpe. Dejó sus cuerpos destrozados sobre el campo, para que al amanecer su enemigo tuviera clara la advertencia.

El asedio se extendió durante largos meses. Einar alentaba a sus aliados con su grito de guerra, del que se hacía eco el resto de los guerreros. Tenían que aguantar un poco más. Cada día que pasaba les acercaba un paso más a la victoria. Algunos enemigos osaron abandonar la seguridad de las murallas para buscar provisiones. Dentro se estaban muriendo de hambre, fuera morían bajo el yugo de la espada.

Por fin, una mañana, las puertas de la fortaleza se abrieron. Todos miraron hacia allí, expectantes, incluso conteniendo la respiración. Una comitiva de cinco hombres, encabezados por un jinete que enarbolaba una bandera blanca las atravesaron, trotando hacia ellos. Einar, el jefe del clan aliado y tres hombres más cogieron sus monturas y avanzaron a su encuentro.

Cuando se encontraron, los cinco jinetes vencidos descendieron de sus corceles. Tres de ellos se quedaron algo más retrasados, al cuidado de los animales, mientras que los otros dos, se postraban ante el que supusieron era el líder de los vencedores, el líder del clan aliado. Sin embargo, él instó a su montura a que retrocediera un paso, gesto que fue imitado por los otros tres hombres, situándose todos a la zaga de Einar. Los hombres arrodillados le miraron con sorpresa, dudaron durante un instante, pero, agachando la cabeza, juraron lealtad al joven guerrero.

CAPÍTULO IV

Un emisario al galope cruzó la calzada del poblado y se detuvo frente a la cabaña principal. Entregó un mensaje al padre de Alyssa. Él ya no podía luchar, había quedado lisiado en un combate y su labor ahora era cuidar de su pueblo cuando los guerreros se hallaban ausentes y servirles de consejero. Desdobló el papel y leyó atentamente en silencio, bajo la expectante mirada de los allí congregados.

—Nuestros hombres han resultado victoriosos y regresan a casa —la nota no daba más explicaciones, no hablaba de su líder caído en combate ni de las hazañas de su sucesor.

El sentimiento de júbilo se contagió por toda la estancia. Alyssa, que rellenaba con una jarra las copas de vino, no pudo reprimir una sonrisa. ¿Estaría Einar entre ellos? La posibilidad de que no fuera así hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —gritó un chiquillo a la carrera, tras divisar a lo lejos una nube de polvo levantada por los cascos de los caballos.

La gente se asomó a las ventanas y salió a la calle a recibir a sus héroes. Alyssa se abrió hueco entre la multitud.

El pueblo enmudeció al percatarse de que al frente de la comitiva no marchaba Aren, si no su hijo, Einar, con el espadón de su padre cruzado a su espalda y sus dos espadas cortas colgadas de cada lateral de su cinturón. Ya no quedaba rastro del muchacho que partió hacía ya más de dos años. Sobre su semental de color azabache, se erguía con porte regio un auténtico guerrero, más alto, más corpulento, más fuerte. Su pelo negro, largo, desordenado, estaba recogido con un cordel de cuero a su espalda y una barba descuidada cubría parte de su rostro, dándole mayor aspecto de madurez. Sus ojos verdes, fríos, miraban hacia delante, sin prestar demasiada atención a la gente que se arremolinaba a su alrededor. Su mirada se desvió un instante hacia la dueña de una melena de color rojizo, pero enseguida volvió a clavar sus ojos al frente.

Con un movimiento ágil bajó del caballo y entregó las riendas a un muchacho de unos doce años. Pidió que le prepararan un baño y se dirigió directo a la cabaña que compartía con su padre. Dejó sus armas y la espada de su padre sobre la mesa y se deshizo de su ropa sucia y polvorienta. Una anciana y dos chicas jóvenes entraron en su vivienda portando cada una un par de cubos de agua. Se sorprendieron al ver su cuerpo desnudo y bajaron la mirada al suelo, avergonzadas.

—Señor, aquí tiene el agua... quizá está un poco fría, pero si quiere podemos calentarla al fuego —dijo la mayor de las mujeres.

—No, así está bien —él no pareció sentirse incómodo con su desnudez ante aquel público.

Las tres se apresuraron a vaciar los cubos en la bañera y abandonaron la estancia. Einar se introdujo en la tina, dejando que el agua fría calmara sus músculos doloridos. Echó un vistazo a sus heridas. Todas ellas parecían evolucionar favorablemente. Su pensamiento voló hacia la chica pelirroja. ¿Seguiría siendo suya después de tanto tiempo? Intentó no pensar en ella, antes tenía que ocuparse de otros asuntos. Dejó su mente en blanco y sumergió la cabeza, tan sólo con su boca y nariz fuera del agua, dejando que lo único que llegara a sus sentidos fuera el sonido de su

respiración amortiguada a través del agua.

Salió lentamente, dejando un rastro de agua en el suelo y envolvió una toalla alrededor de la cintura. Cogió una navaja afilada, la misma que había empleado su padre tiempo atrás y se afeitó los laterales de su cabeza. Volvió a peinar la franja central en tres trenzas sujetas con anillas de metal. Sopesó la idea de afeitarse también la barba, pero le hacía parecer mayor y aquello le ayudaría a ganarse el respeto del resto del clan. Así que optó por recortarla un poco y separarla en dos pequeñas trenzas.

Rebuscó en su armario algo de ropa con la que vestirse, pero todo le venía pequeño, su cuerpo había cambiado mucho en aquel tiempo. Se decantó por unos pantalones de color claro y una camisa negra del armario de su padre. Le quedaban algo amplias, pero se las ajustó con ayuda de un cinturón de cuero. Se cubrió los hombros con una fina capa de piel y se encaminó al edificio del consejo.

Cuando entró en la sala, el resto de hombres ya se hallaban reunidos, manteniendo una enérgica conversación que enmudeció ante su aparición. Todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Yo, Einar, hijo de Aren, reclamo mi derecho a gobernar el clan —dijo con voz firme, solemne.

—Hijo, no es un título que se herede, tienes que ganártelo —le rebatió el padre de Alyssa.

—Creo que lo he hecho con creces, más que el resto de vosotros.

El consejo guardó silencio durante unos tensos segundos.

—Larga vida a Einar, hijo de Aren, mi Señor. —exclamó uno de los consejeros, aquel que le debía la vida, el mismo que había sido testigo de su valía, arrodillándose ante él.

—Sólo te reconoceré como jefe del clan cuando te desposes con mi hija —dijo el padre de Alyssa, que había asumido el liderazgo durante su ausencia, saboreando las mieles del poder, saliendo de manera airada de la estancia.

—Larga vida a Einar, hijo de Aren, mi Señor —se fueron sumando el resto de voces.

Ya había anochecido cuando abandonó la estancia. Caminó por el empedrado de las calles, saliendo a las afueras del pueblo, hacia su lugar secreto en el bosque, con el corazón en un puño, temiendo que ella no se encontrara allí. No sabía si los sentimientos con los que se despidieron tiempo atrás seguían vivos en ella. En él, sin embargo, estaban tan presentes que le desgarraban el alma. Al menos, su matrimonio concertado seguía en pie.

Su pulso se aceleró cuando la vio sentada sobre el tocón de un árbol, con su larga melena pelirroja hasta la cintura. Llevaba un vestido de lana azul y un chal más oscuro sobre los hombros. Era aún más bella de lo que recordaba. Ella se puso en pie.

—Pensaba que no ibas a venir —le recibió Alyssa, con un punto de enfado en su voz.

—Lo siento. Tenía que mostrarles a todos cuál es mi lugar.

—¿Eres el líder del clan? —un brillo de orgullo cruzó sus ojos azules.

—Lo seré dentro de unas semanas. Tu padre no me aceptará como líder hasta que no te convierta en mi esposa. Ahora vengo a reclamar lo que es mío —su mirada verde jade estaba bañada en deseo.

Se acercó a ella, posando una de sus manos en la parte baja de su espalda, justo sobre su columna vertebral y atrayéndola hacia él. La besó con pasión, hambriento de su boca. Su cuerpo reaccionó ante el mero hecho de tenerla tan cerca. Le quitó el chal y desabrochó su vestido que le resbaló por los hombros, buscando el contacto con su piel desnuda. Le soltó un instante para

despojarse de la camisa. Alyssa delineó con sus manos los músculos de su torso, bien marcados, de manera tan delicada que le provocó un escalofrío. Einar ya no era aquel chiquillo que exploraba su cuerpo con caricias inexpertas, inseguras, como la noche de su despedida. Tenía frente a ella a todo un hombre, fuerte, seguro, un auténtico guerrero.

Einar dejó que sus labios se deslizaran dibujando el arco de su mandíbula para pasar a mordisquearle el lóbulo de la oreja, con su respiración entrecortada muriendo en su oído. Apresó uno de sus senos en una mano y lo alzó, para lamer su piel con voracidad, haciendo que el pezón se endureciera bajo la presión de su lengua, causándole un dulce cosquilleo con su barba trenzada.

Ella respondió con un tímido gemido que se transformó en un sonoro jadeo cuando la mano de Einar hizo una incursión bajo las faldas de su vestido, acariciando su parte más íntima. Trazó círculos con el dedo pulgar sobre su clítoris, mientras ella se retorció contra su mano ansiando que se hundiera en su interior. Introdujo primero un dedo, haciendo crecer la humedad de su sexo, retirándolo y volviéndolo a insertar, muy despacio, acompañándolo por un segundo dedo, repitiéndolo una y otra vez hasta que ella creyó estallar de placer.

Cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, Einar se detuvo, extrajo su mano y se la ofreció para que probara su propio sabor. Ella emitió un gruñido de frustración cuando su mano abandonó su cuerpo pero aceptó la invitación y se llevó sus dedos a la boca, aplicando una leve succión sobre ellos, con una mirada cargada de erotismo en sus ojos azules clavados en él. Einar se mordió el labio mientras contenía la respiración, embargado por la intensidad del momento.

Con la mano que tenía libre, soltó el cinturón del pantalón de su padre, que le venía algo amplio y que se escurrió hasta sus tobillos. Le aprisionó contra el mismo árbol que los había visto crecer, que había sido testigo de su transformación en algo más que amigos y alzó una de sus piernas para abrirse camino hacia ella. Tenía tanta necesidad de ella que incluso resultaba doloroso.

Alyssa rodeó su cuello con un brazo mientras que con la otra mano acarició su verga, provocando que se endureciera aún más, guiándola hacia su interior. Estaba tan húmeda que se deslizó sin dificultad dentro de ella. Ella alzó la otra mano para colgarse de su cuello mientras él arrancaba un gemido de su garganta con un envite más profundo.

Con cada acometida, cada una más fuerte que la anterior, su miembro golpeaba el punto exacto de su interior haciendo que su excitación creciera hasta límites insospechados. Su respiración se tornó en un ritmo jadeante arrastrando en su lujuria a un Einar desenfrenado a punto de estallar con la fricción que las paredes de su vagina ejercían sobre él. Incrementó la velocidad de sus movimientos buscando esa ansiada liberación que todos sus sentidos reclamaban hasta que por fin eyaculó, derramándose dentro de ella, sacudido por un potente orgasmo, arrastrando a Alyssa con él. Ella se agarró con más fuerza a su cuello cuando sintió que la pierna que tenía apoyada sobre el suelo flaqueaba al verse azotada por una oleada de placer desmesurada.

Todavía sin abandonar su interior. Einar la besó, esta vez de una forma más delicada, más dulce, mientras se derretía con aquella mujer que encajaba tan bien con su cuerpo y con su alma. Muy despacio, se retiró de ella y dejó que la pierna de Alyssa se posara de nuevo sobre el suelo y la envolvió en un tierno abrazo.

—Te quiero Aly. Eres mi amiga, eres mi amor, eres lo que me completa. Contigo no es necesario que sea un guerrero, contigo puedo volver a ser un niño.

Con la frente todavía perlada de sudor, enterró su rostro en el pecho de Alyssa y, en silencio, lloró la muerte de su padre mientras ella, con una lágrima resbalando por su mejilla, le acunaba entre sus brazos.

CAPÍTULO V

Regresaron por separado. Todavía no eran matrimonio y sus escapadas nocturnas podrían no gustar al resto del consejo. Pero dentro de poco tiempo, en cuanto tuviera lugar el enlace, ya no sería necesario que se ocultaran de las miradas de nadie.

Alyssa entró con sumo sigilo en su hogar. Con mucho cuidado para no despertar a sus padres se introdujo bajo las mantas de su cama, se acurrucó, feliz por el regreso de su guerrero y no tardó en dormirse con una sonrisa dibujada en sus labios.

Einar, en cambio, no se anduvo con tantos miramientos. No tenía a nadie en su casa a quien pudiera despertar, de momento. En unas pocas semanas, su vivienda sería también la de su esposa Alyssa. Le gustaba cómo sonaba eso. En lugar de meterse a la cama, se sentó frente a la mesa. Encendió una lámpara de aceite que emitía una leve luz sobre la estancia y, cogiendo una hoja de papel, empezó a bosquejar la imagen que no podía sacar de sus pensamientos desde hacía meses.

Cuando acabó el dibujo, ya era bien entrada la mañana. Cogió un trozo de pan duro del que iba dando pequeños mordiscos y abandonó la cabaña. Por el camino se cruzó con varios vecinos, que le dedicaron una mirada de respeto. La vivienda a la que se dirigía estaba situada en lo más alejado del pueblo. Llamó a la puerta insistentemente. Tras unos minutos de espera, una anciana apareció al otro lado. Era la portadora de la vara, la hechicera del poblado, la misma mujer que había ejercido como comadrona y le había ayudado a venir a este mundo, extrayendo su cuerpo del útero de su madre muerta.

Tras un escueto saludo, Einar le tendió la hoja a la vieja.

—Quiero que me tatúes esto en la espalda.

—Esta imagen grabada en tu piel marcará tu destino. ¿Estás seguro, muchacho? —insistió la anciana, cogiendo el papel entre sus manos y alternando su mirada entre el boceto dibujado y los ojos verdes de Einar.

Él asintió y pasó al interior de la casa. La hechicera le indicó mediante gestos que se tumbara sobre una especie de camastro estrecho de madera. El joven dejó su camisa a un lado y se tumbó boca abajo, cruzando ambas manos bajo el rostro ladeado. La mujer se sentó a su lado y con una fina aguja de metal, empezó a insertar unos pigmentos negros bajo su piel. El proceso fue costoso, le llevó prácticamente la totalidad del día plasmar el contenido del papel en su espalda musculada, y bastante doloroso, pero él aguantó estoicamente, con los ojos cerrados y una expresión serena en su rostro, sin que apareciera siquiera una mueca de dolor o un quejido escapara de sus labios. Al terminar, le aplicó un ungüento para favorecer la curación.

Cuando Einar se marchó, la anciana se quedó plantada bajo el quicio de la puerta, murmurando unas palabras que no llegaron a los oídos del guerrero.

Por fin llegó el ansiado día. Pese a ser un avezado guerrero, se sentía como un muchacho nervioso. Apenas pudo pegar ojo la noche anterior. Se levantó temprano y, antes incluso de que amaneciera, caminó hasta el río, para darse un baño en sus gélidas aguas que despejara su mente. Regresó a su casa con los primeros rayos del alba para prepararse. Escogió una camisa negra

adornada con ribetes plateados y unos pantalones del mismo color. Alrededor de sus brazos colocó unas muñequeras de cuero marrón y se cubrió los hombros con una capa de color rojo ornamentada con hilos de oro, la misma que usó su padre cuando se desposó con su madre. Se peinó con sus habituales trenzas centrales hacia atrás y su barba también trenzada, apurando con la cuchilla los laterales de su cabeza, en los cuales ya empezaba a apreciarse sus cabellos negros. Cogió de la pared en la que estaba colgado el espadón de su padre, más propio para la ocasión que sus dos espadas cortas y abandonó su cabaña. Se detuvo un instante junto a la puerta. Esta noche, cuando volviera a cruzarla, no lo haría solo.

Varios chiquillos del pueblo le esperaba a las puertas de su vivienda. Le recibieron con sus alegres risas y le acompañaron hasta la casa de Alyssa, en donde tenía que reclamar formalmente a sus padres la mano de ella. Allí le esperaba gran parte del pueblo. Tras un intercambio de frases aprendidas con los progenitores de Alyssa, se hicieron a un lado, dejándole el paso libre hasta su hija.

Einar contuvo la respiración ante la imagen que tenía ante él. Alyssa llevaba un vestido blanco con un sobrestido de color azul índigo de mangas largas y anchas, que se anudaba con elegantes cruces de un cordel del mismo color sobre el pecho. Su melena cobriza aparecía semi recogida en un intrincado peinado, con una gruesa trenza central, con varios mechones trenzados y otros sueltos que enmarcaban su rostro. Ella también portaba una espada, de hoja más corta y fina, bastante más liviana que la de Einar.

Él le tendió la mano con una sonrisa y ella le agarró del brazo, con su mirada azul resplandeciente y, juntos, comenzaron a caminar hacia el embarcadero, arropados con el clamor del pueblo que siguió sus pasos hasta el lugar en el que iba a tener lugar el enlace, acompañándolos con gritos, canciones y danzas. Se situaron en el centro de un círculo de piedra, con las tranquilas aguas del lago tras ellos, junto a una anciana de pelo blanco, la persona más longeva del clan, que se encargaría de officiar la ceremonia. Un fornido guerrero hizo sonar el cuerno de batalla como recibimiento a los novios y dos niñas de apenas ocho años, se acercaron a Alyssa para adornar su cabeza con una corona de flores.

Se colocaron uno frente al otro y pronunciaron sus votos, intercambiando sus espadas, alzándolas y cruzando sus hojas, con los anillos en la punta. La anciana los nombró marido y mujer. Einar y Alyssa sellaron su enlace con un beso íntimo, cálido y cargado de pasión. Alguien les acercó dos cuernos con hidromiel. Entrelazaron sus brazos, con el cuerno en la mano y ambos bebieron un sorbo. La gente prorrumpió en vítores.

Entonces llegó el turno del padre de Alyssa. Tal y como había prometido cuando los guerreros regresaron de la batalla en la que falleció el antiguo líder y como le correspondía por ser el miembro del consejo de más edad, proclamó a Einar como sucesor de su padre. Se dirigió hacia el círculo de piedra, ocupando el lugar que le había cedido la anciana, mientras su hija se hacía a un lado. Einar se arrodilló ante él.

—Yo, como miembro del consejo, te nombro a ti, Einar, hijo de Aren como nuevo líder de nuestro pueblo y te juro mi lealtad. ¡Larga vida a Einar!

—¡Larga vida a Einar! ¡Larga vida a Einar! —exclamaron los allí congregados.

Einar se alzó, convertido en nuevo jefe del clan, sonriendo satisfecho, mientras todo el pueblo se arrodillaba ante él. Alyssa sintió una punzada de celos, al ver robado el protagonismo de su boda por el nombramiento de su ya marido como nuevo dirigente.

La hechicera de la vara permaneció a cierta distancia, sin acercarse, observando el ritual. Cuando se completó el nombramiento de Einar como nuevo líder del clan, golpeó con su vara de

madera el suelo, se giró sobre sí misma y se marchó.

La celebración de la boda se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Hubo risas, bailes, música, gritos. Todo ello aderezado con una succulenta comida y regado con litros de agua, cerveza, vino e hidromiel. Ahora llegaba su momento, el de ellos dos, a solas, en la casa de Einar que a partir de entonces se convertiría en el hogar de ambos. Él llevaba a Alyssa en brazos. Cerró la puerta de la vivienda de una patada y dejó caer a su esposa sobre la cama. Ella estalló en carcajadas, él sonrió a su vez, feliz. El fuego de la chimenea que alguien había encendido para la pareja hacía que la estancia tuviera una temperatura cálida e iluminaba tenuemente la habitación.

Le desnudó, despacio, soltando primero el cordel que ataba su sobrevestido azul, deslizándose por los hombros, dedicando un instante a acariciar sus hombros, antes de desabrochar lentamente la cinta que mantenía atado el vestido blanco de tirantes a su espalda, hasta que únicamente un collar y unas pulseras de plata adornaban su piel. Contempló su cuerpo desnudo durante unos segundos, sometiéndolo a un intenso escrutinio. Después, desprovisto de su camisa negra, se tumbó sobre ella. Le sujetó ambas muñecas a los lados de su cabeza, inmovilizándolas con sus manos mientras besaba su boca, deslizando sus labios hacia el lóbulo de su oreja y de ahí descendiendo por su garganta hasta su clavícula, impidiendo que ella pudiera tocarle. Alyssa emitió un gruñido de rabia, mientras intentaba soltarse en vano de la prisión de su captor, ansiosa por que sus manos se deleitaran con el contacto de ese cuerpo fuerte, con los músculos perfectamente esculpidos durante largas jornadas de lucha y entrenamiento que yacía sobre ella.

Einar cedió y acabó liberando sus manos, mientras su boca seguía descendiendo por el cuerpo de su esposa explorando cada centímetro de su piel. Le lamió ambos pechos, entreteniéndose unos minutos atormentando sus pezones con la lengua y continuó su incursión hacia el vientre, acariciando con las yemas de los dedos los rizos de su entrepierna mientras sus labios degustaban su sexo. Ella arqueó la espalda cuando su lengua se adentró en su interior, ahogando un gemido y estiró de las trenzas de Einar, para intentar que él volviera a ascender hasta su boca. Él alzó sus ojos, con una mirada intensa de color verde, cargada de erotismo. Esbozó una traviesa sonrisa y volvió a lamer el botón indurado de su clítoris, torturando aún más sus sentidos. Alyssa se dio por vencida, viendo que estaba a merced de lo que Einar quisiera hacer con su cuerpo, a punto de enloquecer con el placer que provocaban sus labios, su lengua y sus manos con aquellas caricias abrasadoras sobre su piel. Él introdujo dos dedos en su vagina, metiéndolos y sacándolos de forma rítmica, mientras con los labios y la lengua ejercía una leve succión intermitente sobre su sexo. Einar fue incrementando la velocidad de sus movimientos mientras ella se retorció bajo su boca, con la respiración jadeante, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, arrugando las sábanas entre sus manos, clavando las uñas con fuerza sobre el colchón cuando una oleada de placer agitó su cuerpo de la cabeza a los pies, mientras gritaba el nombre del guerrero que tenía entre sus piernas.

Él la volteó, sin dejarle apenas tiempo para que su cuerpo se relajara, colocándola boca abajo. Él acabó de desnudarse, retirándose sus pantalones y tirándolos a un lado. Colocó una mano bajo el vientre de Alyssa, y la alzó, indicándole que se pusiera de rodillas, con los brazos y la cabeza todavía apoyados sobre la almohada. Él se colocó tras ella, tan cerca que ella pudo notar su erección contra los muslos. Sujetó a Alyssa por la cadera mientras se abría paso hacia su interior muy lentamente, sabiendo que estaría extremadamente sensible por su reciente orgasmo. Se detuvo unos instantes dentro de ella, mientras su otra mano acariciaba la piel de su costado y le besaba la

espalda, justo sobre su columna vertebral. Se retiró unos centímetros, sin llegar a abandonar su interior, para volverse a hundir en ella más profundo, arrancándole un gemido con cada nuevo envite, acelerando poco a poco el ritmo, con el cuerpo de Alyssa ya preparado para ser azotado por una nueva descarga de placer. Einar deslizó la mano que tenía sobre su cadera hacia el vientre, ayudándola a incorporarse, de manera que quedó abrazado a ella, con su melena rojiza provocando un agradable cosquilleo en su pecho, mientras su otra mano volvía a acariciarle entre las piernas. Él estaba tan sumamente excitado que no creía poder aguantar mucho más y quería arrastrarla con él. Alyssa descansaba su cabeza junto al rostro de Einar, con la respiración entrecortada, los ojos cerrados y sus mejillas sonrosadas, mientras otra ráfaga golpeaba sus sentidos con un nuevo orgasmo, con sus músculos internos contrayéndose de manera incontrolada sobre el miembro endurecido de Einar, qué, con una última y potente embestida, se derramó en su interior, haciendo que ambos se desplomaran sobre el colchón.

—Todavía no he acabado contigo, Aly —susurró Einar, con un toque de extrema sensualidad en su voz, mientras le besaba la nuca.

Se apartó de su espalda y se incorporó, mientras acariciaba su brazo, instándole a que se tumbara boca arriba. Einar se deleitó con la imagen que tenía ante sus ojos, mientras se tomaban unos minutos de respiro. Alyssa, con la piel rociada de sudor resplandeciente bajo la suave iluminación que el fuego de la chimenea proyectaba sobre sus cuerpos, con las piernas ligeramente separadas, sus cabellos cobrizos desparramados sobre la almohada y su pecho ascendiendo y descendiendo con una respiración todavía agitada.

—Mi diosa de fuego...—murmuró mientras volvía a acostarse sobre ella.

Volvió a dejar que su lengua saboreara la piel de ella, ahora con toques salados, pero esta vez sí que permitió que las manos de Alyssa acariciaran también su cuerpo. Sus uñas arañaron su espalda, descendiendo por su columna hasta rozar los glúteos, sus dedos rozaron su torso, bajando por los marcados abdominales hasta que se perdieron entre los rizos alrededor de su miembro, rodeándolo con la mano, haciendo que se endureciera entre sus dedos, guiándolo hacia ella una vez más, restregándolo suavemente contra las puertas de su sexo, impregnándolo con su humedad, provocando que su extasiado cuerpo volviera a estar ansioso por recibirle de nuevo en su interior. Enardecido por sus caricias, volvió a penetrarla, hundiéndose de nuevo en ella, con potentes acometidas, lentas, intensas, sin dejar de observarla, con las manos de ella a ambos lados de su rostro, acariciando su barba, también perdida en sus ojos. Ella rodeó su cintura con los pies, para iniciar un movimiento rítmico que contrarrestaba sus embestidas provocando que llegara aún más profundo, haciendo que Einar incrementara de nuevo la velocidad conforme ambos se iban aproximando de nuevo hacia el clímax que volvió a golpearlos al unísono, haciendo que sus cuerpos convulsionaran al mismo tiempo, todavía entrelazados.

Einar se dejó caer sobre ella, exhausto, negándose a abandonar su interior. Depositó un suave beso en sus labios, acomodó su cabeza junto a la de Alyssa, la envolvió entre sus brazos y cerró los ojos, con su aliento acariciando la piel del cuello de Alyssa con cada respiración, que se iba tornando cada vez más pausada conforme se veía seducido por el sueño. Alyssa vislumbró los trazos del tatuaje que adornaba la espalda de Einar. Desconocía su existencia. Alzó ligeramente la cabeza para observar mejor sus detalles, dibujándolo a su vez con los dedos. Dejó caer de nuevo su cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, para sumirse en un profundo sueño, al igual que su esposo.

CAPÍTULO VI

Los primeros años del liderazgo de Einar transcurrieron como un periodo de paz. Sin bajar la guardia, aprovecharon el tiempo para formar a nuevos guerreros. Incluso Alyssa y otras mujeres del clan fueron instruidas en el manejo de un arma. Nunca estaba de más poder contar con otra espada a su servicio.

Únicamente fueron necesarios un par de viajes en misión diplomática hacia el sur, para recordar a sus aliados quien ostentaba el poder. Su mayor preocupación en aquel momento residía en concebir un bebé. A pesar del empeño que ponían en ello, Alyssa y Einar no lograban engendrar al sucesor que pudiera perpetuar su estirpe.

—Por mucho que yacemos juntos no consigo quedarme embarazada —comentó Alyssa una noche, preocupada.

—No te preocupes, Aly, es cuestión de tiempo, antes de que te des cuenta quedarás encinta. — él arrastraba las palabras, somnoliento.

Ella pensó que quizá el problema no era suyo, si no de él, pero no verbalizó su sospecha. La respiración de Einar se había vuelto relajada, lenta y profunda. Dormía. Se acurrucó a su lado pero no consiguió conciliar el sueño. Le empezaba a inquietar el tema. En cambio, los pensamientos de Einar estaban más centrados en mantener su hegemonía sobre el resto de clanes. Últimamente habían llegado rumores de que en las tierras del norte se preparaba una revuelta para intentar mermar sus fuerzas y, si fuera el caso, derrocarlo.

Los rumores se convirtieron en realidad, y el consejo se reunió para debatir la amenaza del norte.

—En su día, tu padre cedió unas tierras a los seis clanes del norte en favor de mantener la paz. Ahora creen que uniendo fuerzas podrán arrebatar nos más territorio —le informaba un mensajero que había pasado las últimas semanas en aquella zona estudiando la situación.

—¿Qué clan es el artífice de semejante idea? —preguntó Einar.

—Creemos que han sido los hombres de Ivar quienes han gestado ese plan.

—Pues marcharemos hacia el norte y aniquilaremos su clan para recuperar el respeto del resto de clanes. Y si se niegan, recuperaremos las tierras que les cedió mi padre, desterrándolos o acabando con ellos.

Ella volvió a insistir. Ya habían hablado más veces del tema, pero era su última oportunidad.

—¿De verdad tienes que ir? ¿No puedes delegar la misión en tus hombres?

—Aly, ya sabes que tengo que hacerlo yo. Tengo que liderar la batalla. Es lo que se espera de mí. No te preocupes, sólo tengo que recuperar los terrenos del norte que cedió mi padre. En unos pocos meses regresaré. Te lo prometo. Y entonces, me dedicaré sólo a ti.

Ella resopló pero no añadió ningún comentario. Se giró en la cama, dándole la espalda a Einar. A la mañana siguiente él partiría hacia el norte, de nuevo a combatir en una batalla. ¿Regresaría esta vez?

Cabalgaron durante días hasta alcanzar su objetivo. Intentaron primero dialogar pero les devolvieron la cabeza del emisario en una bolsa de arpillera. Si querían guerra, la iban a tener. Einar recibió el apoyo de sus aliados, con lo que resultaban claramente superiores en número. Sitió a los otros cinco clanes y lanzó su ofensiva contra el clan de Ivar. Mientras los guerreros del clan enemigo marchaban al encuentro de los hombres de Einar, un destacamento arrasó su aldea, prendiendo fuego a las casas, obligando a las mujeres y niños a huir a las montañas y buscar refugio en los clanes aliados, usándolos como advertencia de lo que se les avecinaba si escogían el bando equivocado.

La lucha se desarrolló de una manera cruenta. Los hombres de Ivar eran aguerridos luchadores con gran experiencia en combatir bajo condiciones extremas. La nieve que cubría los terrenos por los que ambos bandos pujaban, convertidos ahora en campo de batalla aparecía teñida de rojo con la sangre tanto de aliados como de enemigos. A lo lejos todavía se oía el entrecocar de las espadas de varios guerreros, pero allí sólo quedaban en pie Einar e Ivar. Ivar era un hombre alto, de casi dos metros de altura, fornido, con gruesos brazos que manejaban sin dificultad un gran espadón. A su lado, Einar parecía un chiquillo, pese a que su cuerpo distaba mucho del que poseía cuando se alzó en aquel primer combate al lado de su padre.

Einar seguía usando las dos espadas cortas con maestría, con su hipnótico baile mortal. Sin embargo, aquella batalla se había extendido durante largas horas y notaba sus manos entumecidas por el frío, haciendo que su agarre no fuera tan firme. Retrocedió un paso, para rechazar el ataque del arma de su oponente, pero su pie se hundió en la nieve, desequilibrándolo ligeramente y aunque no llegó a caer, perdió el punto de apoyo que mantenía la fuerza de sus brazos compensando el envite de su enemigo, momento que aprovechó Ivar para desarmarle, volteando después su arma para golpear la cara de Einar con la empuñadura de su espada. Le abrió una herida en la frente y su ceja partida empezó a sangrar profusamente, chorreando por su rostro.

Einar cayó al suelo, aturdido por el golpe e intentó escapar arrastrándose sobre la nieve. Ivar recuperó la posición de ataque y asestó una nueva estocada. Un afortunado movimiento en el último momento evitó que destripara su torso pero alcanzó su pierna, causándole una incisión profunda.

Un destello a su izquierda captó la atención de Einar. Un arma sobre la nieve. Giró sobre sí mismo, recibiendo un nuevo impacto en el costado pero consiguió alcanzar la espada y ensartó a su enemigo profiriendo un grito desesperado justo cuando se disponía a asestar el golpe de gracia.

Einar quedó tendido boca arriba sobre el suelo, con el cadáver de su rival a sus pies, exhausto, malherido, semiinconsciente.

—Jefe, hemos vencido.

Einar hizo un gran esfuerzo para abrir los ojos. Le costó enfocar la vista en el compañero que tenía frente a él, que le tendía una mano para ayudarlo a incorporarse pero se vio sin fuerzas para aceptar esa ayuda y siguió tumbado, inmóvil, mirando a su aliado, respirando con dificultad. Su camarada rasgó un trozo de tela de su capa y la anudó sobre la herida de su pierna.

—Arriba, amigo —dijo, pasando el brazo de Einar por encima de sus hombros, sosteniéndole mientras le ayudaba a ponerse en pie.

Einar sintió una punzada de dolor en su frente, con su cabeza dándole vueltas, mareado, pero consiguió alzarse y, apoyando su peso sobre su compañero, arrastró sus pies sobre la nieve hasta

donde habían establecido su campamento.

Le llevaron hasta la tienda en la que se amontonaban los heridos. Rasgaron sus ropas y le acostaron sobre unas gruesas mantas de piel. Alguien limpió sus heridas, les aplicó un ungüento para prevenir infecciones y le vendaron el costado, la pierna y la frente. Esa misma persona sujetó su cabeza, alzándola ligeramente para que bebiera un sorbo de un asqueroso brebaje caliente que le abrasaba la garganta a su paso pero que le ayudó a mitigar el dolor y a descansar.

Cuando despertó, seguía encontrándose bastante débil pero el mareo ya había cedido. Cuatro de sus hombres fueron a buscarle. Tras derrotar al jefe del clan instigador de la rebelión, el resto de jefes quería reunirse pacíficamente con él.

Prepararon el encuentro para aquella misma tarde. Einar permanecía de pie, con su porte regia pese a las heridas que marcaban su cuerpo, con dos de sus hombres muy cerca suya, atentos a cada movimiento de su maltrecho líder. Mientras, uno a uno, los jefes del resto de clanes le fueron jurando lealtad, arrodillándose ante él. Cuando el último de ellos abandonó la estancia, Einar se dirigió hacia sus hombres.

—Ahora, volvamos a casa —dijo.

Le fallaron las piernas, pero sus dos compañeros le sujetaron a tiempo de evitar que diera con sus huesos en el suelo. Había perdido mucha sangre y apenas tenía fuerzas, pero sus heridas sanarían en unos pocos días.

—¿No preferís descansar unos días antes de emprender el viaje? —preguntó uno de sus hombres, preocupado.

—No, partiremos al alba —dijo con voz solemne. Ya tendría tiempo de descansar y recuperarse en casa, entre los brazos de su esposa. Era lo que más necesitaba en aquel momento.

CAPÍTULO VII

El regreso a lomos de su montura fue más duro de lo que había imaginado. Una punzada de dolor le atravesaba el costado con cada paso de su semental negro. Ante sus continuos gestos de dolor le ofrecieron trasladarle en una hamaca arrastrada por caballos, construida con varias ramas gruesas y unas pieles, como transportaban a los heridos más graves. Einar se negó en redondo. Un líder tenía que regresar sobre su montura o no regresar. Al acabar cada jornada de viaje se dejaba caer sobre un futón de pieles y, tras un buen trago de aquel líquido que le abrasaba la garganta pero ya no le resultaba de sabor tan desagradable, buscaba su ansiado descanso.

Con el transcurso de los días, las heridas de Einar fueron cicatrizando y, aunque seguía sintiéndose débil y cansado, cabalgar ya no le resultaba tan doloroso. Un par de días más y estarían de vuelta en casa.

Gritos, vítores y aplausos les recibieron mientras la comitiva avanzaba por la calzada principal. Einar marchaba al frente. Su mirada se deslizaba sobre la multitud, buscando entre ellos unos ojos azules enmarcados por una melena cobriza. Allí estaba, esperándole junto a la entrada, con sus cabellos recogidos en una larga y gruesa trenza.

Alyssa le ayudó a apearse del caballo y él la envolvió entre sus brazos, dejando que su boca se fundiera con ella.

—Te he echado de menos —le susurró al oído, mientras otros brazos reclamaban a su líder para agasajarle.

Alyssa entró dentro de la vivienda para prepararle un baño caliente. Seguro que su guerrero lo agradecería. Mientras, Einar se entretenía unos minutos de cortesía para recibir el clamor de su pueblo. Cuando se unió a ella, la tinaja ya estaba llena de agua humeante. Le dedicó una sonrisa cansada a su esposa y se desnudó. Las nuevas cicatrices que adornaban su cuerpo no pasaron desapercibidas para Alyssa.

Einar se introdujo lentamente en la bañera, disfrutando de las caricias del agua sobre su piel, sumergiéndose hasta el cuello. Alyssa se situó detrás de él y, cogiendo un cepillo, comenzó a peinar sus desmadejados cabellos color azabache mientras él dormitaba. Su pelo había crecido bastante durante su ausencia. Aprovechó para cambiar su habitual peinado. Adornó los laterales de su cabeza con una trenza de raíz, mientras peinaba el resto del cabello hacia atrás, recogiendo la parte superior en una coleta anudada con una tira de cuero y trenzó algún mechón, dejando el resto suelto.

Alyssa deslizó las yemas de sus dedos por el rostro de Einar y besó su cuello, sacándole dulcemente de su ensoñación. Su cuerpo reaccionó inmediatamente ante las caricias de su esposa.

—No Aly, ahora no, ya habrá tiempo para eso más tarde. Ahora el pueblo nos espera.

Einar salió apresuradamente de la bañera, intentando ocultar su visible erección de la mirada atenta de Alyssa. Cubrió su cuerpo con unos pantalones y una camisa y se echó una capa por encima de los hombros. La abrazó y robándole otro beso, le susurró:

—Vamos, tenemos que irnos.

El salón reservado para las celebraciones y reuniones de mayor envergadura era un edificio situado en el medio del poblado. Cuando Alyssa y Einar llegaron, estaba ya abarrotado de gente. Ocuparon su lugar de honor a la cabeza de la mesa principal. En cuanto tomaron asiento, empezaron a servirles la comida. La celebración se extendió durante horas después del banquete.

Einar se unió a sus hombres para brindar por la victoria. Aquel joven de ventipocos años había conseguido alzar a su pueblo hasta lo más alto. Había demostrado ser un gran estratega y un avezado guerrero superando con creces las hazañas de su predecesor, Aren, su padre, que había sido otro gran líder de renombre. Los hombres bebieron, rieron, bailaron, gritaron... Einar se sentó en una mesa, acompañado de una jarra de cerveza fría, manteniéndose a parte del jolgorio, pero observando con una sonrisa dibujada en los labios cómo transcurría la celebración. Seguía sintiéndose algo cansado. Tendría que dormir durante semanas seguidas para recuperar por completo sus fuerzas. Echó un vistazo por la sala, en busca de Alyssa. La última vez que la había visto se hallaba entre un grupo de mujeres, pero ahora no había rastro de ella.

De pronto alguien rozó su espalda, haciendo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. Se giró y tras él, estaba ella, envuelta en una capa de lana gris, mirándole con sus ojos azules bañados en deseo. Una vez que hubo captado su atención, Alyssa se giró sobre sí misma y abandonó la estancia. Einar apuró un último trago de su jarra y salió tras ella. Ella corrió alejándose del bullicio y las luces del pueblo y él la persiguió, aunque sabía muy bien a dónde se dirigía. Pese a que ya no era necesario que se ocultaran, seguían disfrutando de escapadas a su lugar secreto en el bosque.

Ella le empujó contra el mismo árbol de siempre y lo besó con vehemencia. Acarició su piel por debajo de la camisa, esquivando las manos de Einar que intentaban apresarla y se arrodilló ante él. Su cuerpo reaccionó incluso antes de que ella le acariciara. Era infinita la necesidad que tenía de ella. Las manos de Alyssa se dirigieron hacia su espalda, introduciéndose por debajo de la cintura de su pantalón, recorriendo con sus dedos los firmes glúteos de su guerrero, deslizándose hacia los laterales, para juntarse de nuevo en el frente. Desde allí, tiró de sus pantalones hacia abajo, rozando intencionadamente los rizos de su entrepierna al despojarle de la prenda.

Sus manos recorrieron la amplitud de su miembro que se endureció más ante su contacto. Dedicándole una mirada lasciva, la lengua de ella rozó la punta de su verga para introducirla muy despacio en su boca. Einar emitió un sonoro gemido cuando la humedad de la boca de Alyssa le recibió. Él apoyó su mano sobre la cabeza de ella, mientras sus labios recorrían la longitud de su miembro, ejerciendo una suave presión sobre él, incrementando el ritmo paulatinamente. Einar tuvo que recostarse contra el árbol sintiendo que sus piernas flaqueaban ante el inmenso placer que sus caricias le estaban proporcionando.

—No, Aly, así no. Necesito estar dentro de ti. No sabes cuánto he añorado tu calor —murmuró él, entre jadeos, sintiendo como ella sobrepasaba los límites de su excitación.

—Está bien, mi rey, acuéstate. Sé que estás agotado, resultaste herido en la batalla, has cabalgado durante días, durante semanas, déjame que sea yo la que te monte ahora.

—No, Aly, no soy tu rey, para ti sigo siendo el mismo Einar de siempre —rebatió él, mientras obedecía y se tendía de espaldas sobre la hierba.

Ella soltó la cinta que mantenía su trenza sujeta y agitó la cabeza, dejando que sus cabellos

cobrizos se extendieran sobre sus hombros y espalda, como una cascada de fuego. Se sentó a horcajadas sobre Einar y se desabrochó su capa. Bajo ella, tan sólo llevaba un camisón de fina tela blanca, semitransparente que insinuaba su desnudez bajo la luz de la luna llena. Con ayuda de su mano lo guió hacia su interior, y comenzó a mecerse sobre él, con un suave balanceo, con las manos apoyadas sobre sus pectorales.

Einar posó las manos sobre las caderas de Alyssa y cerró los ojos, con todos sus sentidos fijados en la sensación de ella ascendiendo y descendiendo sobre él. Guiada por el ritmo acezado de su respiración supo que él se hallaba cerca de alcanzar el orgasmo, así que se centró en buscar su propio placer. Imprimió un giro a sus caderas mientras se izaba unos centímetros y volvía a caer sobre él, mientras contraía sus músculos internos en torno a su miembro.

Einar apretó con fuerza las manos sobre sus caderas instando a que Alyssa incrementara el ritmo de sus movimientos, pero ella mantuvo la velocidad constante, atormentado a un Einar que imploraba por lograr su liberación. Él estalló en un gemido clavando las uñas sobre la delicada piel de sus muslos, mientras ella seguía moviéndose sobre él sintiendo cómo él se vertía en su interior, preparada para que la descarga de placer golpeará sus sentidos, recibéndola con un grito, inclinando la cabeza hacia atrás.

Permanecieron unos segundos inmóviles, deleitándose con sus cuerpos unidos. Einar exhausto, volviendo a recuperar un ritmo más pausado en su respiración, viéndose arrastrado hacia el sueño dejó a su mente divagar. Su cansancio no era sólo físico. Tanta lucha, tanta destrucción, tantos cuerpos amigos y enemigos masacrados comenzaban a hacer mella en él. Ahora entendía la mirada cansada de su padre. Él también sentía su espíritu envejecido. Pero al igual que su progenitor, había escogido aquel camino y tenía que seguir adelante. Alyssa se tumbó en aquel instante sobre él, rodeándolo con el calor de su cuerpo, buscando su abrazo. Por lo menos, él no estaba sólo en aquel viaje. Él le tenía a ella. Sonrió y se quedó dormido.

CAPÍTULO VIII

Einar despertó sobresaltado, sintiendo un terrible dolor punzante en su pecho. Contempló atónito la daga que atravesaba su corazón, pero su rostro se desencajó aún más cuando sus ojos verdes vieron que quien empuñaba el arma era Alyssa. Su Alyssa, su amiga, su esposa, el amor de su vida, que esperaba pacientemente a que el último aliento abandonará su cuerpo, sin remordimiento, sin pena, únicamente aguardando su muerte.

Las manos temblorosas de Einar se dirigieron instintivamente hacia la herida intentando contener la hemorragia impregnándose de su sangre todavía caliente pero tenía la certeza de que aquel era el final. Él, que había sido un valiente guerrero, que había sobrevivido a batallas imposibles iba a caer junto al árbol que había marcado su vida, a manos del ser a quién más había amado durante su corta existencia.

La indiferencia de aquellos ojos azules desgarraron su alma. dolía mil veces más que la herida que desangraba su corazón. Intentó preguntar "¿Por qué?", pero las palabras se atascaron en su garganta. Sus ojos verdes quedaron vacíos mirando al más allá con una expresión de tristeza en ellos, derramando una única lágrima cuando su corazón emitió el último latido.

Abrió los ojos. No sentía ningún dolor, ni frío, ni calor, ni tan siquiera el cansancio que le había acompañado en las últimas semanas. No sentía nada. Una luz blanca cegadora le rodeaba, era lo único que sus ojos alcanzaban a ver.

De pronto, tres sombras, tres siluetas de mujer, se cernieron sobre su cuerpo.

—¿Estoy muerto? —preguntó.

—Sí. Pero todavía no ha llegado tu hora, líder guerrero —dijo una de las sombras. Su voz no llegaba a sus oídos, si no que resonaba en el interior de su cabeza.

—Todavía no has cumplido la misión para la que viniste a este mundo —continuó otra voz.

—Ella te traicionó pero ella no era tu destino.

—Eras el líder de tu pueblo, pero ese no era tu destino.

—Has demostrado ser un noble y audaz luchador, pero todavía te queda una última batalla que librar —era de nuevo la primera voz la que se dirigía a él.

—Ella es el futuro, el presente y el pasado. Y tu destino es ser su guardián —recitó la tercera voz, inexpresiva.

—¿Quién es ella?

—Ella es el futuro, el presente y el pasado. Y tu destino es protegerla.

—Pero... ¿quién es ella? —volvió a insistir, confuso.

—Tu destino es ser su guardián, tu destino es protegerla.

—¿Y cómo la encontraré?

—Tarde o temprano, al capricho de los dioses, tu cuerpo permanecerá inalterable hasta que seas llamado a cumplir tu misión.

—Tu piel será marcada cuando la hora del guardián haya llegado, tu piel será marcada cuando la hayas encontrado.

—Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad —recitaron las tres voces al unísono.

Una enorme sensación de agotamiento inundó sus sentidos. Incapaz de seguir manteniendo sus ojos abiertos, se vio abocado a un profundo sueño.

De repente despertó sobrecogido, con la respiración agitada, agarrándose con ambas manos su pecho malherido. Pero, pese a que todavía sentía el dolor de la herida y su alma desgarrada, sobre su piel sólo quedaban los restos de sangre seca. No había rastro de la daga ni de la lesión mortal, ni siquiera una marca. Incluso la cicatriz de la herida de su costado también había sido borrada.

Quizá todo había sido un sueño, una terrible pesadilla. Pero sus manos seguían manchadas con su sangre y las tres enigmáticas voces seguían presentes en su cabeza. Se incorporó lentamente y miró a su alrededor. No reconocía el lugar en el que se hallaba, no era su bosque, ni su pueblo. No eran sus tierras. Quizá ni siquiera fuera su misma época.

“Tu destino es ser su guardián, tu destino es protegerla. Tarde o temprano, al capricho de los dioses.” Volvió a resonar en sus pensamientos.

Se puso en pie y comenzó a caminar, sin pensar el rumbo, dejando que fueran sus pies quienes guiaran sus pasos. Tenía una nueva misión que debía cumplir, no sabía ni cómo ni cuándo ni dónde. Había sido escogido por los dioses. Era su destino.

Pero antes, tenía que dejar atrás su pasado, olvidar a su pueblo, olvidar su traición, tenía que dejar a Einar enterrado bajo el árbol en el que fue asesinado.

El recuerdo de la bandada de cuervos alzando el vuelo tras la muerte de su padre regresó a sus pensamientos, una bandada de cuervos que se unían formando la imagen de un cuervo mayor, la misma imagen que llevaba tatuada en su espalda.

Einar ya no existía, había muerto. Y en su lugar, había nacido Raven.

CAPÍTULO IX

Despertó con la respiración entrecortada, agitado, con las manos sujetando su pecho, bañado en sudor. No importaba el tiempo transcurrido, aquella pesadilla le seguía atormentando. Había perdido la cuenta de los años que habían pasado. Dejó de contar tras el quinto siglo. Y seguía sin haber el mínimo indicio de la señal. La espera resultaba tediosa. Al menos sabía que aquel era el lugar, pues no podía alejarse de la ciudad. Cada vez que lo intentaba, le fallaban las fuerzas y caía al suelo, con un dolor insoportable en su cabeza, como si fuera a estallarle si se aventuraba a dar un paso más.

Raven se incorporó de su cama y fue directo a la zona que había acondicionado como lugar de entrenamiento en su recién estrenado ático. Puso en funcionamiento el equipo de música y subió el volumen al máximo, mientras envolvía sus manos con unas vendas de color negro. Comenzó a golpear el saco de boxeo, despacio al principio, pero fue incrementando la fuerza y la intensidad de sus puñetazos conforme la ira fluía por sus venas y se adueñaba de todo su ser, acompañando cada impacto con un grito de rabia. Se detuvo cuando las vendas empezaban a empaparse de la sangre de sus nudillos en carne viva, con las gotas de sudor que escurrían de su cuerpo formando un pequeño charco a sus pies.

Se dirigió al baño para meterse en la ducha. Abrió el grifo del agua fría y dejó que limpiara el sudor y la sangre de su cuerpo durante unos largos minutos. Después se enrolló una toalla alrededor de la cintura y observó su imagen en el espejo, mientras apuraba el afeitado de su barbilla. Seguía aparentando los ventipocos años que tenía cuando lo asesinaron y tenía que jugar modificando su peinado y su vestuario para aparentar más edad y evitar levantar sospechas. Se dejaba crecer la barba e incluso daba algún matiz grisáceo a sus cabellos azabaches para simular alguna cana y adaptaba su vestuario para poder permanecer más tiempo en el mismo lugar. Aún así, cada 10 o 15 años, se veía obligado a mudarse a la otra punta de la ciudad y volver a empezar de nuevo.

En aquella ocasión, había escogido un amplio ático de casi 200 metros cuadrados, en lo alto de un edificio en el centro, con unas privilegiadas vistas de la ciudad. Su habilidad como estratega le había resultado útil para lograr una buena solvencia económica. A lo largo de varias épocas se había involucrado en negocios algo turbios para obtener dinero fácil, un pequeño aliciente para su aburrida existencia, que le posibilitaba la opción de no trabajar en al menos los siguientes doscientos años.

Volvió a observar su reflejo y se atrevió a regresar a su peinado tradicional. Rasuró los laterales de su cabeza y peinó el resto de su melena hacia atrás, recogéndola en varias trenzas. Entre crestas, mechones de colores y cortes imposibles, su peinado pasaría desapercibido.

Escogió un pantalón vaquero elástico de color azul de su armario para cubrir su desnudez, que se adaptaba a su cuerpo como un guante. Abrió el frigorífico y cogió un botellín de cerveza helada. Se asomó a la terraza y se distrajo con la panorámica que se extendía ante él.

Había sido testigo de la expansión de la ciudad. Cuando apareció en ella, no era mucho más

grande que el poblado en el que nació, pero la riqueza de recursos disponibles a su alcance y algún que otro dirigente hábil la habían hecho prosperar. En pocos años las casas se fueron multiplicando y con el avance de la industria y la tecnología, las viejas chabolas de madera fueron siendo sustituidas paulatinamente por edificios cada vez más altos.

Consultó el reloj. Se hacía tarde. Apuró el último trago y volvió a entrar en el interior. Se calzó unas botas moteras negras y se puso una camiseta negra al azar. Agarró una cazadora de cuero del colgador y el casco plateado con la silueta de un cuervo dibujada en él. Tras coger sus llaves y el móvil, salió del ático.

Se colocó el casco y arrancó su moto custom de color burdeos y negro. Aceleró en cuanto la puerta del garaje se abrió y se dirigió dando un rodeo hacia uno de los barrios con peor fama de la ciudad, conocido por los trapicheos que se llevaban a cabo en cada esquina. Disfrutaba con la velocidad de su vehículo, mucho más cómodo y rápido que el semental negro que le sirvió de transporte en otra época. La aparcó en una calle sin salida, junto a otras tantas.

Con paso firme, llamó a una puerta gris, metálica, decorada con unos graffitis sin sentido. Un tipo con cara de pocos amigos le abrió al otro lado. Dentro, caminó por un pasillo oscuro hasta una sala más amplia, atestada de gente que animaba a dos mujeres que se peleaban sobre una tarima en el centro. Consultó un panel de nombres emparejados en la pared. Dos combates más y sería su turno. Esperó el momento sentado junto a los encargados de las apuestas. Echó un vistazo a la pantalla de uno de los ordenadores. Claramente su oponente era el favorito. Conseguiría una buena suma si conseguía vencer.

Subió a la tarima cuando su nombre sonó por megafonía. Dejó su camiseta sobre una mesa y lanzó una mirada a una atractiva mujer rubia que no le había quitado el ojo de encima desde que entró en el local. Quizá si no salía demasiado magullado podrían pasar un buen rato después, pero antes, tenía que centrarse en la pelea.

El tipo que tenía frente a él era una mole de más de dos metros de altura, todo músculo, con su cabeza totalmente rapada. En cuestión de fuerza, estaba en desventaja. Tendría que usar el que había sido su punto fuerte en las batallas, su agilidad. Dedicó los primeros minutos de combate a estudiar a su contrincante, sus movimientos, sus posibles puntos débiles mientras sorteaba cada uno de los golpes que le lanzaba. Pronto, la cabeza de su rival estuvo cubierta de sudor, que hacía que su calva brillara bajo la luz de los focos. Aquella podría resultar una buena táctica, agotar a su adversario.

Esquivó un gancho de su oponente pero no pudo eludir un rodillazo en las costillas. Cayó al suelo, momentáneamente sin aliento por el impacto y tuvo que rodar para evitar un nuevo asalto de su enemigo al mismo tiempo que sus piernas se enredaban con las de su contrario haciendo que perdiera el equilibrio. La tarima tembló cuando dio con sus huesos en el suelo. Raven ignoró su propio dolor gracias a la adrenalina y saltó sobre el cuerpo de su rival oprimiendo su garganta con la rodilla tratando de contener los grandes brazos de su contrincante que le golpeaba y le arañaba en un intento de quitárselo de encima.

El ancestral guerrero voló por los aires cuando su rival consiguió empujarle y cayó de espaldas. La gran mole se lanzaba a por él con el objetivo de aplastarle. En el último momento consiguió desviar el cuerpo de su oponente al mismo tiempo que ejecutaba un giro imposible, golpeándole el rostro con la rodilla, justo sobre la sien, con la suficiente fuerza para dejar a su rival aturdido, tumbado sobre el suelo, inmóvil. Raven se puso en pie. El árbitro del combate se acercó a él y alzó su brazo, dándolo como vencedor. Con respiración jadeante y su rostro

hinchado con varias heridas abiertas profirió su grito de guerra mientras el público le aclamaba.

Bajó del estrado con una mueca de dolor. Recogió sus pertenencias y los beneficios obtenidos. Realmente se trataba de una cifra jugosa. Se encaminó de vuelta por el pasillo hacia la puerta de salida cuando fue interceptado por la mujer rubia de antes, que le impedía el paso. Raven dudó durante unos segundos pero una punzada en su costado lo suficientemente fuerte para obligarle a sujetárselo con la mano tomó la decisión por él. Apartó a la chica a un lado y abandonó el local clandestino.

Con cierta dificultad se subió a la moto y condujo de vuelta a su apartamento. Dejó el casco, las llaves y el teléfono sobre un aparador a la entrada y se fue despojando de su ropa conforme se dirigía al baño. Abrió el grifo del agua caliente y mientras esperaba a que se llenase, caminó desnudo por su casa hasta el frigorífico. Sacó una bolsa de hielos del congelador. Echó un par a un vaso que rellenó de whisky y el resto los envolvió en un paño que colocó sobre su ojo derecho que apenas podía abrir por la inflamación.

Un gruñido escapó de sus labios ante la molestia que le causó realizar los movimientos necesarios para meterse en la bañera. No le extrañaría tener alguna costilla rota. Nada que unos días de reposo no pudieran solucionar. Se sumergió hasta el cuello y cerró los ojos, como hacía aquel guerrero que un día fue, cada vez que regresaba a su hogar tras una nueva conquista.

Debió quedarse dormido sumido en aquel recuerdo. El agua ya se había enfriado. Pero su antebrazo izquierdo ardía, como si alguien le estuviera prendiendo fuego. El dolor le pilló desprevenido y emitió un grito, dirigiendo su mirada a su origen. Su piel estaba enrojecida y sobre ella, iban apareciendo unos trazos negros que se fueron uniendo hasta formar un dibujo, unas alas de valquiria.

—Tu destino es ser su guardián, tu destino es protegerla —resonó en su cabeza.

La hora del guardián había llegado. Ahora sólo tenía que encontrarla a ella.

CAPÍTULO X

No sabía dónde ni cómo empezar a buscarla. Así que decidió no hacerlo. Si los dioses le habían deparado aquel destino, confiaba en que, tarde o temprano, la pondrían en su camino. Sólo esperaba que ese momento fuera antes de que aquello de lo que tenía que protegerla le acechara.

Escuchó a su cuerpo y se tomó unos días de descanso para recuperarse de las lesiones antes de volver a los combates clandestinos, su último entretenimiento, así que aprovechó aquella noche para ir a tomar algo a un local situado en un polígono a las afueras de la ciudad. Antes de abandonar su apartamento, escondió una daga en el interior de cada bota y un bastón retráctil terminado en una afilada cuchilla en el bolsillo interno de su guardapolvos de cuero. Tenía que estar preparado para la batalla. Estaba deseando probar sus nuevos juguetes.

Aparcó su moto junto a la puerta y entró al interior. Saludó con un gesto de la cabeza al camarero rubio de pelo largo y de mirada azul intensa que poco tenía que envidiar a los guerreros que habían luchado a su lado, pidió una cerveza y se sentó en una mesa.

Aprovechó que una camarera rubia, con el pelo recogido en una coleta alta, con tres cuervos tatuados en su hombro izquierdo pasó por delante suya para pedirle otra cerveza. Había dado cuenta de la primera demasiado deprisa. La chica atendió a su petición y en escasos minutos estaba de vuelta en su mesa con otro botellín de cerveza fría. Se lo tendió y él aprovechó para rozar su mano al mismo tiempo que agarraba la bebida, mientras le sonreía seductoramente. Su sonrisa se torció en una mueca intentando disimular un repentino escozor en su brazo izquierdo. Rápidamente lo ocultó bajo la mesa hasta que la camarera regresó a su trabajo. Después lo observó. Sobre el tatuaje de su muñeca izquierda, sobre la marca del guardián, empezó a dibujarse una runa de protección.

“Tu piel será marcada cuando la hora del guardián haya llegado, tu piel será marcada cuando la hayas encontrado.” Volvió a resonar en su cabeza. Ella estaba cerca, probablemente en aquel mismo local. Echó un vistazo a su alrededor. Por suerte, sólo había unas 12 o 15 mujeres.

Caminó por el establecimiento buscándola. Primero se dirigió hacia los servicios. Llevaba la mano en el bolsillo, sintiendo la herida palpitante en su muñeca izquierda sin que ésta acrecentara su intensidad. No estaba allí. Cambió el rumbo y fue directo hacia la barra. En cuanto sus ojos se posaron en ella lo supo. De nuevo aquel dolor abrasador como si su brazo ardiera fijó el tatuaje a su piel. Acababa de encontrar a su protegida. Una mujer joven, de larga melena morena de amplios rizos, sentada en un taburete, con un vestido informal de color negro, adornado con hilos de diferente tonalidad azul unidos en dibujos abstractos, medias negras y botas altas de tacón. Se dirigió hacia ella con paso firme.

Selene consultó el reloj. Su amiga había salido fuera del establecimiento a realizar una llamada importante que le llevaría tan solo un par de minutos. De eso habían pasado ya más de diez. Resopló mientras daba otro trago al cóctel que tenía frente a ella. Observó de manera distraída a su alrededor y sus ojos se quedaron fijos en un atractivo hombre que se acercaba a la barra y se situaba a su lado. Ella lo estudió con detenimiento. Iba vestido con pantalones de cuero

y botas moteras, una camiseta del mismo color que no ocultaba un duro entrenamiento en el gimnasio y el cabello moreno recogido en un curioso peinado vikingo. Últimamente parecía que ese estilo estaba de moda. Todo él rezumaba fuerza y poder, envuelto en un aura de misterio. De pronto sus ojos se toparon con una mirada verde que la observaba.

—Hola —saludó él, muy seguro de sí mismo.

—Ho.. hola —titubeó al verse pillada en su escrutinio, volviendo la mirada hacia su vaso y acabándose de un trago la bebida que tenía frente a ella. Agradeció la tenue iluminación del local, así él no podría ver que se había ruborizado.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Raven, divertido por su reacción al verle. Estaba acostumbrado a que su cuerpo no pasara desapercibido. No esperó la respuesta y le hizo una seña al camarero para que repusiera las bebidas de ambos —Me llamo Raven.

—Selene —contestó ella tímidamente. Aquel tipo no era de los que solían interesarse por ella. No es que fuera un adefesio, pero tampoco era el tipo de belleza exuberante que despertaba la atención de los hombres como Raven.

Raven sonrió para sí mismo, alabando el ingenio de los dioses, recordando el verso de la profecía que le convertiría en su guardián “Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna...”.

No sabía si la amenaza que se cernía sobre ella iba a ser inmediata así que guardó silencio sobre su misión para no asustarla antes de tiempo y que no le tomara por loco e inició una conversación trivial. Puso en marcha todas sus dotes seductoras, quizá así consiguiera llevársela a su ático o que ella le pidiera que la acompañara a casa. Incluso igual podrían pasar un buen rato juntos. Ya habría tiempo de desvelar su secreto llegado el momento.

Pero pasara lo que pasara aquella noche, a partir de aquel instante no podía permitirse el lujo de perderla de vista, tendría que seguirla día y noche, escondido entre las sombras, siempre en guardia, siempre dispuesto a protegerla.

El camarero rubio puso delante de ellos otra cerveza y otra copa del cóctel que estaba bebiendo ella. Raven sacó la cartera del bolsillo y escogiendo un billete se lo tendió para pagar la consumición. Alcanzó con un pie un taburete que se había quedado libre y tomó asiento junto a Selene.

—¿Raven? Es un nombre... extraño —comentó Selene.

Él se encogió de hombros como única explicación. En aquel instante, su amiga regresó. Ella sí era el tipo de mujer que despertaba el interés de hombres como Raven, con un atuendo cuidadosamente estudiado que resaltaba todos sus puntos fuertes y una labia que hacía que cualquier hombre cayera rendido a sus pies. Enseguida acaparó la atención de su acompañante. Selene resopló, sintiéndose repentinamente fuera de lugar y se puso en pie, buscó su cazadora entre las diferentes prendas de un colgador y dirigiéndose a su amiga, se despidió:

—Es tarde, tengo que irme.

—Oh, vale, cariño, te llamaré mañana —contestó su amiga, sin apartar su mirada del hombre con el peinado vikingo que tenía frente a ella.

Selene, resignada, abandonó el local ante la atenta mirada de Raven, que observaba cómo su cuerpo desaparecía tras la puerta.

—Eh... disculpa, pero yo también he de marcharme —dijo él, maldiciendo la intromisión de la amiga.

—¡Qué lástima! Esto podía haberse puesto interesante —comentó la amiga de Selene, dotando a su voz de un tono sugerente.

Raven le observó, un instante, como si dudara, pero se levantó de la silla y regresó a la mesa que había ocupado previamente para recoger sus cosas y salir tras la que acaba de convertirse en su protegida.

Selene le sacaba algo de ventaja, suficiente para mantenerse dentro de su campo visual sin que se percatara de su presencia. Callejeó durante unos cuarenta minutos en pos de ella hasta que Selene se acercó a la puerta de un edificio. Giró la llave dentro de la cerradura y se perdió en el interior.

Raven permaneció durante unos segundos observando la hilera de ventanas esperando a que alguna de ellas se iluminará. Una luz, en el sexto piso. Aquella era su casa. Manipuló la entrada del portal con un pequeño objeto metálico y entró, subiendo las escaleras de dos en dos con grandes zancadas. Se apostó en el descansillo, dando alguna que otra cabezada pero reaccionando ante el más mínimo ruido. El resto de la noche transcurrió en calma.

Selene volvió a tener aquellos sueños extraños que carecían de sentido, una sucesión de imágenes frenéticas que cuando despertaba no conseguía recordar pero que le dejaban con cierta sensación de desasosiego. Se levantó y fue directa a la ducha, entreteniéndose un instante a acariciar a su gato Fury, un animal arisco con las visitas pero extremadamente cariñoso con ella. Envolvió su pelo con una toalla de color azul mientras se vestía con unos viejos vaqueros y una camiseta estampada con la imagen de un famoso ratón de unos dibujos infantiles. Sin acabar de secarse sus cabellos, los recogió en una cola alta y completó su vestuario con un abrigo de entretiempo.

Salió de su apartamento cerca del mediodía. Le pareció escuchar un sonido en el rellano pero lo atribuyó a algún vecino y no le prestó mayor importancia.

Pasada la media mañana, Raven se puso en guardia al percibir movimientos en el interior del apartamento. Rápidamente se escondió en el piso superior, justo antes de que abriera la puerta y apareciera Selene. La estuvo observando agazapado tras la barandilla.

La siguió cuando abandonó el edificio y caminó durante un par de minutos hasta la parada del autobús. Cogió uno de la línea dos. Él se coló por la puerta de atrás justo en el último momento antes de que el vehículo arrancara.

Cuando vio que ella se apeaba del autobús, él la imitó. Se entretuvo unos instantes simulando fijar su atención en un escaparate hasta que de nuevo la joven le sacó algo de ventaja. Parecía que no se había percatado de su presencia. Selene caminó durante casi 10 minutos más hasta llegar a una residencia de ancianos. Él se mantuvo a distancia, observándola sin ser visto, viendo cómo paseaba por los jardines con una anciana del brazo. Era una mañana soleada de principios de primavera y pese a que la temperatura no era muy alta, el sol la hacía más agradable.

Hasta casi las seis de la tarde, Selene no regresó a su apartamento.

CAPÍTULO XI

Las primeras semanas de su función como guardián transcurrieron sin incidencias. Selene era muy pulcra con sus rutinas, lo que le facilitaba notablemente su misión. Sin embargo, aquella noche, la cosa cambió.

Selene caminaba distraída, escuchando música con los auriculares mientras se encaminaba al local que solía frecuentar los sábados, el mismo en el que la había conocido. Dos tipos la seguían, recortando paulatinamente la distancia que les separaba de ella. Raven había estudiado sus movimientos durante las últimas semanas y sabía qué ruta iba a seguir. Se lanzó a la carrera entre diversas callejuelas para salirles al paso e interponerse entre ella y sus perseguidores.

Apareció ante ellos, que se sobresaltaron, sorprendidos con su presencia. No les dio la más mínima oportunidad, apenas tuvieron tiempo para defenderse. Recordando los movimientos de aquel guerrero implacable que fue antaño, extrajo las dagas que escondían sus botas con un rápido movimiento y con una de ellas rajó el cuello de uno de sus oponentes mientras clavaba la otra en el abdomen del otro agresor. A pesar de los años que habían transcurrido, seguía siendo muy hábil en el manejo de dos espadas, aunque ahora fueran mucho más cortas.

Ambos asaltantes se desintegraron en cuanto Raven clavó en ellos su arma. Aquello era peor de lo que imaginaba. Como guerrero, siempre se había sentido algo receloso de la magia. Había llegado el momento de que ella conociera la verdad.

Selene desconectó la música que le había hecho el trayecto más ameno justo antes de entrar al bar y guardó sus auriculares en una cremallera de su bolso. Abrió la puerta y buscó a su amiga entre la gente. Se le había hecho un poco tarde así que lo más probable es que le estuviera esperando. La halló sentada en uno de los sofás, con una bebida ya sobre la mesa.

—Lo siento —se disculpó.

—No pasa nada, he llegado hace poco.

Antes de tomar asiento junto a su amiga, se acercó a la barra a pedir algo. Al otro lado de la sala vio al hombre con el peinado vikingo de la otra vez. Se vio tentada de saludarle pero él parecía distraído y probablemente ni siquiera se acordara de ella.

Se acomodó en el sofá y dio un largo trago a su cerveza. Intentó entablar conversación con su amiga, pero ésta se encontraba distraída sonriendo a un hombre que no dejaba de mirarla mientras simulaba charlar con sus amigos. Selene sabía que no tardaría en dejarla sola. Otra vez.

Su amiga se acercó a la barra y regresó con otra cerveza que puso en frente de Selene, con su nuevo ligue agarrando su mano. Le sonrió, le guiñó un ojo y se marchó con su acompañante. Por lo menos su amiga había tenido el detalle de invitarle.

Raven observaba de reojo a Selene. Cuando vio que la amiga se marchaba acompañada y ella se quedaba sola, se acercó.

—¿Selene, verdad?

Ella asintió, complacida de que recordara su nombre.

—¿Te importa que me siente?

—No, no, adelante. Mi amiga se ha marchado, enseguida lo haré yo también y dejaré la mesa libre —respondió, sintiendo cómo sus mejillas ardían ruborizándose ante la intensa mirada de aquel hombre.

Raven tomó asiento a su lado, apoyando su botellín de agua sobre la mesa. No podía arriesgarse a que el efecto del alcohol mermara sus capacidades.

—Puedo acompañarte, puede ser peligroso que regreses sola.

—No, gracias, no hace falta —se arrepintió enseguida de sus palabras. Estaba rechazando una oportunidad única de llevarse a aquel tipo que consideraba fuera de su alcance a casa, pero había algo extraño en él que le hacía desconfiar, un aroma de misterio y peligro combinado con el cuero de su ropa y su brazo tatuado. Siempre había pecado de excesiva prudencia.

Aquella mujer era más testaruda de lo que pensaba y se lo estaba poniendo difícil. Raven había confiado en sus encantos naturales para que Selene admitiera su compañía. No le quedó más remedio que recurrir a la verdad, aunque le tomara por un demente.

—Quizá te suene un poco raro, pero estoy aquí para protegerte.

"Aquel tipo tenía una forma un tanto rara de ligar", pensó Selene.

—Eres alguien muy importante, aunque todavía no lo sepas y corres peligro. Pero no te preocupes, yo seré tu guardián.

Selene le miró con los ojos desorbitados. No sabía si realmente había escuchado bien las palabras de Raven o le llegaban distorsionadas por la música. Aquello explicaba el aparente interés que había despertado en él, ese tipo estaba loco.

—Disculpa... he de ir al servicio. Vuelvo enseguida —Selene tragó saliva y se incorporó, visiblemente incómoda, encaminándose hacia el baño.

Giró la vista atrás antes de entrar, él seguía en el sofá ojeando la pantalla de su teléfono móvil mientras esperaba su regreso. Se escabulló por la puerta trasera del local y corrió por el callejón rodeando el edificio. Al doblar la esquina se chocó contra Raven, que la esperaba con la espalda apoyada en la pared con actitud distraída. Se encaró con ella.

—¿No me has oído? Es peligroso que vayas por ahí sola.

—Voy a llamar a la policía...—dijo Selene, rebuscando su teléfono móvil.

—Poco tiene que hacer la policía contra la amenaza que se cierne sobre ti —él le quitó el móvil, mientras le asía por una muñeca y lo estrelló contra la acera.

—¡Suéltame psicópata! —ella forcejeó intentando zafarse de su captor.

—No, te equivocas, no soy yo de quién tienes que huir, estoy aquí para protegerte —su tono seguía siendo calmado pero su rostro denotaba crispación —Vamos, te acompañaré a tu casa.

Ella cedió, asustada, sabía que no tenía otra opción. Él era mucho más fuerte que ella y ella carecía de conocimientos de defensa. Raven la seguía sosteniendo por el brazo de manera ruda, mientras la guiaba por las calles camino a su apartamento.

—No te he dicho donde vivo —comentó Selene, aterrada. Aquel tipo parecía saber exactamente a dónde la llevaba. Sus pensamientos volaron hacia toda una serie de atrocidades que podría hacer aquel hombre con ella. Ya se veía ocupando la página de sucesos de los periódicos.

—No es necesario. Ya lo sé.

El tono autoritario de su voz le amedrentó aún más.

Se detuvieron junto al portal. Él le miró, inquisitivamente.

—¿Vas a usar la puta llave o voy a tener que abrir la puerta yo?

Selene rebuscó en su bolso hasta encontrar la llave. Su mano temblaba y el manajo de llaves cayó al suelo. Se agachó a recogerlo con lágrimas en los ojos y abrió la puerta. El ascensor del bloque de viviendas estaba estropeado de nuevo así que subieron por las escaleras. Ella iba a abrir la puerta de su apartamento cuando él la detuvo. Había una muesca en la cerrojo.

—Quieta. Han forzado la cerradura. Alguien ha estado aquí. Iré a echar un vistazo para comprobar que es seguro entrar. Espérame aquí. Y si ves algo extraño, grita.

Selene volvió a mirarle, con sus ojos negros asustados como los de un cachorrillo indefenso. Se limitó a asentir. Raven desapareció en el interior de su casa. Ella alternó su mirada entre la puerta por la que acababa de entrar aquel tipo y las escaleras que tenía tras ella. Dudó sólo unas décimas de segundo y echó a correr escaleras abajo. Había una comisaría de policía cercana, con un poco de suerte podría llegar allí antes de que le volviera a dar caza.

—Todo está en orden, Selene, quienquiera que haya estado aquí ya se ha marchado —dijo Raven tras examinar el interior —¡Mierda! —añadió cuando se percató de que ella había huido.

Bajó a gran velocidad las escaleras, saltando el último tramo y se precipitó a la calle, intentando adivinar qué camino habría tomado. Agudizó sus sentidos para intentar percibir el más mínimo ruido que orientara la dirección que debía seguir. Un perro ladró unas calles más allá, hacia el norte. Se aventuró en aquella dirección. Escuchó un grito atormentado de mujer que fue interrumpido. Sonaba a escasos metros de donde se encontraba. Aceleró aún más sus zancadas mientras extraía el bastón extensible del falso forro de su guardapolvos de cuero.

Dos hombres sostenían a Selene por los brazos mientras un tercero intentaba sujetar sus piernas llevándose alguna que otra patada de la chica, que, desesperada, luchaba por escapar. Raven golpeó con el mango del bastón en la sien del hombre que apresaba las piernas de Selene, desestabilizándole y forzando a que se alejase de ella. El hombre entonces se centró en él, mientras sus dos compañeros intentaban huir con la mujer, que forcejeaba ofreciendo resistencia. Su contrincante consiguió arrebatarse el bastón, pero entonces Raven descargó su bota contra el mismo punto que había golpeado instantes antes el arma extensible, dejando a su contrincante momentáneamente fuera de combate y saltó sobre los que mantenían presa a Selene. Uno de ellos asestó un puñetazo en el rostro de la mujer, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo, aturdida.

El ancestral guerrero agarró a uno de ellos por el cuello y tiró de él hacia atrás, obligándole a soltar a su protegida. Se encaró con él. Su compañero, viendo que la mujer permanecía en el suelo, inmóvil, la soltó para ayudarlo. Se abalanzó sobre Raven, que sintió un dolor lacerante en su costado, cuando un cuchillo abrió una herida en su piel. Ni siquiera lo había visto. Emitió un grito, furioso, sin embargo, la descarga de adrenalina le impulsó a seguir en la batalla sin flaquear. Gracias a una lluvia de puñetazos, Raven consiguió zafarse de los dos hombres, rodó sobre sí mismo y cuando se puso de nuevo en pie, portaba en cada mano una de sus dagas. Flexionó las rodillas para tomar impulso y saltó sobre el que portaba el cuchillo. Su enemigo le acertó en el muslo derecho, pero él consiguió clavarle la daga en su pecho. Nuevamente, el tipo se desintegró. Raven volvió a girar sobre sí mismo, esquivando un golpe del otro oponente que recibió un codazo del antiguo guerrero sobre la tráquea, quedando sin aire. Lo atravesó con su daga y sus restos se desvanecieron.

El tercer enemigo acababa de volver en sí y amenazó a Raven con su propia arma, dispuesto a ensartarle en el filo del bastón. Desvió el golpe con su pierna, llevándose otra herida, pero consiguió que el bastón saliera volando de su mano. Más veloz que su agresor, atrapó el arma y lo

clavó en la garganta. Su cuerpo también se volatilizó.

Raven, con la respiración agitada y el rostro cubierto de una mezcla de sudor y sangre se aproximó a Selene, que, algo más recuperada del golpe recibido, permanecía agazapada en una esquina, con el rostro enterrado entre sus manos.

—¡Eso es la amenaza! ¡No yo! —gritó, enfurecido, señalando hacia el lugar en el que los tres hombres habían desaparecido —¿Ahora me crees? Si tengo que protegerte debes confiar en mí. ¡No puedo ser tu niñera! ¡O lo haces por las buenas o te juro que te ataré a mi cama hasta que me asegure de que estás a salvo!

Ella alzó la cabeza para mirarle. Estaba temblando y con el rostro bañado en lágrimas. Él se apiadó de Selene y le tendió la mano para ayudarle a levantarse.

—Será mejor que vayamos a mi casa, es un lugar seguro. De momento.

El ático de Raven estaba provisto por un sofisticado sistema de seguridad que lo convertía en un lugar blindado, aunque no tenía absoluta certeza de que también fuera un refugio seguro contra la magia. Ella, todavía conmocionada, le siguió, sin rechistar.

Llegaron hasta su ático, Raven marcó un código, colocó su pulgar en un lector de huellas y la puerta se abrió. Selene se quedó inmóvil en el centro de la estancia y echó un vistazo a su alrededor. Era una única estancia diáfana con tres zonas diferenciadas, una amplia cama a su derecha, con una cómoda y varios armarios de madera blanca, un gran sofá frente a una televisión colgada de la pared junto a una escueta cocina americana y al fondo, ocupando la mayor parte del espacio, una zona acondicionada como gimnasio que terminaba en un enorme ventanal y una puerta, que supuso que sería la de acceso al cuarto de baño. Él envolvió una bolsa de hielos en un paño y lo colocó sobre el pómulo de Selene, donde había recibido el golpe y la acompañó hasta el sofá.

—Tranquila, no es nada grave, un poco de hielo y en breve bajará la hinchazón. Aunque es muy probable que el ojo se te ponga morado. Sujeta ésto aquí y aprieta. Vuelvo enseguida, necesito una ducha.

Ella obedeció, dócil y se sentó en el borde del sofá, mientras Raven se encaminaba hacia el cuarto de baño.

Él cerró la puerta y se desvistió, lanzando su ropa al suelo. Observó su reflejo en el espejo. Tenía un corte en la mejilla y el labio partido, además de varios golpes en la cara. Las heridas de su costado izquierdo y de su muslo derecho parecían bastante profundas, en cambio, sobre el tobillo derecho sólo tenía un arañazo.

Abrió el armario para coger todo lo necesario para curarse. Se desinfectó los cortes con un antiséptico y se suturó las heridas de más gravedad, reprimiendo un quejido cada vez que la aguja atravesaba su piel. Después abrió el grifo del agua fría y se metió bajo la ducha. La temperatura gélida mitigaba el dolor de su cuerpo magullado, arrastrando los restos de sangre seca de su piel. Se entretuvo unos minutos más de lo necesario bajo el chorro.

Arrastró sus pies fuera de la ducha y se secó con una toalla, envolviendo después su torso y su muslo derecho con unas vendas. Regresó a la sala principal, todavía desnudo. Selene lo observó, todavía con una expresión desencajada en su rostro, azorada ante la visión de su cuerpo desnudo, con sus piernas fuertes perfectamente torneadas y sus músculos marcados como si hubiera sido sacado de un anuncio, pero a él no parecía importarle que le vieran así. Caminó hasta el armario y se puso únicamente unos vaqueros desgastados. Se agachó junto a ella mientras su mirada verde la

interrogaba.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Estás bien? —preguntó ella, fijándose en los vendajes que cubrían su cuerpo.

—Sí, ¿y tú?

—No lo sé, no entiendo nada, ¿Quiénes eran? ¿Qué eran? ¿Por qué me atacan? ¿Por qué a mí? Nunca he sido nadie, ¿por qué iba a serlo ahora? ¿qué es eso que me hace tan especial que quieran matarme? —las lágrimas volvían a aflorar a sus ojos.

—No lo sé, pero debes ser muy importante cuando los dioses me han devuelto a la vida para que sea tu guardián —respondió Raven, atrapando una lágrima con sus dedos.

—¿Qué? —ella abrió los ojos, incrédula.

—Es una larga historia. Ha sido un día duro, será mejor que descanses. Duerme en mi cama, yo lo haré en el sofá.

Selene le tendió el paño en el que él había envuelto los hielos, ya medio deshechos, y arrastró los pies en dirección a la cama. De pronto se sentía tremendamente agotada. Se sentó sobre el mullido colchón mientras se descalzaba. Raven se había acomodado en el sofá y la contemplaba con detenimiento. Ella se quitó los calcetines, revelando en su tobillo derecho un delicado tatuaje de una luna y unas estrellas hechas en tinta blanca y negra, adornadas con unas líneas negras que semejaban unas lenguas de fuego. Selene se sintió cohibida ante la intensidad del escrutinio de su defensor y se introdujo bajo las mantas para acabar de desnudarse. Se abrazó a la almohada y cerró los ojos.

Raven bajó la intensidad de la luz, dejando tan solo una leve iluminación en la estancia y se acomodó en el sofá. Desde donde se encontraba, podía escuchar los sollozos que Selene intentaba ahogar en la almohada hasta que fueron sustituidos por una respiración profunda y relajada. Se había dormido. Él, por el contrario, se quedó con la mirada fija clavada en el alto techo de su ático, completamente despejado.

CAPÍTULO XII

Selene deseó con todas sus fuerzas que la noche anterior hubiera sido una terrible pesadilla y que al abrir los ojos se encontrara en su apartamento. No fue así. Estaba en el enorme ático de Raven, en su cama. Miró hacia el sofá pero no había rastro de él. Estaba sola. Con una pizca de miedo pero agradeciendo esos instantes de soledad que le permitían meditar acerca de todo lo ocurrido, se asomó al ventanal que daba acceso a la terraza. Intentó salir afuera a que el aire fresco le reconfortara, pero la puerta estaba bloqueada, así que se limitó a deleitarse con las espectaculares vistas de la ciudad.

Se sobresaltó cuando escuchó que la puerta se abría. Quiso ocultarse, pero el miedo la paralizó. Por suerte, era Raven. Arrastraba una maleta que reconoció como suya.

—Por fin te has despertado —saludó él, con los ojos mirando inquisitivamente su cuerpo, centrándose especialmente en su tatuaje. Tan solo llevaba una camiseta que dejaba a la vista sus largas piernas y parte de su ropa interior, pero se sintió totalmente desnuda bajo su mirada —Me he permitido el lujo de regresar a tu apartamento para coger tus pertenencias.

—¿Y mi gato?

—No había nadie en tu casa... —Raven ocultó que había visto el cadáver del animal la noche anterior. Discretamente, se había deshecho de los restos del cuerpo cuando había regresado a por las cosas de Selene —Se habrá escapado cuando alguien entró en tu apartamento anoche.

—¿Me has dejado sola? —preguntó con una nota de miedo en su voz.

—Tranquila, nadie que no sea yo puede entrar o salir de aquí.

—Entonces, ¿soy tu rehén, tu prisionera?

—No seas terca, pensé que lo de anoche te había dejado las cosas claras. Sólo intento protegerte.

—Pero... ¿de quién?

—No lo sé, sólo sé que la amenaza que se cierne sobre ti es real. Alguien quiere hacerte daño y ya han demostrado que no se andan con tonterías. Pero no pienso permitirlo, no voy a fracasar en mi cometido.

—¿Y si fallas?

—Estaremos muertos los dos —hizo una breve pausa y añadió, señalando la maleta —Creo que está todo lo necesario para que pases aquí una temporada, es el lugar más seguro. Échale un vistazo.

—Entonces... ¿no puedo salir?

—Sí, podrás salir, pero nunca sola. Allá a donde quieras ir, tendré que acompañarte. Por mucho que te fastidie, a partir de hoy seré tu sombra. Por cierto, aquí tienes un nuevo teléfono. Para compensar el que destrocé ayer. Quizá quieras hablar con tu amiga.

Selene cogió el móvil que le tendía. Era un modelo mucho más moderno que el que usaba ella. Configuró su dirección de correo electrónico para poder recuperar la agenda de contactos. Buscó en ella el número de su amiga pero en lugar de marcarlo, volvió a dejar el móvil sobre una mesa. No sabía que explicarle a su amiga y probablemente, estuviera todavía ocupada con su nuevo

ligue.

—Me gustaría ir a un sitio...—expuso, tímidamente.

—A ese geriátrico, ¿verdad?

—Sí —contestó asistiendo. Y tras dudar un segundo, no sabiendo muy bien si quería escuchar o no la respuesta, preguntó —¿Desde cuándo llevas siguiéndome?

—Desde la noche en que te conocí —Selene le miró con expresión iracunda —No me mires así, creo que ayer ya te demostré cuales son mis intenciones. Venga, vamos, vístete. Te llevaré a ver a esa anciana.

Selene rebuscó en su maleta hasta encontrar un pantalón vaquero, una blusa y otro conjunto de ropa interior y se encerró en el baño. Dejó que el agua caliente llenara la bañera y vertió medio bote de jabón para formar espuma. Se entretuvo casi media hora bajo el agua, hasta que su piel empezó a estar arrugada. Era agradable no pensar en nada y dejarse mimar por las caricias de la espuma sobre su piel. Se vistió y se aplicó algo de maquillaje para disimular su pómulo amoratado.

Cuando abandonó el baño, Raven le esperaba, sentado en el sofá.

—¿Lista? —Ella asintió. Él se incorporó y cogió dos cascos —Vamos.

Bajaron en el ascensor hasta el garaje. Raven se subió primero a la moto y la inclinó para facilitar que ella se montara. Selene se agarró a la cintura de Raven. Él contuvo una mueca de dolor cuando su mano izquierda se apoyó justo sobre la herida. Envolvió la mano de ella con la suya, con un toque que resultaba incluso sensual, tomándose demasiada confianza en opinión de Selene y se la bajó hasta situarla sobre su cadera.

—Mejor ahí, si no te importa —sugirió, con una sonrisa seductora.

—Oh, lo siento —se disculpó ella, apurada.

Raven aceleró mientras iba serpenteando por las calles. Selene se arrimó más a Raven ante el exceso de velocidad que le amedrentaba. Y pese a que jamás le habían gustado ni las motos ni la velocidad, se sintió segura, apoyada contra su espalda fuerte, sintiendo el agradable aroma a cuero de la cazadora en sus fosas nasales, con el viento revolviendo los rizos que escapaban bajo el casco.

Él aparcó la moto junto a la entrada principal de la residencia de ancianos.

—Ya hemos llegado —dijo, mientras volvía a inclinar la moto para que ella se apeara —Por cierto, ¿Quién es esa mujer?

—Es mi abuela. Espérame aquí.

—No. Voy contigo.

—¿Qué? ¿Cómo vas a venir conmigo? ¿Y qué le digo? ¿Cómo le explicó quién eres? Mira, Nana, vengo con un hombre que está destinado a protegerme de unos tipos que se volatilizan cuando los atacan... Si, todo muy normal —dijo atropelladamente. Selene tenía la costumbre de hablar mucho y muy deprisa cuando se ponía nerviosa.

—Dile que soy tu novio —contestó Raven con sus labios torciéndose en una expresión pícaro que provocó que las mejillas de Selene enrojecieran, acallando su verborrea.

Selene saludó a la recepcionista y tras facilitarle su nuevo número de teléfono para que actualizaran sus datos, caminó por un laberinto de pasillos hasta llegar a una amplia sala, en la que varios ancianos miraban el televisor, jugaban a cartas o, simplemente, veían pasar ante sus

ojos el poco tiempo que les quedaba.

—Josephine, ha llegado tu nieta —dijo uno de los cuidadores al oído de una mujer anciana con una larga melena de color gris recogida en un moño, que permanecía sentada, con la mirada perdida, más allá de la ventana.

—¡Hola querida! ¿Cómo estás? —los ojos de la anciana se iluminaron al ver a Selene.

—Muy bien, Josie, ¿Y tú? —Selene obsequió con un fuerte abrazo a su abuela.

—¡Oh! ¡Si vienes acompañada! ¿Quién es ese joven tan apuesto que te acompaña? Parece un tipo duro —las magulladuras del rostro de Raven no pasaron desapercibidas para la anciana.

—Un... amigo. Se llama Raven.

—Ya... un amigo... Te crees que por ser vieja me he vuelto tonta... —bromeó Josephine — Ven, ven aquí muchacho, acércate. Los ojos de esta anciana ya no son como antaño, déjame que me recree la vista...

Raven accedió a la petición, divertido ante los comentarios de aquella anciana, algo desinhibida. Cuando estuvo lo bastante cerca, la mujer añadió:

—Einar, espero que la cuides bien —la mujer sonrió.

La expresión de Raven se ensombreció. Hacía siglos que no escuchaba su nombre real y escrutó a la anciana, buscando algún indicio sobre quién se ocultaba tras aquel rostro ajado por la edad.

—Raven, Nana, se llama Raven —le reprendió Selene, haciendo un gesto a su acompañante, disculpándose por el despiste de la anciana.

Pasaron buena parte del día allí, acompañando a Josephine. Raven, con semblante serio, permaneció el resto de la velada un tanto aparte de las dos mujeres. Cuando dejaron atrás sus puertas, éste preguntó:

—¿Y quién dices que es esa mujer?

—Mi abuela, ya te lo he dicho. Bueno, en realidad no es mi abuela, ni siquiera es de la familia, pero cuidó de mí cuando era niña. Mis padres estaban demasiado ocupados discutiendo entre ellos como para prestarme la atención que necesitaba. Nana era nuestra vecina. Ella no tenía familia y cuidar de mí supuso un alivio a su soledad. Luego empezó a perder la cabeza, ella era incapaz de cuidar de sí misma y le conseguí una plaza aquí para que estuviera bien atendida. Vengo a verla todas las semanas.

—Ajá —Raven sospechaba que tras aquella historia de la anciana se escondía algo mucho más trascendental. Rememoró su sonrisa cuando pronunció su verdadero nombre y encontró en sus rasgos ciertas semejanzas con la vieja portadora de la vara de su pueblo natal.

CAPÍTULO XIII

Raven no parecía encontrarse bien. Habían pasado cuatro días desde el ataque y durante la pasada noche, Selene había percibido cómo él se revolvía inquieto en el sofá, enredado entre las mantas. Se levantó de la cama y se acercó al lugar que ocupaba él.

Ella posó una mano sobre su frente, estaba ardiendo. El antiguo guerrero se sobresaltó ante el contacto y en un acto reflejo, agarró la muñeca de Selene con fuerza, mientras abría los ojos.

—Tranquilo, soy yo —dijo con voz dulce.

Él la observó con mirada febril durante un instante, soltó su muñeca y volvió a cerrar sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, observando su rostro pálido y sudoroso.

—Sí —mintió él. Recordaba que en la nevera guardaba algo que quizá le ayudara a sentirse mejor.

Intentó incorporarse pero sus piernas se enredaron con la sábana que le cubría y cayó de bruces al suelo, sin fuerzas, mareado, perdiendo momentáneamente la noción de realidad.

—Creo que será mejor que te vuelvas a acostar —dijo Selene, arrodillándose a su lado.

La repentina vulnerabilidad de aquel hombre mortífero había despertado en ella un sentimiento de ternura. Aquella era otra de sus debilidades, empatizar con el sufrimiento de los demás.

Él, gracias a su ayuda, consiguió arrastrarse hasta volver a quedar tendido sobre los cojines del sofá, con la respiración jadeante por el sobreesfuerzo. Selene recolocó la ropa de cama que le cubría pero antes se acercó para inspeccionar la herida del costado. La venda de su torso estaba sucia. La cortó con unas tijeras y separó las dos mitades, dejando descubierto el corte de su costado. La herida se había abierto, estaba enrojecida y supuraba. No tenía buen aspecto.

—Quizá debiéramos ir al hospital a que te echarán un vistazo.

—No —contestó tajante.

—Déjame que te vea el resto... —pidió ella.

Raven no opuso resistencia ni protestó cuando Selene arrastró la ropa de cama que lo cubría para dejar su cuerpo expuesto. Se recreó con la imagen de su cuerpo perfectamente esculpido y sintió un calor en sus mejillas conforme se ruborizaba. Echó una fugaz mirada hacia su rostro, Raven seguía con los ojos cerrados. Respiró aliviada y centró su atención en su pierna derecha. Apenas quedaba rastro del rasguño en su tobillo pero la herida del muslo presentaba el mismo aspecto que la del abdomen.

—En la nevera...—la voz de Raven era apenas un susurro y le costaba bastante esfuerzo hablar —Hay unas hierbas que huelen como si estuvieran putrefactas y saben aún peor...

Selene se encaminó hacia el frigorífico y buscó en su interior. En una caja de plástico había un buen puñado de hierbas. La abrió y no pudo contener una náusea.

—Sí... son esas...—comentó Raven.

—Vale, ¿qué hago con ellas? —preguntó Selene arrugando la nariz.

—Haz una infusión... empapa unas compresas y colócalas sobre las heridas... y oblígame a beber un par de tragos cada 4 horas...

—¿Será suficiente?

—Eso espero...—aquella planta le había salvado la vida en innumerables ocasiones —Será mejor que nos quedemos aquí unos días... ahora mismo no sería muy útil como protector. Lo

siento.

Selene siguió las instrucciones de Raven. Empapó unas gasas en la infusión de hierbas y las colocó sobre las heridas del antiguo guerrero, que gritó de dolor, sintiendo como si le estuvieran prendiendo fuego. Después incorporó levemente la cabeza de Raven y le ofreció un vaso con el líquido, todavía templado. Él dio un par de sorbos e inmediatamente después se puso a vomitar.

—Esto no me gusta nada... En serio... creo que deberíamos ir al hospital —Selene estaba cada vez más preocupada.

—No... tiene que ser así... tranquila.

Raven volvió a cerrar los ojos, exhausto, y quedó sumido en un sueño intranquilo. Pasadas cuatro horas Selene volvió a repetir la operación, obteniendo el mismo resultado.

Hasta casi cuarenta horas después de iniciado aquel extraño tratamiento, Raven no consiguió aguantar dentro de su estómago los dos sorbos de la infusión. Selene levantó las compresas que cubrían las heridas para echar un vistazo, antes de cambiarlas por otras limpias, parecía que empezaban a mejorar. Pero él seguía con fiebre, dormitando de manera intermitente, agitado, delirante, librando una lucha interior, hablando en un idioma desconocido para ella. Ella se limitaba a obligarle a beber aquel brebaje cada cuatro horas, a ofrecerle algo de alimento que casi siempre él rechazaba, a ahuecar los cojines para que estuviera cómodo, a volver a cubrir su cuerpo cada vez que se destapaba y a cambiar las sábanas cuando estaban empapadas en sudor.

Selene se sentó sobre el suelo, junto al sofá. Aquel se había convertido en su lugar predilecto de la casa durante los últimos días, incluso en alguna ocasión había improvisado un camastro con varios cojines para velar el sueño de Raven. Ella colocó unos paños húmedos sobre su frente para intentar disminuir su temperatura. Parecía que aquello lo tranquilizaba un poco. Estaba boca arriba, con su brazo izquierdo sobre la almohada, dejando visible su tatuaje, la marca del guardián. Creyéndolo dormido sintió el impulso de acariciar sus trazos de tinta negra. Él abrió los ojos, clavándolos en los dedos que acariciaban su piel.

—¿Qué significa? —inquirió ella.

—Es la marca que me ata a ti. —dijo con voz ronca debido a su garganta seca, volviendo a cerrar los ojos con una mueca de dolor. Volvía a comenzar su batalla.

La contienda se extendió durante más de una semana. Pero, por fin, una mañana, Raven despertó afebril.

—Ya está —dijo, extenuado.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ahora sólo necesito descansar. Esas hierbas son asquerosas pero son capaces de eliminar casi cualquier veneno e infección.

—¿Quieres decir...?

—Es bastante probable que sus armas estuvieran impregnadas con algún tipo de sustancia destinada a causar mi muerte. Quitándome de en medio, sería más fácil llegar a ti.

Selene retiró las mantas que cubrían a Raven. A él no parecía incomodarle que ella le viera desnudo. Sin embargo, ella, azorada, centró su atención en las heridas. Efectivamente, estaban casi curadas. Aplicó un antiséptico sobre ellas y las cubrió con apósitos limpios.

—Gracias por cuidar de mí.

—Es lo menos que puedo hacer... si quiero sobrevivir necesito a mi protector en perfectas condiciones —ella sonrió tímidamente, admitiendo al fin que sus caminos estaban unidos por el destino.

Los labios de Raven dibujaron una sonrisa, mientras cerraba los ojos. No tardó en dormirse. Selene comprobó que su temperatura era normal, colocando la mano sobre su frente y dejando que sus dedos acariciaran los cabellos desordenados y descuidados de él. A él no pareció molestarle su atrevimiento. Raven tenía los pómulos ligeramente más marcados porque apenas había comido nada en los últimos días, pese a su insistencia con diferentes platos suaves, pero por lo demás, tenía buen aspecto.

Permaneció durmiendo todo el día. Selene se entretuvo buceando entre las páginas de un libro antiguo, viendo alguna película, escuchando música y perdiéndose en sus pensamientos mientras sus ojos se deslizaban por las hermosas vistas de la ciudad. Cuando ya hacía varias horas que el sol se había ocultado tras el horizonte, decidió acostarse.

No sabía cuánto llevaba dormida cuando se despertó sobresaltada por un grito agónico de Raven. Se incorporó, asustada, pensando que la fiebre volvía a acechar a su guardián. Se lo encontró en el sofá, sentado, con las manos sujetándose el pecho y su piel brillando por el sudor bajo la tenue iluminación la estancia.

—¿Estás bien? —preguntó. Pero no obtuvo respuesta.

Raven se puso en pie, sin verla. Se paseó desnudo hasta una cómoda cercana a la cama que ella ocupaba, abrió uno de los cajones para coger un pantalón corto y se lo puso. Después se dirigió hacia la zona de su apartamento que tenía acondicionada como gimnasio. Introdujo un código en un panel que había junto a un armario de puertas metálicas que se abrió automáticamente.

Él observó durante unos instantes el contenido de su interior. Estaba lleno de armas blancas, de diversos tamaños y de diferentes épocas. Se decantó por dos espadas cortas, muy similares a las que usaba en sus tiempos de guerrero. Contempló su reflejo en el filo metálico y comenzó su danza mortal. Selene permanecía sentada en la cama incapaz de apartar sus ojos negros de los movimientos hipnóticos de Raven que arrancaba fragmentos de madera a un maniquí con forma humana con cada golpe, intentando descargar la ira que hervía su sangre consecuencia de la pesadilla que llevaba atormentándole durante siglos.

Cuando por fin se hubo calmado lo suficiente como para volver a pensar con raciocinio, la figura humana se había transformado en un bloque informe de madera astillada. Con respiración aún trabajosa por el esfuerzo, volvió su mirada hacia Selene que observaba con cierta melancolía el exterior, dejándose inundar por los colores del amanecer que se proyectaban sobre la amplia cristalera del apartamento. Hacía días que no pisaba la calle.

—Dame unos minutos y saldremos a dar una vuelta —dijo, mientras se encerraba tras la puerta del baño.

Selene escuchó cómo abría el grifo de la ducha y el agua comenzaba a caer cuando su teléfono móvil empezó a vibrar sobre la mesita auxiliar en la que lo había dejado la noche anterior. Se acercó y descolgó, pese a que no reconocía el número de la llamada entrante. Tuvo que sentarse en el sofá cuando escuchó las palabras que decía la persona al otro lado de la línea.

CAPÍTULO XIV

Raven contempló su reflejo en el espejo. La enfermedad había hecho mella en su cuerpo. Tenía los rasgos más marcados y estaba algo más delgado. Se sentía bien, pero aún estaba bastante de recuperar sus fuerzas. En cuestión de días y retomando un duro entrenamiento, volvería a ser el mismo de siempre, de nuevo en forma para seguir con su cometido. Se introdujo bajo la ducha y mientras el agua fría aliviaba sus músculos doloridos se deshizo las trenzas de pelo enmarañado. Cerró el grifo y salió de la ducha, colocándose una toalla alrededor de la cintura. Tardó un buen rato en conseguir desenredar su cabello y no se molestó en volvérselo a trenzar. Optó por dejárselo suelto.

Cuando regresó al salón, Selene estaba pálida, sentada en una esquina del sofá, con el teléfono móvil en su mano temblorosa. Se agachó frente a ella.

—¿Estás bien? —había una nota de preocupación en su voz.

—Josephine ha... ha... ha muerto —dolía aún más cuando lo decía —Me acaban de llamar de la residencia, como único contacto de ella, les gustaría que echara un vistazo a sus pertenencias.

—De acuerdo. Dame unos minutos.

Selene permaneció en la misma postura, inmóvil mientras Raven se vestía, camuflando varias armas entre sus ropas. Una vez que estuvo preparado, le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Cuando atravesaron la puerta exterior del garaje del domicilio de Raven sobre su moto, la lluvia se hacía eco de las lágrimas que Selene no podía derramar.

No tardaron en llegar al geriátrico donde había residido la anciana. Raven colocó su mano sobre la cintura de Selene mientras la guiaba por los pasillos, siguiendo a una cuidadora que les acompañaba hasta la que había sido la habitación de Josephine.

—Esto es todo lo que tenía. No le gustaba acumular demasiadas cosas —explicó la trabajadora de la residencia señalando una pequeña caja que había sobre la cama —Apenas hay nada de valor, muchos garabatos sin sentido. Pasaba horas y horas con esos dibujos... Quédate lo que quieras.

Selene comenzó a rebuscar en el interior de la caja. Un par de fotos de las dos juntas de cuando ella era niña, un antiguo colgante, varias hojas dobladas con unos trazos sin sentido y poco más. Raven cogió uno de esos papeles. Él sí entendía su significado. Era el idioma rúnico de su pueblo. En el que sostenía en la mano ponía su nombre, su verdadero nombre, Einar. Lo desdobló y leyó su contenido.

<< Ahora que la hora del guardián ha llegado, puedo descansar. Nos volveremos a ver, noble guerrero >>

Volvió a depositar la hoja junto con las demás y echó un vistazo al resto. Sobre otra de ellas estaba grabado el escudo de su familia, en otras mencionaba a sus padres, sus batallas, sus enemigos, incluso a su esposa. Con una punzada de dolor recordando su traición, rebuscó entre las hojas algo que le ayudara a identificar quién se encontraba gestando la amenaza sobre Selene, pero todas hacían referencias a su pasado.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó ella, ante su repentina atención en aquellos papeles.

—No, sólo lo que dice ella, garabatos sin sentido.

Cogió el colgante y se lo tendió a Selene. Era un poderoso símbolo de protección. Rodeó el cuello de ella con sus manos, al mismo tiempo que ella se apartaba el pelo y se lo ató mientras sus miradas se cruzaban.

Selene decidió llevarse la caja entera. La llevaron a casa de Raven y después comieron algo, en silencio, antes de partir de nuevo hacia el cementerio donde tendría lugar el funeral.

Allí sólo estaban ellos dos y una mínima parte del personal de la residencia que se había acercado a expresarle sus condolencias. Selene había llamado a sus padres, pero seguían demasiado ocupados como para dejar a un lado su egoísmo y dedicar unos minutos a su hija. Su relación se había deteriorado bastante con el tiempo, últimamente se limitaba a unas pocas llamadas telefónicas al año para felicitar los cumpleaños y alguna otra fecha señalada. Ella había tenido la esperanza de que acudieran a hacerse partícipes de su dolor. Le habían fallado. Otra vez.

La lluvia que les había dado unos minutos de tregua volvía a caer con intensidad. En apenas un minuto, Raven y Selene se quedaron solos. El resto de asistentes se había guarecido en sus coches que abandonaban ya el cementerio. Se quedaron en silencio, sólo quebrado por el sonido de las gotas de agua golpeando la lápida de piedra. Selene se estremeció. Su fino abrigo estaba empapado y el agua empezaba a atravesar la tela. Raven pasó el brazo por encima de sus hombros para darle calor y reconfortarle con su presencia. Entendía su dolor, muy similar al que padeció él en el campo de batalla cuando una espada ensartó a su padre arrebatándole la vida. No importaba el tiempo que había pasado desde entonces, su recuerdo y su pesar seguía siendo vívido.

Selene clavó en él sus ojos negros, llenos de tristeza y rompió a llorar, dejándose arrastrar por la lluvia que caía a su alrededor y buscó refugio junto al guardián que le hacía sentirse a salvo. Él la estrechó entre sus brazos, mientras acariciaba con delicadeza sus cabellos, sintiendo cómo su cuerpo se agitaba presa del llanto.

Al cabo de un buen rato, ella alzó la vista, con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Vámonos a casa.

Raven tomó asiento en el sofá. Selene se acomodó a su lado. Había sido un día duro y se sentía agotada. Se fue recostando contra el cuerpo del antiguo guerrero, hasta acabar tumbada sobre su regazo, mientras él le acariciaba, dejando que sus dedos se enredaran entre los amplios rizos de cabellos morenos. Selene sentía que le vencía el sueño cuando osó a preguntar:

—¿Puedo dormir esta noche contigo?

Él se levantó. Ella se entristeció aún más ante su reacción. Raven le tendió su mano.

—Ven, vamos a la cama —dijo, esbozando una sonrisa —Estaremos más cómodos allí.

—Gracias —susurró, aliviada, mientras se deslizaba bajo las sábanas de la cama.

Raven se acostó a su espalda y la envolvió entre sus fuertes brazos.

—Creo que jamás me he sentido tan sola —comentó, apesadumbrada.

—No estás sola, me tienes a mí.

—Pero cuando acabe tu misión, te irás.

—Tal vez...

Él estaba haciendo muy bien su trabajo, pues, por primera vez en su vida, se sentía protegida.

Pronto, su respiración se había vuelto regular, más pausada, más profunda, se había quedado dormida. Los dedos de Raven, escapando a su lado racional, aprovecharon para acariciar la piel suave y tersa de su abdomen que dejaba al descubierto su camiseta ligeramente levantada. Él no tenía intenciones de dormir aquella noche, tan sólo quería permanecer allí a su lado, brindándole el apoyo y consuelo que ella necesitaba. Hacía siglos que no se permitía el lujo de dormir con nadie, desde aquel fatídico día en que se despertó con una daga atravesando su pecho, pero la respiración rítmica de Selene, el agradable aroma de su piel con su melena azabache acariciando su rostro y el agotamiento de la lucha de los días previos contra el veneno que había infectado su sangre, le arrastraron hacia el sueño.

Raven despertó pocas horas después, bañado en sudor, con la respiración agitada agarrándose instintivamente la zona en que su esposa le clavó la daga. Se incorporó de la cama, directo a la zona de entrenamiento, con una expresión de rabia esculpida en su rostro. Selene, permaneció sentada sobre el colchón, sin atreverse a preguntar por el origen de aquella pesadilla que atormentaba a su guardián, observando cómo intentaba descargar su ira en cada golpe que asestaba al saco de boxeo.

Al cabo de un rato, Selene abandonó el refugio de las mantas y se puso de pie, a cierta distancia de él.

—Enséñame —le pidió.

—¿Qué? —Él se giró hacia ella al oír su voz, pero el ruido de sus puños desnudos estrellándose contra el saco le impidieron entender sus palabras.

—Enséñame a pelear.

—No pareces ser el tipo de mujer que le gusten las peleas...—comentó, incrédulo ante la propuesta de Selene.

La expresión casi de burla en el rostro de Raven hizo que se pusiera furiosa.

—¿Crees que porque llevo encerrada unas semanas en tu apartamento me conoces bien eh, pues te equivocas! ¡No me conoces en absoluto!

—Te conozco lo suficiente como para saber que no disfrutas haciendo daño a la gente pese a que eso suponga que tu propio sufrimiento aumente, que te desvives por ayudar a quien lo necesita. —dijo. Y añadió mientras se acercaba a ella, devorándola con sus ojos verdes —Y que te da por hablar mucho y muy rápido cuando te pones nerviosa.

—¿Yo? ¡Qué va! —Raven iba acertando la distancia que los separaba, con movimientos casi felinos —No, no es cierto, no es cierto que me da por hablar cuando me pongo nerviosa, para nada, vaya tontería, que hablo más cuando estoy nerviosa...

La distancia entre ellos era mínima. Raven posó un dedo sobre los labios de Selene, acallando su discurso y deslizó la mano por el arco de su mandíbula, para alzar su rostro y dejar que su boca encontrara la de ella.

—Y también conozco la forma de dejarte sin palabras.

Ella se ruborizó, momentáneamente sin aliento.

—Vamos —dijo él, regresando a la zona de entrenamiento.

Ella tardó un instante en reaccionar, pero le siguió. Raven cubrió las manos de Selene con unas vendas y después le colocó unos guantes de boxeo.

—Dale.

Ella comenzó a golpear el saco.

—Usa todo el cuerpo. Bien —él se situó a su espalda —Aprovecha todo ese dolor que sientes y deja que fluya a través de ti convertido en rabia... entonces... domínala, no dejes que te controle

y descárgala contra el saco.

Selene siguió los consejos de su instructor, liberando su cólera con cada golpe, acompañándolo de un grito.

—Eso está mejor. Está bien que sepas defenderte, pero no quiero nada de heroicidades. Eso déjasele a tu guerrero. —dijo mientras le acariciaba la cintura, intentando corregir su postura. Su voz destilaba sensualidad.

Raven se alejó precipitadamente de ella, reprimiendo el impulso de que sus dedos fueran más allá buscando el contacto de su piel desnuda por debajo de la ropa. No podía permitirse distracciones en su misión. Hacía mucho que no se sentía tan atraído por una mujer, siglos, desde los tiempos de su diosa de fuego, aquella diosa que se transformó en demonio para acabar con su vida.

—Muy bien, sigue así —su voz se había vuelto fría, distante.

No podía dejar que sus sentimientos entorpecieran su labor y pusieran en riesgo la vida de Selene.

CAPÍTULO XV

—Hace una noche preciosa —comentó Selene, contemplando con nostalgia la luna llena a través del ventanal del ático de Raven.

—¿Te apetece que salgamos?

—¿No es peligroso?

—Siempre es peligroso. Pero no podemos quedarnos eternamente encerrados aquí —dijo, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja —Venga, vístete.

A veces, cuando estaba distraído y bajaba la guardia se mostraba más cercano, incluso se le escapaba alguna caricia. Después, volvía a recordar cuál era su lugar, cuál era su trabajo y volvía a mostrarse frío y distante.

Selene no tardó en estar preparada, se puso un vaquero y una blusa blanca de manga larga que dejaba sus hombros al descubierto y recogió sus cabellos en una cola alta. Sin embargo, Raven se tomó más tiempo. Hacía ya un par de días que había regresado a su peinado tradicional, con los laterales rapados y el resto recogido en tres trenzas anudadas con anillas de metal. Se vistió con unos vaqueros ajustados, una camiseta negra, un chaleco de cuero y sus botas moteras. Escondió dos dagas en el interior de las botas y dos espadas cortas en un falso bolsillo en el interior del chaleco. Ya estaba listo para ir a dar un paseo.

Disfrutaron de una tranquila velada en el mismo local en el que se conocieron, escuchando música, charlando, compartiendo momentos como si se trataran únicamente de dos personas normales, dos amigos que habían quedado para tomar algo, olvidando momentáneamente para qué estaban destinados. Raven se dejaba contagiar por las risas de Selene, pero seguía sin bajar la guardia, alternando su mirada entre ella y el resto de los presentes en el local, controlando en todo momento la situación. .

—Gracias por esta noche —comentó ella, cuando abandonaron el local para regresar a casa — Casi, por un momento, he creído que éramos aquellos desconocidos que tuvieron un encuentro casual en un bar.

—No fue casual —dijo él, dibujando una sonrisa que en un instante se había transformado en un rictus serio, cuando se percató de que cuatro hombres vestidos íntegramente de negro les salían al paso.

Inmediatamente, el antiguo guerrero tomó posición delante de Selene en actitud protectora. Cruzó los brazos sobre su pecho, asiendo con cada mano la espada del bolsillo contrario y les retó con una mirada amenazante, alzando sus armas ante ellos. Dos de ellos dieron un paso adelante mientras sacaban una espada larga que llevaban a la espalda. Raven se coló entre ellos, girando sobre sí mismo, con movimientos precisos y las espadas en alto. Se situó en el centro y enseguida fue rodeado por los cuatro agresores. Entonces comenzó su danza mortal, contrarrestando cada estocada de sus enemigos, esquivando cada golpe con movimientos ágiles.

Selene no pudo reprimir un grito nervioso cuando, tras dar un salto, lo vio caer a un lado perdiendo el agarre de una de sus espadas. Pero todo había sido minuciosamente planificado por

el gran estratega. Raven se agachó, con la mirada fija en ellos, para agarrar una de las dagas que ocultaba en su bota y la lanzó con un rápido movimiento hacia el rival más cercano, que se había confiado con su traspiés y se abalanzaba sobre él, dispuesto a asestarle un golpe mortal que se vio interrumpido cuando el arma de Raven impactó en su pecho. La espada de su contrincante cayó al suelo, envuelta en una nube de polvo cuando su cuerpo se desintegró.

Volvió a coger la espada corta que tenía en el suelo y regresó al combate. Era muy sencillo mantenerlos a raya, pero la batalla estaba igualada y no parecía progresar hacia un lado o hacia el otro. Tenía que arriesgarse para inclinar la balanza a su favor. Fijó su atención en uno de ellos y se arrojó sobre él, enarbolando una de sus espadas, mientras dejaba la otra algo más retrasada como protección. La espada chocó con un sonoro ruido contra la de su oponente y el impulso del ataque hizo que su enemigo trastabillara, bajando la guardia para recuperar la posición, momento que aprovechó Raven para ensartarle con el arma de atrás.

Se giró en el momento justo para esquivar el ataque de otro de sus rivales, transformándolo en un simple arañazo en su hombro izquierdo. Se desplazó entre ellos, girando sobre sí mismo, manteniendo una espada a media altura y la otra algo más elevada. Atravesó el abdomen de uno de ellos con un movimiento limpio mientras su otra espada trazaba una curva, seccionando el cuello de su último adversario con un rugido triunfal.

Raven se giró hacia Selene, dedicándole una sonrisa triunfal, cuando el sonido de unos tacones le hizo volverse hacia el otro lado de la calle. Una mujer, con una capa negra, se aproximaba hacia ellos con movimientos elegantes. Su rostro permanecía oculto bajo una amplia capucha del mismo color. El antiguo guerrero se puso de nuevo en guardia.

La mujer alzó sus manos, unas manos finas, de largos y delicados dedos que les señalaban a ellos. Raven se interpuso entre Selene y ella, e instintivamente alzó sus espadas, justo en el instante en que un rayo fluía de la misteriosa mujer directo hacia él. Cruzó sus espadas, absorbiendo la energía que se dispersó por sus brazos, causándole una molesta sensación de quemazón en sus músculos. Maldiciendo la magia, se dispuso de nuevo a detener el siguiente ataque.

Sin embargo, en vez de asestar una nueva descarga, la mujer se aproximó más a ellos, echando hacia atrás la capucha que la mantenía en el anonimato, dejando visible una larga melena cobriza que caía por sus hombros.

Raven se quedó paralizado. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Era Alyssa. Su esposa. Sus brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo, soltando sus armas, incapaz de defenderse.

Ella se iba acercando cada vez más a él. Un objeto metálico refulgió en la mano de la mujer. Los ojos verdes de Raven se desviaron hacia el arma que portaba ella. La reconoció. Era la misma que daga que le mató una vez.

Alyssa ya estaba a pocos centímetros de él. Alzó su brazo y clavó la daga en el pecho de Raven, atravesando su piel, llegando muy cerca de su corazón, rasgando sus paredes cuando extrajo el arma. El guerrero de los reflejos de acero fue incapaz de reaccionar.

—No, otra vez no —pensó.

Raven miró atónito la herida, agarrando su tórax como tantas veces había hecho al despertar de sus pesadillas, sintiendo como la vida se le escapaba entre sus dedos. Sabiendo que aún disponía de unos segundos, quizá unos pocos minutos antes de morir, formuló la pregunta que llevaba siglos atascada en su garganta.

—¿Por qué?

Alyssa torció ligeramente la cabeza y le miró, sonriendo con malicia, mientras le acariciaba el rostro.

—Einar, cariño, ¿por qué va a ser? Por el poder, siempre es por lo mismo. Quería lo que tú tenías. Y tú eras un estorbo.

Raven se desplomó en el suelo. Selene gritó, transformando el dolor que desgarraba sus entrañas en furia, tal y como le había enseñado su guardián y canalizó ese poder, dejando que fluyera a través de su cuerpo, buscando una salida. Una bola de energía procedente de las manos de Selene golpeó el cuerpo de Alyssa, que se volatilizó, dejando tan solo su capa negra sobre el suelo.

Selene corrió hasta el cuerpo de Raven y se arrodilló junto a él. Lo incorporó ligeramente para apoyarlo en su regazo.

—Raven, por favor, no te mueras —suplicó.

Él abrió los ojos para mirarla. En los ojos negros de ella había aún más pánico que en los suyos y una lágrima escapaba resbalando por su rostro. Intentó alzar la mano que tenía libre hacia su cara, para atrapar esa lágrima, pero carecía de fuerza para hacerlo y se quedó a mitad de camino, mientras la otra mano, la que intentaba contener la sangre que manaba de su pecho empezaba a resbalar conforme su corazón iba agotando los últimos latidos. Selene entrelazó sus dedos con los de él, imprimiendo a la herida la presión que él ya no podía ejercer. Pero ya era demasiado tarde.

Todo alrededor de Raven se tornó oscuro. Dejó de sentir su cuerpo, dejó de sentir dolor, dejó de sentir miedo. Lo único que todavía sentía era el agradable calor de la mano de Selene posada sobre su pecho cuando su corazón se detuvo al fin.

De pronto, una resplandeciente luz blanca devoró la oscuridad que se cernía sobre él y una voz resonó en su cabeza:

—Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad.

La calidez del tacto de Selene se transformó en un dolor insoportable que abrasaba su pecho cuando el aire volvió a llenar sus pulmones. Raven abrió los ojos y contempló a Selene que le sostenía entre sus brazos y, a pesar de que apretaba con fuerza sus ojos, no conseguía retener el llanto. El ancestral guerrero volvió a alzar su brazo para atrapar una de esas lágrimas entre sus dedos y, esta vez sí, consiguió hacerlo. Sus dedos se entretuvieron acariciando su mejilla húmeda.

—Pero... ¿qué? —preguntó confusa, fijando en él su vista aún empañada por las lágrimas.

—Gracias por devolverme a la vida.

—¿He sido yo?

Raven le dedicó una sonrisa con dulzura mientras alzaba su camiseta, todavía empapada con su sangre. Una cicatriz con forma de luna ocupaba el lugar de lo que hasta hace escasos instantes había sido una herida mortal.

—¿Se ha terminado todo? —preguntó Selene, con una nota de esperanza en su voz.

—No, me temo que esto no ha hecho más que empezar...

CAPÍTULO XVI

—¿Conocías a esa mujer? ¿Por qué te llamó Einar? —Selene había permanecido callada durante todo el trayecto de regreso a casa de Raven, pero cuando cruzaron la puerta del ático no pudo contenerse más. Demasiadas dudas, demasiadas preguntas que necesitaban ser respondidas.

—Sí. —contestó —Es mi verdadero nombre.

Ella sintió con pena que su guardián, con el que había convivido durante las veinticuatro horas de cada día de las últimas semanas, era un perfecto desconocido.

—¿Quién era? —preguntó.

—Mi esposa —respondió, con voz inexpresiva, casi con desgana, mientras dejaba su chaleco colocado en el respaldo de una silla.

—¿Qué? —ella le fulminó con sus ojos negros, enarcando una ceja.

—Es una larga historia...—Raven suspiró, extenuado. Miró a Selene, dudó durante un instante y, no sabiendo muy bien el motivo por el que lo hacía, quizá porque ella acababa de devolverle a la vida, decidió contarle su historia.

Él se acercó a la nevera para coger un par de botellas de cerveza. Tomó asiento en el sofá y dio unos toques con la palma de la mano a su lado, indicando a Selene que se sentara junto a él. Le tendió una de las cervezas, dio un largo trago a la suya y comenzó a hablar, con la mirada perdida en el pasado, bajo el intenso escrutinio de Selene.

Raven le contó la historia de Einar, aquel niño que burló a la muerte en el momento de su nacimiento, el joven que se convirtió en guerrero y vio caer a su padre en combate, que llegó a ser un gran estratega, un líder que llevó a su pueblo hasta lo más alto, aquel muchacho inocente que se enamoró de la que creía su mejor amiga, un matrimonio pactado y cómo, aquel guerrero implacable, se durmió confiado en sus brazos y despertó con una daga atravesando su pecho. Nombró la profecía que le encadenaba a ella y cómo desde aquel día había esperado su aparición. También le confesó que la anciana que había cuidado de ella siendo niña, era en realidad una vieja hechicera encargada de protegerla hasta su llegada.

Selene guardó silencio, tratando de asimilar toda aquella información. Al cabo de unos minutos, se aventuró a romperlo.

—¿Todavía la amas? —La pregunta pilló a Raven desprevenido.

—No lo sé, el sentimiento que predomina es el dolor de su traición. No sé si bajo eso queda algún resquicio de lo que fuimos —contestó con sinceridad, mirándola por primera vez desde que había comenzado su discurso.

—Ahora entiendo por qué no confías en nadie —pensó Selene en voz alta, sintiendo el dolor que tenía los ojos verdes del guerrero.

—Voy a acostarme. Morirse resulta agotador...—su rostro dibujó una sonrisa cansada.

Raven se quitó las botas y lanzó su camiseta al suelo. Pasó las piernas por detrás de la espalda de Selene y se tumbó boca abajo, apoyando la cabeza sobre su brazo y cerró los ojos. Los dedos de ella se deslizaron inconscientemente sobre los cuervos que conformaban su tatuaje.

—¿Qué significa?

—Es la imagen que se me quedó grabada... tras mi primera batalla... cuando mi padre murió... —su voz sonaba cada vez más somnolienta y arrastraba sus palabras conforme se iba quedando dormido —...el momento en que realmente deje de ser un niño... para convertirme en guerrero...

Selene se entretuvo unos minutos más acariciando su firme espalda, reconfortándose con el cálido tacto de su piel que le recordaban que su guardián seguía vivo. Cuando la respiración de Raven hacía ya un largo rato que se había vuelto más pausada y profunda se levantó del sofá y se fue directa a la ducha. Todavía llevaba la ropa manchada por la sangre de Raven y el recuerdo de su cuerpo inerte en sus brazos, aunque sólo hubiera sido por unos escasos segundos, le producía una angustiada sensación de desasosiego. Hasta que no había estado a punto de perderlo, no se había percatado de lo que tenía a su lado. Aquel hombre extraño envuelto en un aura de misterio que había conocido en un bar, aquel loco que le había contado una inverosímil historia sobre los peligros que le acechaban, que la había retenido en su casa, aquel guardián que no había dudado en jugarse la vida por ella, que había muerto por ella, acababa de rozar su corazón.

Rebuscó entre los cajones de la cómoda que había hecho propia para guardar sus cosas una prenda de ropa interior. En vez de ponerse un pijama suyo, optó por coger una de las camisetas de Raven y usarla como camisón. Estaba limpia pero aún así conservaba su esencia. Sólo tener esa prenda sobre su piel le reportaba seguridad. Tiró directamente la camiseta rota de Raven y su ropa a una bolsa de basura y, con el pelo todavía mojado, se deslizó entre las sábanas de la cama del antiguo guerrero, pero no consiguió conciliar el sueño, demasiadas emociones, demasiado en qué pensar, demasiados sentimientos nuevos que habían despertado en su interior cuando creyó a su guardián muerto.

Raven se revolvía nervioso sobre el sofá. Selene se preguntó cuántas veces le habrían asesinado en sueños. De pronto, él se incorporó, con las manos sosteniendo el pecho, su cuerpo empapado en sudor, con la respiración agitada y la cara desencajada. Sin poder ver más allá de su traición, fue directo hacia el saco y lo golpeó con sus manos desnudas. Nunca lo había visto descargar sus puños con tanta furia. No había lanzado más que tres o cuatro golpes, pero ya tenía los nudillos abiertos.

Selene se acercó muy despacio a él y le rozó el hombro.

—Es más sencillo ayudarte cuando sé lo que te pasa.

Él interrumpió el siguiente gancho en el aire y se giró hacia ella. La dulzura de aquellos ojos negros que le miraban le arrastraba a perderse con ella. Raven apoyó las manos sobre la cintura de Selene y la frente sobre la de ella, sintiendo como toda la ira que bullía en su interior, simplemente, se desvanecía.

—Tu pelo... —dijo Selene, observando como un mechón de cabellos grises se entremezclaba con el resto de color azabache en una de las trenzas.

—Ha sido una noche dura...—sus labios dibujaron una leve sonrisa que no llegó a sus ojos verde jade.

Ella alzó su mano para atrapar aquella trenza y observarla más de cerca. La enredó entre dos de sus dedos mientras con el resto, acariciaba la piel de su cuello. Él la atrajo hacia sí, buscando sus labios. Los saboreó de manera pausada, deleitándose con cada matiz, expectante ante la reacción de ella. Selene se puso de puntillas y aprovechó la mano que tenía posada sobre el cuello de Raven para aproximarse más a él y se aventuró a indagar en el interior de su boca, muy despacio. A él se le escapó un suspiro. Aquel beso le proporcionó una paz que hacía siglos que no sentía. Separó muy lentamente sus labios de los de ella, de manera casi dolorosa, pero se resistió

a perder el contacto con su piel. Selene percibió esa necesidad y lo envolvió en un abrazo.

—Creo que necesito una ducha —dijo Raven al cabo de unos minutos. Aún llevaba los vaqueros del día anterior, con los restos de su sangre seca y el sudor que bañaba su piel hacía que las heridas de sus dedos escocieran.

Raven se encerró en el baño. Dejó tirado el pantalón en el suelo y se metió en la ducha, dejando que el agua fría arrastrara los restos de sudor y sangre de su piel. Se sentía diferente, aunque su aspecto sólo había cambiado en el mechón gris que adornaba su melena y en la cicatriz con forma de luna de su pecho. Acarició con los dedos la marca de Selene y sonrió de manera involuntaria. Se vistió únicamente con unos vaqueros limpios y regresó a la habitación principal.

—Tumbate en la cama —le recibió Selene, con una determinación en su voz que no admitía réplicas.

Raven le miró extrañado ante la propuesta. Desvió la mirada hacia su cama, observando los objetos que ella había dispuesto sobre ella: cuerdas, plumas, un recipiente con algo en su interior...

—¿Qué vas a hacer? ¿Piensas torturarme? —intentó que su voz sonara jocosa, pero se percibía cierta tensión en ella.

—No, no voy a torturarte, sólo quiero enseñarte a confiar en mi.

—No es necesario...

—Yo creo que sí, me pediste fe ciega en ti, creo que lo justo es que tu me des lo mismo a cambio. Tranquilo, mi vida sigue estando en tus manos, sería estúpido que intentara hacerte daño.

Abrió la boca para intentar rebatir, pero ella tenía razón. Selene había dejado su vida a un lado para seguir los designios de una profecía que no lograba comprender. Era lo menos que podía hacer él a cambio, pero la idea le aterraba.

Raven accedió a regañadientes y se acostó boca arriba sobre su colchón. Se sintió extraño, salvo por la noche que compartieron cuando falleció la niñera de Selene, hacía varios meses que no lo usaba, desde que se lo cedió. Ella ató sus pies y manos a la estructura metálica de la cama. Tras atar su muñeca izquierda, se entretuvo un instante en acariciar los trazos de su tatuaje, de la marca del guardián.

—Las ataduras están flojas. Sé que esto es duro para ti. Si te sientes agobiado, un leve tirón y las soltarás, pero intenta confiar en mí.

Él dio un leve tirón para comprobar que, efectivamente, con un poco más de fuerza, se podría soltar sin problema.

—Mal empezamos, Raven —dijo ella, con una expresión de fingido enfado.

—Lo siento —se disculpó él, esbozando una sonrisa nerviosa en sus labios.

Selene cogió un trozo de tela y se dispuso a anudarlo alrededor de los ojos de él.

—No, por favor —suplicó él, atemorizado.

—Tranquilo, confía en mí —volvió a repetir ella, una y otra vez, con voz serena, mientras anulaba uno de sus sentidos.

Él intentó concentrarse en su voz, pero sus recuerdos volaban al pasado y esperaba con ansiedad el momento en el que le clavarán la daga en el pecho, con todo su cuerpo en tensión. Selene se detuvo un instante a observarle. Raven tenía todos los músculos apretados y la respiración agitada. Aquello iba a resultar más complicado de lo que había supuesto. Quizá su

plan no fuera tan bueno como había pensando en un inicio.

Selene cogió una pluma y acarició el torso de Raven. Él contrajo su abdomen y contuvo la respiración ante el primer contacto. Exhaló el aire retenido. Aquel leve cosquilleo resultaba incluso agradable, no era el dolor lacerante de la daga. Consiguió relajarse levemente. Después cambió la pluma por un hielo y lo deslizó por su abdomen. Se volvió a tensar ante aquella sensación fría, pero no era el frío del metal atravesando su piel.

Ella se quedó hipnotizada con el rastro de las gotas de agua que iba dejando el cubito de hielo a su paso, que seguía los surcos que delimitaban los músculos de Raven, perfectamente esculpidos. Sin pensarlo dos veces, se sentó a horcajadas sobre él y dejó que su lengua borrara los restos del hielo derretido. Él gimió ante el contraste de la calidez de la lengua de Selene sobre el rastro gélido que había dejado el hielo sobre su piel.

—Creo que esto me empieza a gustar —susurró Raven con una voz cargada de erotismo.

Selene se vio sorprendida por su propio atrevimiento y sintió como sus mejillas se sonrosaban. Nunca se había sentido lo suficientemente confiada con su propio cuerpo como para llevar la iniciativa. Quizá era porque él no la podía ver y estaba a su merced o quizá porque los últimos acontecimientos le habían transformado en una persona completamente diferente, pero lo cierto es que se sentía muy cómoda en aquella situación. Ella sintió cómo él se endurecía bajo ella y apoyando las manos sobre su tórax, comenzó a mecerse muy despacio sobre su cuerpo.

—Umm esto es demasiado perfecto para ser real —comentó él entre jadeos.

Selene se inclinó sobre él para robarle un beso. Él aprovechó para mordisquear su labio ya que la boca era lo único que su captora había dejado libre. Ella se retiró nuevamente hacia atrás, provocando en él un gruñido de desaprobación.

—Selene, quiero tocarte.

—No —negó tajantemente

—Déjame verte, al menos —imploró.

—No —volvió a contestar.

—Quiero sentirme dentro de ti. Por favor...—suplicó nuevamente.

Ella accedió. Se incorporó ligeramente para poder desabrocharle el pantalón. Raven alzó las caderas para permitir que ella deslizara sus vaqueros hacia abajo, dejando libre su miembro erecto. Lo acarició en toda su longitud y apartando a un lado su lencería, lo guió hacia su interior. La fricción entre sus dos cuerpos, la presión de su verga cuando todavía estaba presa sobre su pubis había incrementado también su excitación. Estaba húmeda y él se resbaló sin dificultad dentro de ella. Ella le recibió con un estremecimiento de su cuerpo. Comenzó a balancearse sobre él, retirándose unos centímetros para después volverlo a absorber con más intensidad, con suaves movimientos, buscando con ellos la manera de aumentar al máximo el contacto entre ellos dos.

—Ya puedes matarme si quieres, Selene. —dijo con la voz entrecortada, sin que pudiera ocultar una nota de dolor en su voz.

Ella, conmovida, se tumbó sobre él y al mismo tiempo que soltaba la venda de sus ojos, le susurró al oído:

—Sería incapaz de matarte, sería incapaz de hacerte daño porque te quiero, Raven.

Aquello fue más de lo que él pudo aguantar. Había compartido muchos buenos con su esposa, la traidora, pero jamás escuchó que esas palabras salieran de sus labios. Tiró con un movimiento firme de las ataduras que lo mantenían cautivo y se soltó. Se giró hasta quedar tendido sobre ella, besándola con una pasión inusitada, mientras sus manos por fin, se desahogaban con la suavidad del tacto de su piel tersa. Exploró con avidez su boca, dejando que su lengua se encontrara con la

de ella, mientras volvía a introducirse en su sexo con un envite firme. Ella jadeó, sintiendo la fuerza del cuerpo de aquel guerrero dentro de ella.

Raven ascendió su mano por debajo de la camiseta que portaba Selene, dejando expuesta su desnudez. Se recreó un instante con su visión, antes de probar su sabor. Sus dedos ásperos, rudos por tantas horas blandiendo una espada precedieron a su lengua acariciando uno de sus senos para después entretenerse mordisqueando su pezón endurecido. El placer provocó que ella arqueara la espalda, momento que él aprovechó para volverse a hundir en ella con más intensidad, arrancándole un gemido.

Se detuvo un momento, así, dentro de ella y usó la fuerza de sus brazos para separarse unos pocos centímetros de Selene y poder contemplarla. Le miró a los ojos, y se perdió en aquella mirada de ojos negros enfebrecidos por la pasión, cálidos, llenos de un deseo anhelante de su cuerpo, de su alma.

Creyó las palabras que Selene había pronunciado y confió en ella. Se permitió el lujo de amarla como hacía siglos que no amaba a nadie, dejando que los sentimientos que habían permanecido dormidos durante siglos fluyeran a través de su cuerpo.

Volvió a caer sobre ella, con suaves acometidas profundas que fueron paulatinamente incrementando su velocidad conforme aumentaba su necesidad mutua de culminar en un deleite aún mayor. Ella se estremeció cuando una descarga sacudió su cuerpo haciendo que convulsionara alrededor de Raven que se vio impelido a acompañarla estallando en su interior.

Sus cuerpos impregnados en sudor, jadeantes, permanecieron entrelazados en un abrazo mientras el latido acelerado de sus corazones iba retornando a su estado natural.

—Gracias —susurró Raven, tan cerca de sus labios que sus palabras se convirtieron en un tierno beso.

Se acurrucó a su lado y dejó que el aroma de Selene y la calidez de su cuerpo le invitara a sumirse en el sueño. Ella demoró unos minutos el instante en unirse a él, acariciando con la yema de sus dedos el tatuaje de su espalda, la marca de Raven.

Habían transcurrido unas pocas horas cuando ella percibió que él se movía a su espalda. Selene temió que su compañero fuera objeto de nuevo de aquella terrible pesadilla, pero en cambio, Raven comenzó a acariciar de manera distraída su cuerpo, mientras volvía a acomodarse junto a ella. La dulzura de aquel contacto, la volvió a empujar hacia el sueño.

Él en cambio, no pudo volver a dormirse. Sus manos hacían lo que su mente se prohibía. Aquello no estaba bien, no podía implicarse de aquella manera con ella. Tenía una misión que cumplir y liberar aquellos sentimientos que ella había despertado seguro que entorpecerían su labor y traería consecuencias. Pero su vida había sido larga y dura, llena de sufrimiento y soledad. Había llegado a creer que no necesitaba a nadie, hasta que la encontró a ella, que de un plumazo había borrado todo el dolor de su pasado.

CAPÍTULO XVII

—Entonces, según esa profecía... ¿qué se supone que tengo que hacer? —preguntó Selene desde la cama.

Raven abandonó el sofá y se dejó caer a su lado, sobre las sábanas que la cubrían y se giró de lado para poder mirarla.

—No lo sé. ¿Sobrevivir? Las profecías nunca suelen ser claras. Lo único que he descubierto hasta ahora es que alguien te quiere ver muerta y entre ese alguien está la zorra de mi esposa. Y mi objetivo es que no lo consigan.

—¿Pero, ella está muerta, no?

—Ojala fuera así, pero lo dudo.

—Y, ¿qué debemos hacer? ¿Salir a la calle para que vengan a por mí y esperar a que te los cargues hasta que pase la amenaza?

—No lo sé, es una opción. Si al menos no tuvieran la mala costumbre de volatilizarse cada vez que les clavo la espada, podríamos atrapar a alguno para obtener algo más de información. Maldita magia —era el estratega de su interior el que hablaba, tratando de trazar un plan.- Pero antes, necesitamos descubrir la manera de controlar lo que sea que fuera aquello que lanzaste contra Alyssa y la hizo desaparecer.

—No sé cómo lo hice.

—No importa, lo descubriremos —dijo él, mientras se ponía en pie —Vamos.

—Espera, ahora que sé cual es tu nombre real, como quieres que te llame. ¿Einar o Raven?

—Raven duele menos. Venga, tenemos un duro trabajo por delante.

Ella emitió un gruñido contrariado, pero le siguió fuera de la cama. Se vistió con unas mallas y una camiseta y se dirigió tras él hacia la zona de entrenamiento.

Raven señaló el maniquí de madera que solía utilizar él para entrenar con sus espadas.

—Puedes desahogarte con él.

Ella centró su atención en la figura de madera y extendió sus manos hacia él, pero no sucedió nada. No sabía qué había hecho contra Alyssa, sólo sintió la necesidad de proteger a su guardián. Siguió intentándolo durante horas pero no lograba ningún avance y empezaba a sentirse agotada. Además, Raven no ayudaba, no se daba por vencido y seguía presionándole.

—Concéntrate —su voz había pasado a ser algo más ruda.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—¡No puedo!

—¡Venga, no te estás esforzando lo suficiente! ¡Recuerda lo que sentiste en aquel momento, recrealo y utilízalo! —le gritó.

—¡No quiero! —ella también elevó el tono de su voz, con los ojos empañados en lágrimas — ¡Sentí el miedo más atroz que he experimentado en mi vida! ¡Sentí que te perdía!

Él la miró un instante, en silencio, mientras su expresión se iba suavizando.

—Lo siento... —dijo avergonzado, mientras se acercaba a ella.
—Voy a darme un baño —anunció Selene, esquivando a Raven.

Él se colocó las vendas de boxeo alrededor de sus manos y se quedó golpeando el saco con fuerza, condenando su estupidez, arrepentido por su comportamiento cruel con ella. Desvió la atención del saco hacia la puerta del baño. Selene todavía estaba dentro. Llevaba ya un buen rato allí. Decidió volver a disculparse. No soportaba la idea de haberle hecho daño.

—¿Se puede? —dijo, asomándose por la puerta.

Ella le miró de reojo y asintió. Estaba hundida hasta el cuello en la bañera llena de espuma, con los ojos hinchados y enrojecidos. Había seguido llorando. Raven se acercó junto a ella, se agachó a su lado y le acarició el rostro, instándole a girarlo en su dirección.

—Perdóname, no volveré a presionarte. Aunque, por otro lado, me siento halagado de ser tan importante para ti.

—No sabes cuánto —dijo ella, esbozando una sonrisa triste.

Él depositó un sutil beso en su frente y se incorporó, respetando su necesidad de estar a solas. Ella, en cambio, extendió la mano hacia él intentando agarrar la suya, sacando el brazo por encima del borde de la bañera, haciendo que el agua goteara hasta el suelo.

—No te vayas...—suplicó.

Él volvió a arrodillarse a su lado, mojándose la ropa con el agua que había salpicado el suelo. Acarició con el pulgar su mandíbula, envolviéndole con aquella cálida mirada de color verde jade.

—Ven —dijo ella, invitándole a entrar en el agua.

Raven dejó su ropa tirada en el suelo y se introdujo en la bañera, acomodándose entre las piernas de Selene. Ella se abrazó a su espalda y apoyó su cabeza en él, inhalando su aroma mezcla de sudor y masculinidad, suavizado por la fragancia floral del jabón. Él cerró los ojos con fuerza, intentando mantener la mente fría, pero el calor del cuerpo de Selene tras él, la presión de sus pechos sobre la espalda nublaba su juicio.

—Tienes el pelo un poco enmarañado —comentó ella.

—Hace días que no me suelto las trenzas.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Con suma delicadeza, retiró las anillas que mantenían sujetas las trenzas y fue enredando sus dedos entre los cabellos del viejo guerrero hasta dejarlos convertidos en una melena que caía por sus hombros.

Raven se desplazó hasta el otro lado de la bañera, originando un pequeño oleaje con su movimiento. Se giró y tomando su tobillo derecho entre las manos, delineó el tatuaje de ella muy despacio, memorizando cada línea, cada curva de la luna y las estrellas que adornaban su pierna. Desde la primera vez que la vio, se había sentido extrañamente atraído por aquella imagen. Ella permanecía muy quieta, observando a su vez cómo Raven le acariciaba. Él alzó un poco más su pierna y empezó a lamer su piel, empezando por los extremos de sus dedos y ascendiendo por su pie. Selene se mordió el labio, intentando contener las cosquillas que le producían las caricias del guerrero. Al final estalló en carcajadas. Él alzó su mirada, provocativa y le sonrió, al mismo tiempo que estiraba de las piernas de Selene hacia él, hasta que la colocó sentada sobre las suyas.

Le rodeó la cintura con sus fuertes brazos y comenzó a besarle el cuello, ascendiendo con su lengua hasta el arco inferior de su mandíbula muriendo en el interior de su boca. Ascendió una de

las manos por su columna vertebral, dejándola a media altura para ayudar a Selene a mantener el equilibrio, mientras la otra jugaba con los restos de jabón que cubrían el pecho de ella, masajeándolo con sus dedos, haciendo que se irguiera el botón de su pezón mientras su boca buscaba torturar al otro. Ella recibió aquellas caricias que la enloquecían con un jadeo, mientras sentía su polla endurecida entre las piernas.

Selene se apoyó sobre los hombros de Raven, aproximándose más aún a él, buscando la fusión entre sus cuerpos. Comenzó a moverse muy despacio sobre él, rodeando su cuello con las manos, mientras él, enardecido, ansiaba encontrar el acceso a su interior. Se ayudó de una de sus manos, acariciando los rizos junto a su entrada y dejó que uno de sus dedos se introdujera en ella, provocando que su cuerpo se estremeciera. Su miembro siguió el camino marcado por su mano y alcanzó su objetivo. Se deslizó dentro de ella con delicadeza, acompañando su movimiento con un gemido. La apretó más aún contra su cuerpo.

—Eres lo que le faltaba a mi alma para estar completa —le susurró Raven al oído mientras comenzaba a moverse muy despacio en su interior.

Ella apoyó su frente en la de Raven y sin dejar de mirarle, acompasó sus movimientos a los de él, de una forma muy suave, ninguno de los dos tenía prisa, sólo necesitaban estar unidos. Pese a todo, el continuo roce entre sus cuerpos les llevó a imprimir una mayor intensidad a su balanceo, separándose levemente para volver a unirse con más fuerza hasta que los dos sucumbieron ante una sensación de placer extremo con un orgasmo en perfecta sincronía.

Siguieron unos minutos más fundidos el uno en el otro, mientras sus cuerpos empezaban a relajarse y su respiración volvía a hacerse pausada. Raven la devoró con la mirada, rozando su boca con los labios mientras pronunciaba “Te quiero”. Enseguida se arrepintió de sus palabras y abandonó precipitadamente la bañera dejando a Selene sumergida en el agua que comenzaba a enfriarse. Ella le observó mientras salía del baño, con su cuerpo mojado dejando un reguero de gotas a su paso.

CAPÍTULO XVIII

Raven no le volvió a insistir a Selene con el tema de la magia. Como buen guerrero, nunca había apreciado las artes oscuras. Confiaba en que, llegado el momento y en caso de extrema necesidad, ella fuera capaz de hacerla surgir, aunque para ello tuviera que poner su vida en juego. Aquel sería el último recurso. Se limitó a enseñarle unos golpes básicos y a instruirla en el manejo elemental de la daga esperando que no la utilizara contra él, como su esposa. Aunque intentaría con todas sus fuerzas que ella no tuviera que poner en práctica nunca sus conocimientos recién adquiridos. Para eso ya estaba él, su guardián.

Selene permanecía sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Después de su clase diaria, disfrutaba viendo como el guerrero ancestral entrenaba. Cada jornada practicaba con un arma diferente, le gustaba coleccionar aquellos juguetes letales. En esa ocasión, había escogido una espada de doble filo. Ella observó sus movimientos hipnóticos, con su cuerpo perfectamente esculpido bañado en sudor danzando al son de un baile mortal, un cuerpo que incitaba al pecado y que ella había tenido el placer de disfrutar. Sin embargo, desde aquel baño que compartieron, Raven intentaba mantener las distancias aunque de vez en cuando, bajaba la guardia y la obsequiaba con una caricia casual.

Él se detuvo, dejó el arma sobre una mesa y se secó el sudor de la frente con una toalla. Caminó hacia la nevera, dedicándole una amplia sonrisa al pasar a su lado y la abrió. A parte de una botella de leche en mal estado y un par de cervezas, estaba vacía.

—Creo que deberíamos hacer la compra...

—¿Puedo acompañarte? —Selene se incorporó de un brinco como una niña ilusionada.

—De acuerdo, déjame que me prepare.

Raven se dio una ducha rápida y se vistió, escondiendo varias armas entre su ropa. Ella hacía ya un rato que le esperaba junto a la puerta. Se acercó a ella y remangó su vestido para colocarle una cinta ajustable alrededor de la pierna con una daga en ella. El roce de sus manos le provocó un estremecimiento.

—Me molesta al caminar —protestó ella.

—Te acostumbrarás —respondió él, mientras la apretaba un poco más para evitar que se deslizara por su pierna.

Tecléo el código de apertura de la puerta y colocó su huella en el lector para que se abriera. Descendieron hasta el garaje. Raven accionó un pequeño mando a distancia y las luces de su Lexus deportivo de color negro les dieron la bienvenida. El coche resultaba un vehículo más apropiado para la compra que su moto custom.

No hubo incidencias durante la compra, al parecer, los demonios que acechaban a Selene no estaban demasiado interesados en ir al supermercado. Cargaron las bolsas en el coche y antes de que Raven volviera a arrancar el motor, comentó:

—Espera, tengo que entrar a esa farmacia, creo que andamos escasos de material sanitario.

—Déjame que vaya yo.

Él arrugó el entrecejo.

—Por favor, déjame que haga algo sola, tú estarás aquí, vigilándome y no tardarás en acceder hasta mí en caso de peligro. Además, estoy armada. —dijo golpeando el muslo sobre el que descansaba su daga.

Él accedió a regañadientes.

—Ni se te ocurra hacer uso de la daga. Antes, grita.

Selene salvó la distancia que le separaba de la puerta del establecimiento en un puñado de ágiles zancadas. Entabló conversación con el dependiente mientras era atendida. Giró un segundo su vista hacia la puerta. Raven le estaba mirando, como siempre, alerta. Ella le dedicó una sonrisa al mismo tiempo que pedía al farmacéutico un objeto que no estaba incluido en la lista de la compra.

Raven llevaba un par de horas levantado cuando Selene despertó. Hacía varias semanas que aquella fatídica pesadilla no le atormentaba, pero aún así, le gustaba levantarse con las primeras luces del alba para entrenar y mantener su cuerpo en perfecto estado, siempre a punto para repeler un ataque. Ella le saludó y fue directa al baño. Él respondió con un gruñido, estaba demasiado concentrado y apenas reparó en su presencia.

Permaneció unos minutos encerrada dentro, mirando atónita el objeto que tenía entre sus manos. Durante los últimos días había sentido su cuerpo extraño y aquello lo explicaba todo.

Salió muy despacio a la sala principal. No sabía si su aspecto reflejaba el torbellino que sentía dentro. Raven dejó caer el arma al suelo al verla.

—¿Te encuentras bien?

Él sabía que ella ocultaba un objeto a su espalda, pero le preocupaba más su tez pálida y su rostro desencajado.

—E... estoy embarazada.

—¿En serio? —Selene observó cómo a Raven se le iluminaba la cara mientras se le perfilaba una sonrisa en ella.

—¿No estás enfadado?

—No, ¿por qué iba a estarlo? —sabía que aquello empeoraba las cosas, era la consecuencia de su desliz pero no podía evitar la felicidad que le embargaba el hecho de poder tener un hijo con aquella mujer.

—No me esperaba esta reacción. No es la reacción típica de un hombre hoy en día.

—Olvidas que yo provengo de otro mundo, de otra época. Alyssa y yo intentamos durante mucho tiempo concebir un hijo sin éxito. Incluso temía que fuera incapaz de engendrar descendencia.

La mención a su esposa hizo que una punzada de celos atravesara a Selene, pero Raven no pareció percatarse de ello. La abrazó con ternura, consiguiendo que la expresión de su rostro se relajara aunque seguía algo aturdida por el descubrimiento del ser que empezaba a gestarse en ella.

Selene no conseguía conciliar el sueño. Daba vueltas intranquila enredándose entre las sábanas. Se puso en pie y se acercó hasta el sofá donde descansaba Raven. El guerrero dormía destapado, boca abajo, con unos boxer de color negro y su melena color azabache recogida parcialmente en una coleta. Se sentó a su lado y comenzó a dibujar con sus dedos el tatuaje de su espalda, la imagen de los cuervos, la marca de Raven. Él abrió los ojos y le interrogó con la mirada, preocupado.

—No puedo dormir. Creo que necesito tomar un poco el aire. ¿Te importa?

Él se despegó y la acompañó hasta la puerta de la terraza. Se situó a su espalda y sostuvo la mano de Selene con la suya mientras dirigía sus dedos marcando el código de apertura. Salieron al exterior. Ella se apoyó sobre la barandilla y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte.

—Siento mucho que te sientas encerrada —susurró Raven.

Ella no pareció oírle. Su cuerpo tembló debido a una ráfaga de aire frío. La temperatura era algo baja para la camisola de tirantes que vestía ella. Raven se perdió unos segundos en el interior y regresó con una manta sobre los hombros. Se acercó a ella por la espalda y con un extremo de la manta en cada mano, envolvió a Selene con sus brazos.

—No conviene que te enfríes —dijo, con la cabeza pegada a la suya, desviando involuntariamente una de las manos hasta posarla sobre su vientre, por encima de la ropa que la cubría.

—Gracias, Raven. Necesito que me protejas. Sólo así me siento segura —dijo ella, con aire melancólico, mientras acariciaba la marca del guardián.

—A veces me gustaría tomarme una tregua de mi labor como guardián y ser algo más, algo diferente. Pero eso sería muy peligroso para ambos.

—Pero es lo que deseamos los dos.

—Sí, lo deseo con toda mi alma.

—Merecería la pena morir por eso.

—Merecería la pena morir por ti. Otra vez —él sonrió.

—Es una noche preciosa.

—Es la luna lo que hace tan hermosa esta noche —dijo él, haciendo alusión a su nombre, ya que con la luna nueva, no había rastro de ella en el cielo.

Ella giró su cuello para mirarle, con tanta ternura en sus ojos negros que aquel avezado guerrero se rindió ante lo que clamaba su corazón. Su boca buscó calmar su sed en la de ella, mientras la apretaba aún más contra su cuerpo. Sus labios resbalaron por el cuello de Selene hasta atrapar el lóbulo de la oreja entre sus dientes. El sonido del aliento de su respiración acelerada sobre el oído enseguida la encendió. Acarició los fuertes brazos de Raven, instándole a que saciaran la ingente necesidad que su piel tenía de él. Sus manos soltaron la manta que los cubría que cayó al suelo y se deslizaron por debajo de la camisola. Una ascendió dejando un leve cosquilleo a su paso hasta atrapar uno de sus pechos, pellizcando su pezón extremadamente sensible, ocasionándole una oleada de placer que incluso resultaba doloroso. Ella sintió la presión que su miembro ejercía contra su cuerpo y deseó fervientemente que desaparecieran las barreras que los mantenían separados.

La otra mano descendió hasta perderse bajo el elástico de su ropa interior, enredándose entre los rizos de su entrepierna hasta rozar el botón indurado del clítoris, arrancándole un gemido. Lo acarició con movimientos circulares, acrecentando su excitación, convirtiendo su respiración en un jadeo, excitando más aún al propio Raven. Él se separó el tiempo imprescindible para despojarse de sus bóxer y arrastrar hacia abajo las braguitas de Selene. Ella alzó una pierna para facilitar su labor y él aprovechó para delinear toda su longitud, ascendiendo por el pie, dibujando su tatuaje, rozando el muslo para dejar que sus dedos acabaran perdidos en su interior.

Dejó el pie de ella apoyado sobre un saliente para mantener sus piernas ligeramente separadas y rozó su centro con la punta de la verga para impregnarse de la humedad de su sexo antes de hundirse en ella. Selene se echó hacia adelante, apoyando su peso sobre la barandilla, para facilitarle el acceso. Con su mano todavía apoyada en su pecho, Raven comenzó a mecerse dentro y fuera de ella, muy despacio, incrementando la velocidad de sus embestidas conforme la

necesidad le apremiaba.

Se inclinó hacia delante, sobre ella, para sentirla más cerca. Por el ritmo de su respiración entrecortada sabía que ella estaba cerca de culminar. A él tampoco le faltaba mucho, pero necesitaba mirarla a los ojos mientras lo hacía. Se detuvo y se retiró de ella, mientras con la mano que tenía apoyada en su pecho le ayudaba a incorporarse y le giraba para que quedara de frente a él.

Agarró el borde inferior de la camisola y ella alzó los brazos para que pudiera quitársela sin dificultad. El deseo había calentado sus cuerpos, borrando el rastro del frío que hacía en el exterior del ático. Los brazos de Selene se quedaron a medio camino y aprovechó para entrelazar sus dedos alrededor del cuello de Raven. El antiguo guerrero recorrió su espalda con las manos, descendiendo a ambos lados de su columna vertebral hasta que agarró sus glúteos y le izó hasta quedar apoyada sobre la balaustrada. Ella le rodeó la cintura con las piernas, invitándole de nuevo a su interior. Sólo habían permanecido unos segundos separados, pero sus cuerpos ansiaban volver a unirse.

Él le abrasó con sus ojos verde jade antes de sumergirse en ella con una acometida firme e intensa que le arrebató un grito de placer. Se detuvo un instante regocijándose en aquella sensación, antes de volver a imprimir un ritmo constante a sus movimientos. Ella cerró los ojos, sintiendo una extraña sensación de libertad con el viento que despeinaba sus cabellos y acariciaba su espalda desnuda sentada sobre el borde de la terraza, con aquel hombre dentro de ella que le colmaba de amor y placer y le incitaba a echar a volar. Él empujó con más fuerza, para llegar más profundo, para encajar perfectamente con su cuerpo, e inició una serie de rápidos envites. Ella contrajo sus músculos internos alrededor de su polla, para aumentar la fricción entre ellos.

—Mírame —susurró Raven, entre jadeos, con su mirada enfebrecida por el deseo, mientras sentía que estallaba dentro de ella.

Ella acató la orden, sumisa, mientras él se derramaba en su interior, sintiendo como sus fluidos se vertían de manera intermitente en ella, al mismo tiempo que una descarga de placer nacida en el centro de su sexo la golpeaba y recorría cada centímetro de su cuerpo arrastrándola con él.

Todavía en su interior, resistiéndose a abandonarla, seguía acariciando su boca con los labios, lentamente, mientras sus cuerpos agitados volvían a relajarse. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Selene.

—Será mejor que volvamos dentro —comentó Raven, ayudándole a descender de la balaustrada e intentando mantener el calor de su cuerpo rodeándole con un brazo.

Regresaron al interior de la vivienda. Él cerró la puerta y activó el código de seguridad con su huella.

—Hasta mañana —se despidió, depositando un beso en la mejilla de Selene mientras se encaminaba al sofá.

—Creo que va siendo hora que recuperes tu cama —dijo ella, con una sonrisa, tendiéndole la mano.

—No creo que sea lo correcto... —objetó él.

—¿Qué más da? Ya no hay vuelta atrás. No podemos deshacer los lazos que nos unen...

—Tienes razón —él la siguió y se introdujeron bajo las sábanas.

Raven se acurrucó a su espalda, regalándole sutiles caricias hasta que ella se sumió en un tranquilo sueño. Él no tardó en acompañarla, dejando posada su mano sobre el vientre de Selene, con actitud protectora.

CAPÍTULO XIX

Como cada noche, la mano de Raven descansaba sobre el vientre de Selene, que ya comenzaba a abultarse. Pese a su reticencia inicial, disfrutaba de cada segundo que compartía junto a aquella mujer.

Todavía no había amanecido pero él ya llevaba un rato despierto. Aquella mañana tenían visita con el médico al cargo del embarazo de Selene y estaba algo nervioso. Depositó un beso detrás de su oreja y se deslizó fuera de la cama, con cuidado para no perturbar su sueño. Se dirigió como siempre a la zona acondicionada para su entrenamiento. Dejó su mente en blanco, permitiendo que fuera el guerrero quien lo dominara.

—Está todo en orden —dijo el obstetra mientras deslizaba el ecógrafo sobre un gel frío y transparente con el que había embadurnado el abdomen de Selene —Y es niña.

Raven y Selene apretaron con fuerza las manos que tenían entrelazadas, mientras una sonrisa se perfilaba en sus rostros, intercambiando una mirada de complicidad.

—Habrá que pensar un nombre —dijo ella, mientras abandonaban la consulta médica.

—¿Qué te parece Astrid? De la luna, nacerá una estrella —sugirió Raven.

—Me gusta.

Él pasó su brazo por encima de los hombros de Selene, atrayéndola más hacia él mientras se dirigían al coche, que habían tenido que dejar aparcado a un par de manzanas de distancia.

De pronto, Raven se tensó. Tres hombres vestidos íntegramente de negro caminaban en su dirección. Inmediatamente, él se adelantó unos pasos para interponerse entre Selene y ellos, mientras iba sacando sus armas.

Los tres se abalanzaron a un tiempo sobre él. Aquellos demonios estaban mejor adiestrados que con los que se había enfrentado hasta el momento. Raven aguantaba estoicamente el ataque, pero tras unos largos minutos, comenzaba a notar el cansancio sin que consiguiera ver un resquicio que le otorgara una mínima ventaja para decantar el combate a su favor. Decidió centrarse en uno y acabar con él para luego equilibrar las fuerzas con los otros dos, pero en mitad de su ataque algo golpeó su cabeza. No lo vio venir, ni siquiera supo si lo que lo había golpeado era un arma o una parte del cuerpo de sus agresores.

Cayó al suelo, aturdido, con la sangre derramándose por su rostro, sintiendo como si la cabeza le estallara con cada latido. Intentó luchar contra la sensación inminente de pérdida de conciencia.

—¡Raven! —escuchó a Selene, gritando su nombre. Se centró en su voz para mantenerse consciente.

Dos de los hombres le desarmaron y le inmovilizaron, mientras el tercero se dirigía con paso firme hacia Selene. Ella intentó defenderse reproduciendo el ataque que lanzó contra Alyssa. Intentó concentrarse en repeler al sujeto que tenía frente a ella, pero en vez de sentir el dolor y la rabia que fluían por sus venas transformándose en una energía creciente como en aquella ocasión, percibía cómo su fuerza era absorbida y cada vez estaba más débil.

Raven intentaba en vano zafarse de sus captores, viendo como ella se encontraba indefensa,

con uno de ellos estrangulando su cuello con un brazo. Casi sin aliento, en un momento de lucidez, se acordó de la daga que escondía Selene entre sus ropas.

—Tu daga —articulaban sus labios, pues su voz era incapaz de sobrepasar la barrera de su garganta.

Ella dudó un instante. Pero sabiendo que su vida y la de Raven estaban en juego, se remangó el vestido y agarró la daga que él escondía metódicamente cada vez que abandonaban el ático. Recordando las lecciones aprendidas, arremetió con el arma contra el demonio que se le echaba encima, pillándole desprevenido. Le alcanzó en el abdomen y, con la mirada desencajada por la sorpresa, se desintegró.

Confiado en que el guardián de la chica se encontraba sometido, uno de los hombres que sujetaban a Raven, le soltó para ir a por ella. Con la daga todavía en la mano, Selene la lanzó, errando su disparo, que alcanzó a su guerrero en el tórax, abriendo una herida superficial.

La respiración de Raven se había vuelto agónica, cada vez menos oxígeno lograba alcanzar sus pulmones, con aquel sujeto apretando con más fuerza su cuello. Observó a Selene con tristeza. Estaban perdidos, habían quemado su último cartucho. Aquel era el final. Iba a fallar en su cometido.

Entonces, la mirada de Raven se fijó en un saliente de hierro de la pared, era lo bastante afilado como para poder usarlo de arma. Era una locura, pero no podía permitir que ella muriera. No podía fracasar en su misión, no podía permitir que nadie le hiciera daño. Haciendo acopio de las fuerzas que ya no tenía, se lanzó contra el metal, arrastrando con él al hombre que le asía. Atravesó su hombro derecho, profiriendo un grito de dolor, incrustándose el hierro hasta que la punta asomó por la parte de atrás, clavándose también en el demonio que lo tenía retenido que se volatilizó en cuanto alcanzó su piel.

Libre de su captor, se echó hacia atrás, liberándose también del hierro que había atravesado su hombro y se tomó un instante para recuperar el aliento que entró a sus pulmones como si fuera la erupción de un volcán, abrasándole por dentro. Con su brazo derecho inutilizado, logró recuperar la daga que había lanzado Selene y se arrastró hasta su enemigo que estaba a punto de alcanzarla. Le agarró por un pie, desestabilizándole y consiguiendo que cayera al suelo. Forcejeó durante unos interminables segundos hasta que el arma se clavó en el pecho de su rival, que desapareció dejando sólo una nube de polvo.

Raven, malherido y sin fuerzas se desplazó hasta Selene para comprobar su estado, temblando de miedo porque ella o su hija hubieran podido resultar heridas.

—¿Estáis bien? —preguntó, con voz ronca, luchando de nuevo por mantenerse consciente. Había perdido mucha sangre.

Ella asintió. Sólo estaba asustada. Él buscó refugio en ella para su maltrecho cuerpo.

—Debemos llegar a casa. Confío en ti —murmuró Raven cerrando los ojos.

—No, Raven, no te duermas, te necesito despierto...

Él intentó abrir los ojos a duras penas pero no era capaz de discernir lo que tenía a su alrededor.

—Venga, tienes que levantarte, yo te ayudaré, pero yo sola no puedo contigo. Apóyate en mí.

Él pasó su brazo izquierdo por encima de los hombros de ella e intentó incorporarse, apoyando parte de su peso en ella. El coche no quedaba muy lejos y tras un gran esfuerzo consiguieron llegar hasta él.

Tras rebuscar en los bolsillos de Raven, abrió la puerta del copiloto y le empujó para que entrara dentro. Él se recostó en el asiento, aprovechando los minutos de trayecto para dejar que su

cabeza descansara. Ella ocupó el asiento reservado para el conductor y arrancó el motor. El Lexus deportivo recorrió la distancia que los separaba del domicilio de Raven. Aparcó el coche en la plaza de garaje que tenía asignada y le zarandó hasta que él volvió a abrir los ojos. A él le costó reconocerla, pero volvió a alzar su brazo para que ella le ayudara a abandonar el vehículo. Consiguió arrastrar sus pies hasta el ascensor.

—Raven, necesito que marques el código.

Él no contestó. En aquel momento no recordaba cuales eran los números que desbloqueaban el acceso a su ático, ni siquiera era capaz de reconocer su nombre.

—¡Mierda! —maldijo ella, intentando recordar la combinación que tantas veces le había visto marcar.

Recordando los movimientos que él había ejecutado la otra noche, con sus manos entrelazadas antes de salir a la terraza, probó suerte. El código era el acertado. Ascendió la mano de Raven hasta el lector de huellas. La luz se volvió verde y la puerta se abrió. Selene suspiró, aliviada.

Entraron en el ático y ella dejó que Raven se derrumbara sobre la cama. Cortó su camiseta con unas tijeras, para dejarle el torso descubierto. Su frustrado intento de ayudar con la daga tan sólo le había ocasionado un rasguño, pero la herida del hombro sangraba profusamente. La limpió con unas compresas y recordó las hierbas que había empleado en otra ocasión para combatir la infección. Después de vomitar un par de veces por el olor nauseabundo de las mismas, consiguió preparar un ungüento y lo extendió por ambos lados de la herida, aplicando después un vendaje sobre ella. Con suma delicadeza, desinfectó la herida de su frente y retiró los restos de sangre seca de sus cabellos.

Se acostó a su lado y acarició su frente con ternura. Raven yacía atrapado en el mismo lugar en el que casi habían encontrado la muerte y su mente confusa balbuceaba su nombre con desasosiego, hasta que su voz volvía a calmarle.

Casi dos días después, por fin despertó. Abrió sus ojos verdes y los paseó por toda la estancia, hasta ser consciente del lugar en el que se encontraba, de saberse a salvo.

—Buenos días —saludó Selene con una sonrisa.

—Al final lo conseguiste —comentó, sintiendo como miles de agujas se clavaban en su garganta con cada palabra que intentaba pronunciar.

—Lo conseguimos, los dos. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió, haciendo ademán de levantarse, pero en cuanto se incorporó de la cama, su cabeza comenzó a darle vueltas y se sintió mareado. Se volvió a derrumbar en la cama — Bueno, quizá no tanto...

—Descansa, no te precipites.

—Ven conmigo —susurró Raven, invitándole a entrar bajo las sábanas.

Ella se deslizó a su lado, de lado, de espaldas a él. Él la envolvió con su brazo malherido, dejando escapar un gruñido de dolor hasta conseguir que su brazo reposara, como acostumbraba, sobre su tripa. Astrid le recibió desde dentro del vientre de su madre con una patada. Él se sobresaltó.

—¿Has notado eso? —preguntó ella.

Él asintió, emocionado. Era la primera vez que notaba a su hija. Se acercó más a Selene y le susurró al oído, como hacía siempre, tan cerca que sus labios acariciaban su piel, transformando sus palabras en un beso.

—Te quiero

No tardaron en dormirse.

—Me siento torpe, pesada e hinchada —se quejó Selene, con su cada vez más abultado vientre.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida y he tenido años para ver muchas cosas —replicó Raven, con una mirada cálida y una chispa de deseo en sus ojos verdes, esperando a que ella se acostara a su lado.

Ella le dedicó una sonrisa de complicidad mientras se sacaba el camisón por la cabeza y, desnuda, se sentó a horcajadas sobre él. El simple roce con su piel desnuda encendió su ansia de ella.

Él apoyó ambas manos sobre las caderas de Selene, intentando dirigir sus movimientos mientras ella se mecía lentamente sobre él, haciendo que su miembro se endureciera aún más bajo la presión de su cuerpo. Raven hizo una mueca, contrariado, al ver que carecía de fuerza en su brazo derecho y aflojó la presión de su extremidad izquierda para que ella no se percatara de la diferencia.

Pero su gesto no pasó desapercibido para ella. Selene lo ignoró, creyendo que era demasiado pronto como para darle importancia. Hacía poco tiempo de la lesión, necesitaba más tiempo para recuperarse. Decidió distraer su atención de su brazo malherido.

—Al final yo también te he clavado una daga...—dijo, deslizando sus dedos sobre la cicatriz de su tórax, con cierto aire de culpabilidad.

—Creo que deberíamos enfocar el entrenamiento en tu puntería —bromeó él. Su comentario le arrancó una carcajada.

—Temí que aquel fuera el final —confesó ella, con su semblante de nuevo serio, apoyando su mano sobre la cicatriz de su pecho, con forma de luna.

—Yo también —dijo él, mientras entrelazaba los dedos de su mano izquierda con los de ella, dejando que su mano derecha resbalara hasta quedar posada sobre el colchón.

Ella se alzó, inclinándose sobre él, buscando su boca, para luego incorporarse de nuevo y mantener una distancia que le permitiera perderse en sus ojos, mientras él accedía muy despacio a su interior, inundándose en su calor. Ella siguió su movimiento de rítmico balanceo sobre él, disfrutando de cada segundo que sus cuerpos permanecían unidos. Raven se deleitaba con la imagen de ella desnuda sobre él, ya con un vientre prominente, con su respiración agitada, dejando escapar algún que otro gemido, con su piel brillando bajo las gotas de sudor anhelante del placer que le proporcionaba su contacto. Él contrarrestaba sus movimientos, buscando alcanzar un punto más adentro de ella que desatara la satisfacción de aquella necesidad mutua que ambos sentían.

Ella empezó a restregarse con más fuerza contra él, provocando que la continua fricción de sus cuerpos encendiera el fuego que ardía en su interior. La respiración de Selene, convertida en un jadeo excitó tanto los sentidos del viejo guerrero, que sintiéndose a punto de estallar en su interior, dirigió sus manos, todavía entrelazadas, hacia el lugar en el que sus cuerpos se unían, acariciando el botón hinchado de su clítoris que la arrastró con él hasta el clímax.

Todavía con los últimos coletazos de la descarga recibida recorriendo todas las terminaciones nerviosas de su piel, Selene se perdió durante unos minutos en la mirada de Raven, compartiendo un momento de intimidad único, antes de tumbarse junto a él, pidiendo el abrazo que la guiaría hasta el sueño.

La furia con la que él golpeaba el saco de boxeo le despertó. Con cierta pereza de abandonar el refugio bajo las sábanas Selene se acercó hasta Raven.

—¿Qué te pasa?- preguntó, frotándose energicamente el rostro para intentar despejarse.

—Nada —contestó él con tono hosco, sin cesar en su entrenamiento.

—Creía que después de todo lo que hemos compartido, no había lugar para las mentiras...

—Lo siento —él se detuvo en seco, se giró hacia ella y agachó la cabeza.

—¿Qué te pasa? —volvió a insistir, mientras acariciaba su mejilla.

—Mi brazo... no consigo recuperar la fuerza y la precisión que tenía.

—Tranquilo, es pronto, date tiempo.

—¿Y si no tenemos tiempo?

—Entonces moriremos los tres, pero habrá merecido la pena.

—No puedo permitirlo —sentenció Raven.

—Siento tanto todo lo que has sufrido, todas las heridas que has recibido por mi

—Que me las vuelvan a infligir un millón de veces si con eso me aseguran que tú vas a estar a salvo.

Él acarició un mechón de rizos morenos y lo situó tras la oreja de Selene, deslizando después el dorso de los dedos por su pómulos hasta llegar a su boca, donde los dedos fueron sustituidos por sus labios que la rozaron sutilmente mientras la rodeaba con sus brazos.

CAPÍTULO XX

Selene se escabulló de la cama con cuidado, intentando no despertar a Raven, que gruñó cuando dejó de sentir su calor. Ella se dirigió hacia el cuarto de baño pero a mitad de camino se detuvo, cuando su cuerpo sintió un profundo dolor que desgarraba sus entrañas. No pudo contener un quejido. Raven se puso en pie, siempre en alerta y en unas rápidas zancadas se situó a su lado. La sostuvo mientras con una mano masajeaba su espalda hasta que el dolor fue remitiendo.

Ella le miró, agradecida, mientras susurraba:

—Creo que ha llegado la hora.

Él asintió. Hacía ya semanas que tenían todo dispuesto para ese momento. Se vistió, escondiendo como siempre, sus armas entre los ropajes, cogió la bolsa que tenía preparada y tendiendo su brazo a Selene, se encaminaron hacia el hospital.

Por el camino, su cuerpo fue sacudido por varias contracciones, cada vez más frecuentes, cada vez más intensas. Él buscaba su mano mientras conducía para ofrecer consuelo a su sufrimiento.

No le permitieron acompañarla a la sala de partos. Se despidió posando un tierno beso sobre su frente con la piel perlada del sudor provocado por el esfuerzo que se llevaba a cabo en su cuerpo para obrar el milagro mientras sus dedos entrelazados con los de ella se resistían a soltarla.

Raven se quedó a solas, en una estancia que a aquellas horas se hallaba vacía. Se sentó en una de las incómodas sillas de madera pero se incorporó casi inmediatamente. No podía estarse quieto. En su interior bullía una sensación creciente de desasosiego que aumentaba conforme las manillas del reloj iban marcando los minutos que transcurrían. Intentó distraerse con una máquina de snacks y refrescos. Metió una moneda y escogió un producto al azar, que quedó atascado entre el cristal. Golpeó la máquina y, mientras su pedido caía al cajetín, escuchó el llanto de un bebé.

Se tensó y fijó su mirada en la puerta por la que se habían llevado a Selene. De un momento a otro le dejarían pasar a verla y a conocer a su hija. Pero el tiempo seguía avanzando y la puerta permanecía cerrada.

Al cabo de unas horas, por fin, la puerta se abrió. Al otro lado apareció el médico que había atendido a Selene, que comenzó a hablar con un discurso ceremonial.

—Lo siento, hemos hecho todo lo posible...

Raven no le dejó concluir la frase. No hacía falta. Vio en la mirada del médico que la había perdido. Algo se quebró en su interior. Agarró al facultativo por el cuello y lo empujó contra la pared, dispuesto a golpearle, pero se contuvo. Solamente él tenía la culpa de lo que había sucedido. Aquel era el precio que tenía que pagar por haberse enamorado de ella, por haber liberado sus sentimientos, por haber sido algo más que su guardián.

Soltó la presión que mantenía sobre el doctor. No sabía cómo todavía era capaz de mantenerse en pie, cuando se sentía roto en un millón de pedazos. El médico, compasivo, posó su mano sobre

el hombro de Raven, ofreciéndole consuelo. Él la rechazó con un movimiento brusco. Nada podía mitigar la agonía de su interior.

—Puedes pasar a verla para despedirte...

Dejó que lo guiara hasta una habitación fría, iluminada con unas lámparas fluorescentes, de paredes azules. Sobre una camilla descansaba el cuerpo de Selene, cubierto por una manta que sólo dejaba su rostro descubierto. Un rostro tranquilo, apacible, que poco tenía que ver con la expresión desencajada de Raven.

—Os dejaré a solas.

El viejo guerrero se agachó sobre ella, manteniendo un mínimo hilo de esperanza de que ella despertara, de que abriera los ojos o sintiera su aliento de nuevo o su corazón volviera a latir. Con un nudo que le atenazaba la garganta y le impedía incluso respirar apoyó la frente sobre la suya y bañó de lágrimas su piel, que ya comenzaba a enfriarse.

—Por favor, no os la llevéis. Necesito otra oportunidad. Esta vez no fallaré.

Una enfermera, una señora de mediana edad que portaba un objeto envuelto en ropas irrumpió en la sala, profanando su dolor. Raven reconoció sus rasgos, pero en esta ocasión aparecían rejuvenecidos. Era la portadora de la vara, la hechicera de su pueblo natal, la mujer que había cuidado de Selene durante su infancia.

—No, noble guerrero, no has fallado. Has cumplido la misión que te encomendaron los dioses. Tu destino era despertar el poder de la luna. Y aquí tienes la luz de su interior —dijo, tendiéndole el bulto envuelto en mantas que resultó ser un bebé, su hija.

Raven la observó confuso, asimilando el doble sentido de la profecía mientras, con manos temblorosas sostenía el pequeño cuerpo de Astrid.

—Entonces... si esto es lo que debía hacer, ¿por qué me la han arrebatado?

—Los dioses a veces son crueles y exigen apagar una luz para encender otra. Te la devolveremos, noble guerrero, pero antes tienes que terminar tu cometido, tu misión todavía no ha concluido. Cuando lo hagas, podrás descansar.

—Y ¿si no quiero seguir adelante? Y ¿si quiero descansar ahora? Llevo demasiado tiempo en este mundo.

—Me temo que no puedes elegir, Einar. Tu pasado, tu presente y tu futuro ya está escrito. El final siempre es un nuevo comienzo. El comienzo será el final.

—Estoy harto de frases enigmáticas sin sentido...—protestó, pero la vieja ignoró sus quejas.

—Ellos ya no podrán detectar a Selene para seguirla y hasta que la niña no despierte su magia, estará a salvo. Quien la busca no podrá encontrarla hasta ese momento. Tendrás que encargarte de enseñarle todo lo que sepas para entonces.

Astrid protestó entre sus brazos. Raven centró su atención en la niña y la acunó para calmarla. Cuando volvió a alzar la mirada, la mujer había desaparecido.

Con el corazón destrozado, con el mayor sufrimiento que había experimentado en su larga existencia, el ancestral guerrero se enfrentaba a la batalla más dura de su vida. Seguir adelante, seguir caminando solo. La tentación de rendirse era fuerte, pero no podía hacerlo. Se lo debía a Selene. Había sacrificado su vida por aquella niña, por su hija y ahora no podía abandonarla. Su labor como guardián no había concluido. Pero esta vez no dejaría que nadie, ni siquiera los dioses, le arrebataran a su protegida.

CAPÍTULO XXI

Cuando cruzó la puerta de su ático, Raven se sintió especialmente extraño. El lugar se le antojaba más grande, la estancia estaba vacía, más oscura, sin la luz de la luna que lo iluminara. Desvió su mirada hacia la cama que habían compartido. Se sentía incapaz de volver a ocuparla sin ella, así que decidió que separaría aquella zona del resto para transformarla en la habitación de la niña. Él regresaría al sofá, quizá lo cambiara por un sofá cama algo más cómodo.

Astrid se había dormido durante el trayecto de regreso a casa, así que dejó a la niña en el capazo y se dirigió al baño. Dejó la puerta abierta por si la pequeña despertaba. Contempló su reflejo en el espejo y vio en sus ojos la mirada cansada de su padre. Se acarició de manera inconsciente la cicatriz con forma de luna del pecho, mientras su boca se torcía en una sonrisa nostálgica.

Cepilló su melena azabache y recogió la parte superior con una cinta de cuero. Extrajo una antigua navaja de filo afilado de uno de los cajones y empezó a cortar los mechones de ambos laterales de su cabeza que había dejado crecer durante los últimos meses, para volver al peinado ancestral del guerrero, previo a la batalla. Entrecruzó la franja central en varias trenzas que fijó con anillas de metal y se repasó los laterales con la navaja. Aquel ritual de corte le reconfortaba.

Cuando terminó, Astrid aún dormía. Se sentó a su lado y se limitó a contemplarla, velando su sueño. No tenía ni idea de bebés, pensaba haberlo aprendido todo junto a Selene. Pero ahora estaba sólo. Y él era todo lo que tenía aquella indefensa pequeña.

Astrid se revolvió inquieta en el capazo. Su padre la cogió en brazos antes de que el quejido se convirtiera en llanto. Acunando a la niña en un solo brazo, preparó un biberón siguiendo las instrucciones que le habían dado en el hospital. Comprobó la temperatura en el dorso de su mano y se lo tendió al bebé. La pequeña fue tranquilizándose conforme se fue saciando su hambre hasta dormirse de nuevo.

Aunque sin fuerzas y sin ganas, Raven se ocupó de organizar el funeral de Selene. Tenía que entregar su alma a aquellos dioses despiadados que habían jugado con él y se la habían arrebatado para que ella pudiera encontrar el descanso eterno. La incineración era lo más parecido a aquellos rituales ancestrales de su pasado.

Consiguió por fin reunir a sus padres y a unos pocos amigos de Selene que, aunque habían perdido el contacto cuando él irrumpió en su vida no dudaron en acudir a darle el último adiós. La ceremonia fue breve y muy sobria. Sus padres pronunciaron un escueto discurso, un tanto superficial, mientras Raven permanecía al margen, acariciando la cabecita de la pequeña Astrid que dormía en una mochila pegada al pecho de su padre, acunada por el latido de su corazón roto.

Al concluir, hicieron entrega de las cenizas a la madre de Selene. Ella observó dubitativa la urna que le tendían con los restos de su hija, no sabiendo muy bien qué hacer con ellos. Raven intervino:

—No se preocupe. Yo me encargo.

La mujer sonrió aliviada a aquel desconocido con un peinado peculiar que decía compartir su

vida con Selene. Hacía muchos años que había roto lazos con su hija. Nunca había estado preparada para ser madre, aunque ya era tarde cuando se dio cuenta de ello y mucho menos para ser abuela. No tenía ningún interés en retomar la relación con su nieta.

El viejo guerrero guardó la urna hasta la siguiente luna llena y en un acto íntimo y mucho más solemne, le brindó a Selene la despedida que se merecía.

De noche, portando a su hija en la mochila, caminó hasta el lago que decoraba el parque central de la ciudad. La luna se reflejaba sobre las tranquilas aguas. Abrió la tapa del recipiente y esparció las cenizas sobre el lago, que se diluyeron en el agua mientras pensaba unas últimas palabras que dedicarle.

—Que tu luz vuelva a iluminar la luna.

Todo el cúmulo de emociones que bullía en su interior se quedó atascado en su garganta y sólo fue capaz de añadir un tímido “te quiero”. Le habían educado como un guerrero y aunque estaba destrozado por dentro, se tragó sus lágrimas, tal y como le había visto hacer a su padre durante toda su vida. Astrid se revolvió en la mochila, inquieta, y comenzó a llorar. Quizá tenía hambre o frío o simplemente quería exteriorizar el dolor de su padre. Raven acarició su cabeza y regresaron a casa.

Desde los primeros días de vida, Raven percibió algo extraño en la mirada de su hija. Sus ojos, de una curiosa tonalidad gris se dirigían al origen del ruido pero no parecían enfocar. Consultó con varios especialistas que sometieron a Astrid a diversos estudios, pero todos arrojaron el mismo resultado.

—La niña no es totalmente ciega, pero su visión está muy limitada y sólo consiste en distinguir sombras en movimiento.

—Y ¿no se puede hacer nada para que mejore?

—No, lo siento. Su percepción será algo más nítida cuanto más contraste haya entre los objetos que tenga frente a ella, pero no hay ninguna solución a su problema.

Raven tragó saliva, intentando deshacer el nudo que atenazaba su garganta y, con la niña en brazos, abandonó la consulta del doctor.

—No te preocupes, pequeña, yo seré tus ojos.

Astrid, ajena a su dolor, rozó con sus dedos, por casualidad, las trenzas de su padre y rió a carcajadas, divertida con el ruido que hacían las anillas metálicas al chocar entre sí. El bello sonido de su risa contagió a su padre, que sonrió mientras la abrazaba con fuerza. Aquella personita hacía que todo pareciera mucho más sencillo.

Esa noche, tras recibir como un jarro de agua fría la noticia del déficit visual de su hija a Raven le fue imposible conciliar el sueño. Durante los primeros meses de vida de la pequeña, se había acostumbrado a la falta de sueño. Astrid, como casi cualquier otro bebé, interrumpía su descanso nocturno en varias ocasiones. A Raven no le importaba. No quería dormir. Selene se le aparecía en sueños y la despedida al despertar era aún más dura.

Sin embargo, aquella vez era diferente. La pequeña dormía plácidamente a su lado, tendida sobre el sofá que hacía las veces de cama, mientras él no conseguía conciliar el sueño, no podía evitar un sentimiento de culpabilidad por haber permitido que sus sentimientos afloraran y enamorarse de su protegida, como si aquello hubiera sido el detonante del torrente de desgracias

que se habían sucedido después. De manera fortuita, la mano de la pequeña encontró la de su padre y se aferró con fuerza a uno de sus dedos. El suave contacto fue aplacando la agonía que sentía en su interior. Ya no importaba el pasado. No podía hacer nada para cambiarlo. Había amado a Selene más de lo que jamás pudiera imaginar y la seguiría amando pese a que ya no estuviera a su lado. Pero ahora tenía que dedicarse por entero a su hija.

Cerca ya del alba el sueño le venció, tan sólo durante unos pocos minutos, porque fue sacado de él abruptamente al percibir sobre su piel una suave brisa con reminiscencias de la fragancia de Selene. Se incorporó esperanzado, olvidando su ausencia y miró en derredor. No había rastro de ella. Sólo estaban él y su pequeña, que había despertado hacía ya rato pero estaba tranquila, sonriendo a cualquier fantasía que ocupara su mente infantil.

Pese a sus limitaciones, Astrid era una niña muy despierta, más espabilada que otros niños de su edad. Antes del año ya caminaba, siempre guiada por la voz de su padre que le orientaba para esquivar todos los obstáculos que se interponían en su trayecto y a muy corta edad ya creaba sus frases en un idioma que sólo ella y su padre comprendían.

Raven se propuso que la limitación visual de su hija no iba a suponer un lastre para ella, enseñaría a Astrid a desenvolverse como cualquier otra persona, pero para encontrar la manera adecuada de hacerlo, antes tendría que sentir como ella.

Rescató la venda con la que Selene le privó del sentido de la vista cuando le enseñó a confiar en ella y se la anudó sobre los ojos. Regresó a su entrenamiento, pero esta vez, a ciegas. Su brazo derecho había ido recuperando paulatinamente sus capacidades de antaño, pero seguía siendo su punto débil. Tras cada jornada tenía que masajearse su hombro dolorido, justo sobre la cicatriz que lo marcaba. Sustituyó el maniquí de madera por un par de robots que siguiendo una serie de pasos aleatorizados se convertían en sus enemigos.

Durante los primeros meses recibió golpes, arañazos, se tropezó con los objetos de su alrededor, cayó mil veces, pero mil veces se volvió a levantar. Con el paso del tiempo, el resto de sus sentidos se agudizaron al verse privado de uno de ellos. Su oído se volvió extremadamente sensible y su piel era capaz de percibir el aire desplazado por los objetos en movimiento. Con un arduo entrenamiento, consiguió ser tan diestro con los ojos cerrados como con ellos abiertos. Su hija le observaba absorta desde la hamaca, observando con su limitada visión la danza de sombras, aprendiendo a distinguir la figura de su padre.

Cada noche, antes de que la pequeña se durmiera, Raven dedicaba unos pocos minutos a hablarle de su madre. Le contaba historias de ellos dos, lo especial que había sido para él o simplemente le describía una imagen de ella, como si de una fotografía se tratara. Astrid acababa durmiéndose con una sonrisa dibujada en los labios, tal vez porque entendía lo que su padre le decía o porque el tono de voz de Raven le calmaba, aportándole seguridad. Raven, en cambio, se dormía con el corazón encogido. Recordarla le resultaba doloroso, pero también era una manera de mantenerla viva, junto a ellos.

Conforme la niña fue creciendo, sus despertares nocturnos se fueron reduciendo, permitiendo el descanso de Raven, que recibía la visita de Selene cuando su mente vagaba por el mundo de los sueños.

—Lo estás haciendo bien, Raven—le animó ella.

—Te echo de menos—susurró él, con una tristeza desgarradora en sus palabras.

—Lo sé. Ahora estoy aquí.

—Pero es sólo un sueño.

—Si, pero aunque sea un sueño puedes sentirme.

Él alzó la mano para acariciarla y se sorprendió cuando sintió la calidez de su piel sobre las yemas de sus dedos. Se aventuró a ir más allá y probó sus labios. Eran aún más dulces de lo que recordaba. Sabía que no era real, que todo era fruto de su imaginación, pero la había añorado tanto que decidió sumergirse en su fantasía.

Ella estaba sentada junto a él, sobre el sofá. Iba vestida tan solo con un camisón vaporoso de tirantes, de color celeste, con sus largos rizos de cabellos negros cayendo en cascada sobre sus hombros. Le empujó con suavidad hasta que se tumbó sobre los mullidos cojines, mientras su lengua indagaba en el interior de su boca.

Él se acostó sobre ella. Apoyó su peso sobre el brazo izquierdo para no incomodarla mientras su mano derecha deslizaba sus tirantes hacia abajo, dejando los hombros de Selene y el nacimiento de sus pechos al descubierto. Sus dedos se entretuvieron recorriendo su piel desnuda, atesorando en su memoria aquella sensación que tanto había anhelado. Los labios siguieron el camino marcado por sus manos, capturando su sabor y aquella fragancia tan única de su cuerpo que despertó la necesidad de perderse en su interior.

Selene acarició su torso, prestando especial detalle a las cicatrices que lo marcaban, la de su hombro, la fina línea que dejó la daga que ella misma erró en su lanzamiento y la forma de luna que adornaba su pecho, su marca, perdiéndose en el momento en que se produjeron. Cuando acabó su viaje por el pasado y volvió a alzar sus ojos, su mirada se topó con unos ojos verde jade cargados de amor que deseaban devorarla. Separó sus muslos para permitirle que se acomodara entre sus piernas y dirigió una de sus manos hacia su miembro, despojándolo de la prenda que lo mantenía retenido, rozándolo primero con sus dedos para luego abarcarlo con la mano, imprimiendo una suave fricción que hizo que se endureciera aún más ante su contacto. Él gimió ante aquella caricia tan íntima y su mano busco la de ella, para apresar los dedos con su boca.

La otra mano ascendió la fina tela que cubría su cuerpo para acariciar su vientre, pero no era la piel tersa que recordaba, si no que estaba algo flácido, como si el cuerpo que tenía ante ella fuera el de Selene después de su maternidad. Pese a que aquello le extrañó, no le importó y siguió degustando su piel. Sus dedos deslizaron a un lado la tira de tela de su ropa interior que le impedía alcanzar su objetivo y se restregó contra sus labios hinchados y su palpitante sexo que se abrieron para él, invitándole a hundirse en su interior, abrazándole con su calidez. Él se deslizó dentro de ella, para retirarse unos centímetros antes de volver a llenarla de nuevo, con suaves envites, lentos, intentando demorar al máximo aquella sensación.

Selene le rodeó con sus piernas, instándole a que incrementara la velocidad de sus movimientos, mientras acompañaba sus acometidas con su respiración jadeante, rogándole que liberara el goce que su cuerpo ansiaba, pero él se resistía a que ese momento llegara, al menos para él. Así que se detuvo, todavía en su interior y estimuló con los dedos su clítoris, masajeándolo con fuerza, mientras ella se retorció bajo su cuerpo, entre gemidos cada vez más cerca de ser golpeada por una intensa ola de placer. Ésta llegó en forma de una descarga que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies y que estalló en su voz cuando gritó su nombre. Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso que instaba a su cuerpo a acompañarla y permaneció muy quieto, sintiendo cómo ella se contraía a su alrededor.

Esperó unos segundos hasta que los espasmos de las paredes del interior de Selene se fueron pausando y volvió a mecerse dentro y fuera de ella. Intentó hacerlo muy despacio, pero el brillo

de deseo en sus ojos, enmarcados en aquel rostro que brillaba perlado de sudor le envaró hasta tal punto que fue dominado por un instinto casi animal que le impelía a verterse dentro de ella y satisfacer la imperiosa necesidad que tenía de ella. Selene, con su cuerpo todavía extremadamente sensible, le recibió siendo azotada de nuevo por un estremecimiento que hizo que su cuerpo convulsionara de placer.

Exhausto, Raven se dejó caer a su lado y la envolvió entre sus brazos, dejando que sus piernas se enredaran entre las suyas, esperando a que el amanecer le devolviera a la cruda realidad con un duro golpe.

Cuando al fin abrió los ojos, sentía todavía presente en su piel el recuerdo del contacto de Selene pero un vacío aún mayor en su corazón.

CAPÍTULO XXII

Fueron pasando los años. Cada noche Raven soñaba con Selene, se sumergía en sus recuerdos, en su mirada, en su sonrisa, se dejaba embriagar con sus caricias, con sus besos. Y cuando despertaba, dejaba que el agua fría arrastrara el dolor desgarrador de sus entrañas provocado por su ausencia, se tragaba sus lágrimas y seguía adelante.

Astrid se convirtió en una niña fuerte, independiente, segura de sí misma. Cada tarde, en el parque, siempre con su padre al lado que, lejos de sobreprotegerla, le animaba a lograr metas más difíciles, a priori imposibles para alguien de su condición. Ella jugaba con los niños de su edad y, aunque apenas veía más allá de su mundo de luces y sombras, quería ser como ellos y jugar a los mismos juegos que ellos. Si sus amigos escalaban por un tobogán, ella hacía lo mismo. A veces se caía y se raspaba las rodillas, entonces Raven se acercaba a ella, le daba unas palabras de consuelo y le animaba a volver a intentarlo hasta que la pequeña lo conseguía, ganándose la mirada reprobatoria del resto de padres a su alrededor. Tras alcanzar un nuevo triunfo, ella le sonreía orgullosa. Los rasgos de su rostro eran los de él, pero aquella sonrisa era la de su madre.

Teniendo presente las palabras de la vieja hechicera de su pueblo, intentó que la niña gozara de una vida normalizada hasta que despertara su magia. El futuro que le esperaba ya iba a ser lo suficientemente complicado como para que además le privara de su infancia. Preguntó en varios colegios de la zona para escolarizarla, pero todos le pusieron objeciones a su peculiar condición, así que decidió que además de su padre, se convertiría también en su profesor.

Poco antes del amanecer, Raven se despedía de Selene en sueños y entrenaba dos o tres horas hasta que la pequeña se despertaba. Después, desayunaban juntos y comenzaban las clases. Incluso consiguió que la pequeña lograra leer alguna que otra palabra, buscando el contraste entre los colores de la pantalla de una tablet, pero hacerlo le suponía un esfuerzo agotador a la pequeña.

Las tardes las dedicaban al ocio, iban al parque a pasear, a jugar en los columpios o simplemente se sentaban en una terraza a charlar mientras se tomaban un batido de chocolate, como si fueran un padre y una hija corrientes. Muchos días acababan en un banco, junto al lago donde descansaban los restos de Selene, a veces hablando de ella, otras en silencio. Sólo se tenían el uno al otro, pero no necesitaban nada más.

Con ocho años, Raven decidió que ya era el momento de contarle la verdad. Le había enseñado a valerse por sí misma. Ahora tenía que enseñarle a defenderse. Hizo un breve resumen de su vida como guerrero, omitiendo el doloroso detalle de cuando fue apuñalado por su esposa. Le habló de la profecía, de cómo el destino le había elegido para proteger a su madre, de cómo se había enamorado locamente de ella y de que cómo ella era el fruto de ese amor. También le contó que el destino también le había escogido a ella, no tenía muy claro todavía cuál debía ser su cometido, pero el futuro dependía de ella. Tarde o temprano despertaría su magia y entonces, el mal regresaría a buscarla y juntos, tendrían que combatirlo. Tenían que prepararse para ese momento.

Ella escuchó con atención y no pareció sorprenderse por las palabras de su padre. Aceptó su destino con una madurez impropia para su edad, como si ya lo conociera antes incluso de que

Raven se lo dijera.

Comenzaron el entrenamiento aquella misma tarde. Él se colocó la venda sobre sus ojos. Había aprendido a sentir como ella. Ahora era la hora de que ella adquiriera todas las habilidades que él había conseguido desarrollar privado de su vista. Le enseñó a resaltar las capacidades de sus otros sentidos, que por otro lado, ya se habían desarrollado de manera innata en ella. Cuando los otros cuatro sentidos compensaron su escasa visión, empezó su instrucción en el combate. Le enseñó el manejo de unas réplicas de madera de varios objetos que había adaptado convirtiéndolos en mortíferas armas. Astrid mostró predilección por un bastón largo que le sería útil como guía para evitar los obstáculos cuando caminara por la calle. Su padre había instalado una afilada cuchilla retráctil en uno de sus extremos que se activaba pulsando un botón que le serviría para defenderse de un posible ataque.

Raven viajó a una época muy anterior, cuando él era tan sólo un muchacho imberbe y debilucho que, sin embargo, se manejaba con las dos espadas como si fueran las prolongaciones de sus propios brazos. Recordó cada movimiento, cada paso, cada ataque, cada lección aprendida y se las mostró a su hija. Ella carecía de la fuerza necesaria para salir victoriosa en un combate, ya la iría adquiriendo con el tiempo, pero poseía en sus genes la agilidad de su padre. Tantas horas junto a su padre habían dado sus resultados y facilitaron enormemente su aprendizaje.

—¿Por qué papá no puede verte? —preguntó Astrid a su madre, que, como siempre, estaba a su lado.

Había terminado otra dura jornada de entrenamiento. Ella estaba contenta con su progreso y, al parecer, Raven también. Astrid, cansada, se acomodó bajo las sábanas. Selene se sentó a su lado. Ella era la única persona a la que la niña podía ver con total nitidez, podía distinguir sus rasgos, sus ojos negros y su rostro enmarcado por amplios rizos color azabache. Ella era la única luz que iluminaba su mundo de sombras, la luz de la luna. Sabía que su madre estaba muerta, quizá por eso su dañada vista era capaz de verla, era consciente de que lo que tenía junto a ella era tan solo su espíritu atrapado entre dos mundos, pero si se concentraba mucho, incluso podía llegar a tocarla.

—Raven ha erigido un muro alrededor de su dolor para que nada le distraiga de su misión. Sólo cuando está dormido encuentro una rendija que me permite llegar a él.

—¿Y no puedo contarle que te veo, que estás aquí con nosotros?

—No está preparado para aceptarlo y eso sólo le haría más daño.

—No quiero que papá sufra.

—Yo tampoco.

—Por fin papá me ha contado lo que me dijiste.

—Eso es que cree que ya estás preparada. Él fue un gran guerrero y ha esperado hasta que llegara el momento oportuno —Selene hizo una pausa, escuchando más allá de lo que los sentidos podían percibir —Ya se ha dormido. Tengo que irme. Te quiero hija.

—Yo también te quiero, mamá. Cuida de él.

Selene depositó un beso sobre la frente de su hija que ella percibió como la suave caricia de una cálida brisa. Astrid cerró los ojos y no tardó en dormirse.

—¡Selene, Selene! —Raven se revolvía intranquilo en el sofá, llamándole. Se había acostumbrado a que cada noche se le apareciera y no podía concebir no soñar con ella —Te necesito.

—Tranquilo, estoy aquí.

Selene se sentó a su lado y se agachó sobre él, para atrapar con sus labios una lágrima que resbalaba por su mejilla, acariciando la frente con sus dedos.

—Te necesito —declaró de nuevo, esta vez ya algo más tranquilo.

—Siempre estoy aquí. Siempre hay una luna aunque no la veamos.

Selene se acostó junto a Raven, pasando una de sus piernas por encima de las de él, dejando que su mano acariciara, de manera distraída el torso del viejo guerrero. Raven dejó que una de sus manos se deslizara hacia la espalda de ella, para rozar la piel de la curva justo por encima de su columna vertebral, de una manera tan tenue que un escalofrío recorrió su cuerpo. Ella sonrió y se acurrucó, apoyando su cabeza junto al cuello de Raven, mientras sus dedos delineaban la cicatriz de su hombro derecho.

—¿Te duele? —preguntó ella con curiosidad.

—A veces.

—¿Has conseguido recuperar totalmente la fuerza de ese brazo?

—No, pero he aprendido a disimularlo. Sólo tú y yo lo sabemos.

—¿Y ésta? —esta vez los dedos de Selene trazaron la marca con forma de luna de su pecho.

—Ésta nunca. Ésta es la que me ayuda a seguir adelante —contestó, tajante, mientras su mano se entrelazaba con la de él.

Selene buscó su boca mientras se situaba sobre él, empezando como un beso suave que enseguida se tornó apasionado, dejando que sus lenguas danzaran juntas. Raven ascendió las manos por su espalda, arañando su piel y llevándose a su paso el ligero camisón que cubría su desnudez. Ella quedó sentada a horcajadas sobre él, permitiéndole que se deleitara contemplando su imagen. El cuerpo de Raven reaccionó por el simple hecho de sentir el calor de la presión que ella ejercía sobre él.

—Te quiero —susurró, como hacía siempre, acercando tanto los labios a su boca que convertían sus palabras en un beso, mientras eliminaba las barreras que le impedían acceder hasta ella.

Selene se alzó levemente sobre él, para volver a descender y abrazar su virilidad con su sexo palpitante. Raven dejó escapar un gemido cuando se deslizó dentro de ella y posando las manos sobre sus caderas, le instó a que se moviera sobre él. Ella empezó a mecerse sobre él con un rítmico balanceo que fue acelerándose conforme se incrementaba la acuciante necesidad de consumir aquella unión.

La respiración de Selene se convirtió en un jadeo mientras su interior se contraía de manera intermitente alrededor del miembro excitado de Raven, apretando en su ascenso para luego relajarse cuando volvía a descender sobre él, cada vez con más fuerza, hasta que estalló dentro de ella arrastrándole en un orgasmo sincrónico.

Selene, fatigada, se desplomó sobre él, que, negando a abandonar el refugio que le ofrecía el interior de su cuerpo, la envolvió con sus fuertes brazos entregándose al sueño junto a ella.

CAPÍTULO XXIII

Astrid distaba mucho ya de aquella niña que a duras penas lograba levantar el bastón de madera del suelo. Se había convertido en una hermosa adolescente, alta, esbelta y, aunque de niña sus rasgos eran más similares a los de su padre, ahora era tan parecida a Selene, que a Raven le resultaba incluso doloroso, con una larga melena de amplios rizos negros y aquellos ojos de un extraño color gris que le conferían una belleza sobrenatural.

Raven había dejado de dirigirse a ella como si fuera una niña, si no que lo hacía como si se tratara de su igual. Ya no eran sólo padre e hija, compartir tantos momentos juntos, lejos de aburrirles, les habían convertido en amigos, en compañeros, en confidentes y se complementaban el uno al otro perfectamente, estrechando aún más los lazos que los unían.

El momento favorito de ambos eran las visitas que hacían de vez en cuando al lago del parque central. Salían al atardecer, siempre y cuando Raven considerara que la jornada de entrenamiento había sido fructífera y, tras dar un largo paseo, cuando las últimas luces del sol se perdían en el horizonte se sentaban en un banco.

Aquella era una noche cálida, anunciando que el verano se hallaba cerca. La luna llena se alzaba majestuosa iluminando un cielo despejado, proyectando su reflejo sobre las aguas en calma del lago, en cuyo fondo descansaban los restos de otra luna. Permanecieron unos minutos en silencio, absortos en los ruidos de la noche, con el viento meciendo las hojas de los árboles que crujían al rozar entre sí y algún morador nocturno de la laguna que de vez en cuando removía las aguas.

—Me gusta venir aquí —dijo él, poniéndose en pie y acercándose al borde del lago.

—¿Papá? —preguntó ella. Las tupidas copas de los árboles mermaban la luz de las farolas del parque y pese a la iluminación de la luna llena, no conseguía distinguir la sombra que pertenecía a su padre.

—Estoy aquí, pequeña —él la guió, como otras tantas veces con su voz profunda.

Astrid caminó hasta el origen de aquella voz que tan segura le hacía sentir y se colocó a su lado. Raven pasó su brazo por encima de los hombros de su hija y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Es como si aquí, junto al lugar donde ella descansa la sintiera más cerca. ¿Tú también lo notas?

—Sí, papá. A veces es incluso como si ella estuviera con nosotros —comentó Astrid, a la vez que sonreía, girando su cabeza hacia el lado en el que el espíritu de Selene se encontraba. Ella le reprendió cariñosamente.

—Ojala —anheló él.

Astrid deseó una vez más que su padre pudiera verla. Selene se colocó frente a Raven para depositar un tierno beso sobre sus labios. Y pese a que él no podía verla ni sentirla, un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando una suave y cálida brisa rozó su rostro.

—Me hubiera gustado mucho veros juntos —Astrid observaba a su madre, con todo detalle, como iluminada por una luz propia que se acercaba a la sombra de su padre para besarle,

ansiendo que aquella forma se definiera para ver sus rasgos. Su madre se lo describía casi cada noche desde que ella tenía uso de razón. —Hubiera sido precioso poder ser una familia.

—Ya somos una familia, aunque sólo estemos tu y yo. Pero sí, hubiera estado bien compartir todo esto con ella. Era una gran mujer, fuerte, valiente, buena. No es fácil aceptar un destino que no comprendes con la entereza con que ella lo hizo, la misma entereza que has demostrado tú desde niña.

—Tengo suerte de que seas mi padre y mamá fue afortunada de tenerte como su guardián.

—El afortunado fui yo, por ser elegido para ese cometido. La larga espera hasta que ella irrumpió en mi vida mereció la pena. Y aunque maldigo a los dioses por habérmela arrebatado he de agradecerles cada segundo que me permitieron pasar a su lado.

—¿Qué pensaste cuando la conociste?

—Que aquella mujer testaruda iba a hacer la misión muy larga —dijo, con una carcajada, un breve momento de humor que enseguida fue sustituido por el dolor de su pérdida —Y ahora cada día suspiro porque mi protección hubiera durado tan sólo un minuto más. Me hubiera gustado poder despedirme de ella, decirle cuánto la quería, cuánto la sigo amando.

Astrid observó cómo una lágrima se deslizaba por la mejilla de su madre y acarició las trenzas de Raven para ofrecerle consuelo mientras se concentraba en intentar rozar también la mano de su madre.

—Estoy segura de que ella lo sabe.

—Vamos, se hace tarde. Será mejor que volvamos a casa —propuso él, cuando volvió a restaurar los pedazos que componían su alma.

CAPÍTULO XXIV

Raven dormía, como cada noche, perdido en su fantasía con Selene, abrazado a ella, sabiendo que no era real, pero sintiendo el calor de su piel como si estuviera allí.

—Raven, despierta, es la hora —murmuró ella, acariciando sus cabellos, enredando sus dedos entre sus trenzas.

Él abrió los ojos y justo en aquel instante escuchó el grito desesperado de Astrid, acompañado de una pequeña explosión. Se levantó de un salto y corrió al cuarto de su hija.

Astrid se agitaba en sueños. Las imágenes que se sucedían en su mente eran una mezcla de colores, luces y sombras. Sabía que aquello no era real, porque las figuras aparecían más distorsionadas aún de lo que ella las percibía. En aquel lugar que parecía un bosque o un parque, con árboles que se mecían por el viento, unos seres informes, como creados de humo se abalanzaban sobre una persona rodeada de un aura de luz. Supo que se trataba de su padre por el ruido metálico que producían las anillas que sujetaban sus trenzas que bailaban al ritmo de sus movimientos. Escuchó también el batir de las espadas, con Raven intentando neutralizar el ataque. Pero eran demasiados y su padre empezaba a cansarse. Un aullido de dolor le heló la sangre cuando su padre fue alcanzado por un arma. De pronto el viejo guerrero cayó al suelo, sin poder luchar y se limitaba a intentar huir de sus enemigos. Pero aquellas sombras se arrojaban sobre su cuerpo y su luz se iba apagando. Ella gritó y una bola de energía azul emergió de sus manos en un desesperado intento de salvar a su padre.

De pronto, un foganazo que la cegó aún más la trajo de vuelta a la realidad. Con la respiración entrecortada y su corazón desbocado, se incorporó de golpe y enterró la cabeza entre sus manos, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos.

Raven entró justo en aquel instante. Un intenso olor a quemado impregnaba la estancia. Echó un vistazo a su alrededor y vio un objeto humeante en un rincón de la habitación de su hija. Se aseguró de que no había peligro de que se incendiase y se sentó a su lado.

—Lo siento —se disculpó ella, todavía angustiada con los recuerdos de la pesadilla muy vívidos en sus pensamientos.

—Tranquila, pequeña. Sabíamos que este momento iba a llegar tarde o temprano. Estamos preparados y estamos juntos —Raven intentó reconfortarla, acariciando sus cabellos, muy similares a los de su madre.

Astrid secó sus lágrimas en el hombro de su padre, abrazándole con fuerza, intentando retenerlo a su lado. Se relajó al escuchar el latido de su corazón, pausado, rítmico y fuerte. No se atrevió a contarle qué era lo que había despertado su magia, aquel horrible sueño y la imperiosa necesidad de protegerle de aquellas sombras que le atacaban, le herían y le engullían hasta hacerlo desaparecer.

El recuerdo de aquel sueño le atormentó durante meses, pero poco a poco, se fue diluyendo

entre los momentos que pasaba con su padre. Desde que su magia había despertado, se volvieron aún más cautos y redujeron prácticamente al mínimo sus salidas, centrándose aún más en intensificar su entrenamiento.

Ella alzó el palo con ambas manos para contrarrestar un golpe de su padre. La madera crujió cuando ambas armas chocaron. Él retiró el arma para contraatacar por otro lado, pero el aire que desplazó el arma en su movimiento previno a la joven que, aunque privada de visión, contaba con el resto de sus sentidos agudizados y, nuevamente, logró evitar el envite.

Decidió pasar a la ofensiva y fue ella la que lanzó la siguiente estocada que Raven esquivó sin dificultad pese a que portaba una venda en los ojos para igualar condiciones con su hija. Él eludió los siguientes golpes de la joven sin problemas y jugó a cansar a su hija, hasta que con un diestro giro de su bastón, consiguió desarmarla. Trabajó su arma con los pies de ella, haciendo que tropezara y perdiera el equilibrio.

—Gané —sentenció Raven, mientras le tendía una mano a su hija para que se incorporase.

Astrid, desde el suelo, dedicó una exagerada mueca de enfado fingido a su padre, mientras murmuraba unas palabras en una lengua desconocida para el ancestral guerrero y unas lianas se enredaban alrededor del cuerpo de su padre, dejándolo atrapado y haciendo que éste también cayera al suelo.

—Te equivocas. Me parece que he sido yo la que ha vencido —replicó ella, con aire triunfal.

—Odio la magia —gruñó, prorrumpiendo en carcajadas.

Ella río también mientras, con un grácil gesto de su mano, liberaba a Raven de su encierro.

—Está bien, admito tu victoria. ¿Cómo lo has hecho? —preguntó Raven.

—No lo sé, sólo pensé la forma de atraparte sin causarte daño y esas palabras se dibujaron en mi mente.

—Esos trucos nos pueden resultar útiles, quizá debiéramos practicar más.

Pese a que Raven siempre había desconfiado de la magia, reconoció que las habilidades de su hija les podrían ser de gran ayuda para combatir la amenaza que se cernía sobre ellos. Pero antes tenían que estar seguros de que ella podría controlarla. Recordó cómo Selene fulminó a Alyssa y después le devolvió a la vida pero, sin embargo, tras ese día, no fue capaz de volver a invocar ningún otro hechizo. Pero Astrid no era como su madre, ella era mucho más poderosa y demostró desde el inicio un férreo control sobre sus poderes.

Podía crear casi cualquier cosa que se propusiera tan sólo con imaginarlo. Fue capaz de hacer estallar en llamas el monigote de madera que su padre usaba como entrenamiento para al instante crear una nube de agua que extinguía las llamas. Pero el uso de la magia tenía un coste. Había ciertos hechizos, a priori sencillos, que sin embargo le dejaban exhausta, como si la magia se alimentara de su propia energía. La magia destructiva era la que más le debilitaba, tendría que tener cuidado con ese tipo de hechizos, pues sobrepasar sus límites podría llevarla a la muerte. Sin embargo, dominar las fuerzas de la naturaleza le resultaba relativamente sencillo.

—Astrid, tu padre te necesita —escuchó la dulce y melodiosa voz de su madre abriéndose camino entre sus pensamientos.

Ella llevaba ya un par de horas dormida. Se desperezó y salió de su cama. Se echó un chal sobre los hombros para abrigarse y utilizó un conjuro de luz que aumentaba el contraste de las

imágenes que se sucedían a su alrededor, mejorando levemente su limitada visión. Intentó localizar a Raven. Estaba afuera, apoyado sobre la balaustrada de la terraza, con la mirada perdida, en silencio.

Ella le rozó el brazo, no le hacía falta distinguir los rasgos de su rostro para saber que estaba triste, otra vez. Se colocó a su lado, dejando que el viento acariciara su cara y meciera sus cabellos y permaneció unos minutos en silencio, empatizando con su dolor.

—La echas de menos —dijo, quebrantando aquel silencio. Era una afirmación, no una pregunta.

—Mucho —contestó él, de todas formas.

—Papá, tranquilo, siempre hay una luna aunque no la veamos.

Raven sonrió al escuchar la frase que Selene solía pronunciar en sus sueños, pero era una sonrisa triste, cargada de sufrimiento y añoranza. Astrid le abrazó, con fuerza, intentando que sus manos sanaran el corazón herido de su padre. Él encontró en los brazos de su hija, como otras tantas veces, la fuerza que necesitaba para seguir adelante.

—Creo que es hora de que nos enfrentemos a nuestro destino. No podemos seguir encerrados aquí. Llevamos demasiado tiempo esperando a que éste venga a por nosotros. Tendremos que salir en su busca. Estoy cansado de esperar —dijo Raven, con determinación.

—Pero... y ¿si no sale bien?

—Estaremos perdidos, pero, al menos, estaremos juntos —dijo con resignación.

—Papá, tengo miedo.

—Yo también, pequeña, pero no podemos seguir ocultándonos. Tenemos que hacerlo. Pase lo que pase, después de esto, seremos libres. Confía en mí.

Astrid tragó saliva y asintió. Su padre tenía razón. Los dioses les habían escogido para que hicieran algo más que esconderse.

CAPÍTULO XXV

Raven se embutió en unos pantalones de cuero que se adaptaban perfectamente a su cuerpo, proporcionándole total libertad de movimientos y lo ajustó con un cinturón del que colgó una espada retráctil de doble filo. Ocultó una daga en el interior de cada bota y cubrió sus espaldas con un guardapolvos y sobre éste, ató unas cintas de las que pendían cruzadas sus dos espadas cortas, el arma con el que se sentía más cómodo, el instrumento que le convertía en un mortífero guerrero.

Después ayudó a su hija a armarse. Le tendió el bastón que había modificado para ella, con una afilada cuchilla en un extremo y ocultó una daga entre sus prendas, la misma daga que ataba al muslo de su madre cada vez que abandonaban su hogar. El mismo arma con la que Selene le hirió por accidente. La observó durante un instante con cierta melancolía, esperando que sirviera para salvar la vida de la hija de ambos.

Abandonaron el ático poco antes del atardecer. Antes de atravesar las puertas, quizá por última vez, Raven se situó frente a su hija.

—Pase lo que pase esta noche, nunca olvides que te quiero. Lo has hecho bien y estoy muy orgulloso de ti. Y tu madre también lo estaría.

—Esas palabras suenan a despedida.

—Tal vez lo sean. Espero que no, pero si así fuera, quiero que te lleves este recuerdo contigo. No tuve tiempo de despedirme de tu madre, no pude decirle todo lo que sentía. Si mañana no regresamos a casa, no quiero que me pase lo mismo contigo.

Caminaron por las calles de la ciudad en dirección al parque central. Buscaron un lugar despejado, próximo al lago que se había convertido en su refugio, esperando que el influjo de la luna que yacía enterrada en sus aguas les ayudara aquella noche y se sentaron en un banco, a la espera. A lo lejos un relámpago quebró el cielo anunciando la tormenta que se avecinaba.

Astrid observaba a su alrededor, con una sensación de creciente desasosiego emergiendo de su interior. Las sombras que proyectaban los árboles, iluminados por la luz de las farolas y los sonidos de la noche le resultaban dolorosamente familiares.

—Papá he soñado con este lugar, con este momento —se atrevió por fin a confesarle a su padre, tras unos minutos de silencio. Aquel era el lugar que aparecía en su pesadilla cuando su magia despertó, el momento en el que las sombras devoraban a su padre.

—No me cuentes qué pasa. Aunque mi destino esté escrito, me gustaría creer que son mis actos los que pueden forjarlo.

Ella guardó silencio y asintió, apesadumbrada.

De pronto, el cielo se cubrió de nubes, ocultando la luz de la luna y sus cuerpos fueron azotados por un viento gélido antinatural que tiñó la atmósfera de un aura maléfica.

—Ya vienen —anunció Raven, aunque no era necesario, Astrid lo sentía en su sangre, aquel

frío le helaba las entrañas —Reserva tu magia, pequeña, será el último recurso, no quiero que agotes tu energía. Úsala sólo para protegerte. Yo me encargo del resto.

Un grupo de cinco hombres, todos ellos vestidos de riguroso negro que se confundían con las sombras de la oscuridad se aproximaban a ellos, con paso firme. La mente estratega del viejo guerrero empezó a funcionar como una máquina bien engrasada, valorando la situación y las posibles alternativas para acabar con ellos.

Como había hecho siempre con su Selene, se posicionó ligeramente por delante de Astrid, interponiéndose entre su hija y los agresores. Les miró desafiante mientras desenfundaba sus dos espadas y esperó a que fueran ellos los que iniciaran el ataque.

Dos de ellos se aventuraron a probar las capacidades del guerrero ancestral. Se aproximaron a él, cada uno por un lado para forzarle a dividir su atención. Él giró sobre sí mismo, danzando entre ellos, contrarrestando cada golpe, intentando aprovechar un hueco en su defensa pero sin precipitarse.

Uno de los otros tres que permanecían expectantes, osó intentar acercarse a Astrid. Raven percibió sus movimientos con el rabillo del ojo y saltó sobre uno de sus contrincantes, ensartándolo con su espada, cayendo de rodillas al suelo, en una postura que le permitía acceder a una de las dagas ocultas en su bota y lanzarla con un certero disparo hacia el hombre que amenazaba a su hija, que se volatilizó cuando el arma impactó sobre su cuerpo. Sin apenas tiempo para recrearse de su disparo, frenó la estocada del otro enemigo que se batía con él con la espada de su brazo derecho. Un calambre recorrió toda la longitud de su brazo, recordándole que jamás se recuperaría del todo de sus heridas. Mientras, los otros dos hombres se unieron a la fiesta.

Sobreponiéndose al entumecimiento que notaba en su brazo, Raven ejecutó los movimientos de su coreografía mortal sin ceder ni un sólo centímetro de terreno frente a ellos. Astrid observaba el combate, concentrada en intentar distinguir la figura de su padre entre ese batiburrillo de sombras en movimiento, preparada para ayudar si la cosa se torcía.

Se oyeron ruidos de gente acercándose a ellos desde varias direcciones. Al menos otros diez demonios de negro más se unían a la batalla. Eran demasiados. Ellos dos solos no podrían vencerlos.

—¡La luz! —gritó Raven. Había llegado la hora de que Astrid actuara.

Su hija dirigió la vista hacia las farolas que vertían una tenue luz sobre el lugar. Cerró los ojos y articuló unas palabras que hicieron explotar las bombillas, sumiéndolos en una completa oscuridad.

Sus rivales, confundidos, atacaban a la desesperada intentando distinguir algo en la oscuridad, mientras Raven bailaba entre ellos, esquivando sus golpes y propinando certeras estocadas.

—¡Astrid, espera mi señal! —gritó él, haciéndose oír por encima del ruido del metal entrechocando.

—¿Que señal? —preguntó ella, confusa.

—Confía en mí.

Astrid cerró los ojos para concentrarse. Entonces lo escuchó. El tintineo de las anillas que sujetaban las trenzas de su padre. Aquel sonido que le había acompañado desde niña, que había arrancado sus risas, que le había reconfortado en tantas ocasiones. Y sonaba tras ella, lejos del clamor de la batalla. Raven había aprovechado el desconcierto provocado por la oscuridad para zafarse hábilmente del centro del combate y alejarse de sus enemigos. Astrid concentró todo su poder y una ráfaga de energía golpeó a los demonios de negro que, a ciegas, luchaban entre sí. Una nube de polvo encendió la noche cuando estallaron.

—Muy bien, pequeña —escuchó tras de sí.

Ella sonrió orgullosa, agotada, con sus piernas tambaleantes. Había canalizado casi toda su energía y a duras penas podía sostenerse en pie. Pero habían vencido. Su padre se situó a su espalda, soltó sus dos espadas que cayeron al suelo produciendo un sonido metálico y la sostuvo, brindándole el apoyo que necesitaba para no caer.

De repente, una bola de luz iluminó el cielo, con tal intensidad que parecía que fuera el mismo sol. Unos aplausos rompieron el silencio que se había adueñado de la noche. Astrid se giró hacia el lugar del que provenían pero sólo alcanzó a ver una sombra envuelta en una especie de llamas rojizas.

—¡Qué espectáculo tan entretenido! Pero Einar, cariño, no me prives de tu belleza. Siempre tan exquisito en la batalla como en la cama.

—Alyssa —gruñó Raven, apretando la mandíbula, tensándose ante su presencia a la vez que recuperaba la posición por delante de Astrid.

Ella, sin la sujeción de su padre, tuvo que sentarse en el suelo para evitar caer y, confusa, dirigió su mirada hacia el lugar que ocupaba aquella mujer, sintiendo la ira del espíritu de Selene intentando abrirse paso a través de ella. Ella pidió una explicación a su madre, pero ella estaba demasiado enfurecida para brindársela.

—Fuiste incapaz de darme un hijo, ahora te arrebataré lo que me corresponde por derecho —amenazó la mujer pelirroja y desvió momentáneamente su atención hacia Astrid, observándola con ciertos aires de superioridad. —Oh, disculpa querida, qué maleducada soy. Permíteme que me presente, soy Alyssa, la esposa de tu padre, aquella mujer a la que intentó suplantar acostándose con tu madre. Pero el primer amor nunca se olvida, eh, Einar. Te dejó marcado en el corazón. Dos veces.

—¡Basta! —gruñó Raven, escupiendo sus palabras.

Alyssa, con sus cabellos cobrizos cayendo sobre sus hombros azotados por el viento, como lenguas de fuego, caminó, segura, con porte regio, hacia Raven. Él permanecía con las manos desnudas, desarmado, incapaz de dirigir sus movimientos para coger alguna de las que tenía escondidas entre sus ropas, con la mirada clavada en la daga que ella llevaba en una de sus manos.

—¿No te cansas de morir de la misma forma, Einar? Esto empieza a ser tedioso. Pero hoy ni los dioses ni ella vendrán a devolverte a la vida.

Raven inspiró profundamente y cerró los ojos. Estaba preparado para lo que venía a continuación. Alyssa se regodeó, sonriendo complacida ante el poder que ejercía sobre aquel guerrero, siempre tan fiero, tan valiente, incansable en la batalla, un líder imbatible ante sus enemigos pero que sin embargo se rendía ante ella sin oponer resistencia. Él contuvo la respiración, sintiendo el frío del metal en su piel antes incluso de que lo alcanzara. Astrid, turbada, sin lograr distinguir lo que pasaba intentó conjurar su magia para destruir a aquel demonio de fuego que tenía su padre frente a él, pero estaba exhausta y el único poder del que disponía era el que la mantenía con vida, era incapaz de alzar siquiera la mano en su dirección.

Raven esperó, pacientemente, durante las interminables milésimas de segundo que tardó la daga en rozar su piel, en el punto exacto en el que estaba la cicatriz de la luna, la marca de Selene. Y, entonces, con un rápido movimiento, agarró las manos de Alyssa, abrió sus ojos verde jade y clavando en ella una fría mirada desafiante, giró sus manos hasta atravesar el pecho de aquella bruja con el mismo arma que le había matado en dos ocasiones.

—Selene ha sido, es y será el amor de mi vida, es ella la que me ha marcado para siempre. Tú, bruja traidora, sólo fuiste una fantasía.

Alyssa le miró, incrédula, con el rostro desencajado, mientras sus propias manos sostenían la daga sobre su corazón, templando el metal con la sangre que manaba de su herida mortal y cayó, sin vida, sobre el suelo del parque, con su cuerpo consumiéndose convertido en polvo.

Raven se desplomó instantes después, con sus cabellos tiñéndose de gris, sobre las cenizas de Alyssa. El miedo le otorgó a Astrid las fuerzas necesarias para correr hacia su padre y se arrodilló junto a él, sosteniendo su mano.

—¿Era esto lo que habías soñado, pequeña? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, papa, pero no de esta forma. En mi sueño nos vencían —su escasa visión estaba aún más nublada por las lágrimas.

Él sonrió, satisfecho por haber podido sortear el curso del destino.

—Selene —susurró, dirigiendo su mirada no a su hija, si no justo al lado de donde ella se encontraba.

—¿La sientes, verdad? ¿Puedes verla? Siempre ha estado aquí, con nosotros, cuidándonos y manteniéndonos unidos. Ve con ella, lleva mucho tiempo esperándote.

—Raven, ven conmigo —escuchó la voz de Selene que le llamaba.

—No, lo siento, no puedo...—negó él, sintiendo que su corazón volvía a quebrarse en mil pedazos. Era lo que más deseaba, pero no podía hacerlo, tenía que cuidar de su hija.

—Tenías razón, mamá. Tiene unos ojos verdes preciosos —Astrid se giró hacia su madre. Por primera vez, conforme Raven se iba alejando de este mundo podía distinguir sus rasgos con detalle.

—¿Estoy muerto? —preguntó.

—Sí, estás muerto, papá. Pero te niegas a aceptarlo.

—No quiero dejarte sola. No puedo dejarte sola.

—Tienes que hacerlo. A partir de ahora he de seguir mi camino sola. Tienes que ir con ella. No te preocupes. He tenido un buen maestro, estaré bien.

Él alzó su mano, al encuentro de la que le tendía Selene, una mano incorpórea, mientras su hija le abrazaba por última vez. Astrid sintió un leve cosquilleo sobre su tobillo derecho, mientras se iba dibujando el tatuaje de la luna y las estrellas que portaba su madre, para después sentirlo sobre el hombro del mismo lado, donde unos pájaros negros se unieron conformando un cuervo, la marca de Raven y a continuación percibirlo en su muñeca izquierda, donde se esbozaba el diseño de unas alas de valquiria unidas por una runa de protección, transfiriéndose a su cuerpo también la marca del guardián de su padre.

—Te quiero, pequeña —murmuró Raven, agotando su último aliento.

—Yo también te quiero. Pero ya está, papá, has cumplido con creces tu cometido. Ahora ya puedes descansar.

Astrid posó sus dedos sobre el rostro de su padre, mientras le cerraba los ojos. Raven se resistió durante unos instantes pero al final cedió y accedió a marcharse. Su espíritu abandonó su cuerpo y se unió a Selene. La envolvió entre sus brazos mientras sus labios se fundían con su boca. Tan juntos, tan cerca que era difícil distinguir dónde empezaba uno y acababa el otro.

—Sé que siempre estaréis conmigo —Astrid sonrió ante la imagen de sus padres abrazados. Por primera y última vez pudo percibir sus rasgos con todo detalle.

Ellos cruzaron sus miradas y se giraron hacia ella, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Grabó a fuego aquella instantánea que le acompañaría durante el resto de su vida.

—Te queremos —susurraron al unísono mientras su imagen se iba desvaneciendo.

Tras muchos años, tras muchos siglos el viejo guerrero pudo al fin descansar. Había sufrido mucho, había ganado todo pero también lo había perdido. Aquella había sido su última batalla y por fin los dioses le otorgaron el descanso eterno junto a ella.

La hora del guardián había terminado.

FIN